DEL OFICIO

antonia mora



EDITORIAL Samo, S.A.

Del Oficio

por Antonia Mora

EDITORIAL Samo, S. A.

Primera edición, 1972

SERIE: CUARTA DIMENSION

Prólogo

Antonia es una niña grande con los ojos inusitados de verde y de vida, de estupor. Es menuda y debió de ser frágil. De piel muy blanca, el único maquillaje que luce, el de sus redondos ojos, la adelgaza más aún. Antonia tiene una hija inmensa, triste y adolescente, preocupada como la madre en todos los problemas sociales que urge desentuertar. Antonia tiene un marido joven, elegante. Abogado. Es campeón de las viejas causas difíciles, un loco enamorado de la justicia. Antonia tiene una casa con ventanas a las horas del día que la miran escribir, coser bellos trajes Chanel, hermosísimas capas coloradas de Stendhal, abrigos de Colette, pijamas para ir a bailes o trajes de soiré para dormir; cocinar ricos platillos japoneses o convertir en cristales higos y piñas, naranjas y membrillos.

Antonia vive su presente lleno de sonrisas y esperanzas, pero Antonia es mil veces más triste que su hija, hay en ella silencios de ausencia. Cuando miro a Antonia siento que estoy frente a una rosa que empieza a soltar sus pétalos porque está antiguamente fatigada. La mezcla de vitalidad y desola-

ción en Antonia es asombrosa. Muchacha-niña, está empeñada en hacer todas las acciones libertarias posibles: las planea, las pone en práctica y las olvida mientras teje las túnicas para los guerreros y las desteje en los amaneceres.

Antonia me trae su novela, su cuento, su escrito, su vida pues, convicta y confesa, sin clasificación literaria porque no es un estudio sociológico ni la exaltación del erotismo ni menos de la pornografía, ni tampoco una moraleja que sirva de escarmiento, ni nada de nada. Es simplemente decir lo que vio, lo que supo, lo que es cierto. Sin ninguna pretensión de sicoanálisis a la Lettera, o cura de culpas por sus teclazos. Es contar desde la raíz del grito el caminar por barrios y callejones, banquetas y cabarets, para terminar en la cárcel, de Tepito Dios mediante...

No tengo la menor idea de qué va a pasar con este libro. Lo he leído dos veces, la primera desde detrás de la puerta, un poco sin conciencia, un mucho por gentileza y buena educación. Ante la mala educación de la autora como escritora que empieza, ante la naturalidad de lo más horrible, lo que la buena educación decreta (las señoras decentes no hablan de Cuba a la hora de la cena), y ni se nombra ni se imagina, ni se discute, porque no se sabe, mi niña grande guanajuatense que llevo en mi refectorio de adentro, se asustó. Para las niñas que no supimos más allá de los garambullos el sexo es funesto, no sabemos cómo creer que haya otras niñas abrazadas a la calentura de la madre, en un zaguán, sin

comer, sin dormir y con una sola salida: **darse a la vida**...

Lo leí una seguna vez ya con los anteojos puestos para escribir mi primer prólogo, el más desdichado sobre lo más infortunado. No tuve ya miedo, sino nada más la compasión, la ira de saber cuántas cosas así pasan en mi patria, cuantas niñas así se quiebran en la compra venta de lo más incomprable. Cada vez que llegaba a un pasaje espeluznante de gordos y calvos, de camas y sillas de ruedas, de mesas de cabarets e infamantes hoteluchos, levantaba la cara y veía la mirada fija, irredenta, verdísima de Antonia. ¿Es necesario, me dije, que esto se sepa? No lo sé, no lo sabré nunca porque temo que las letras vencidas de su pasado puedan ser ajadas, rayadas, envilecidas por lectores gambusinos de lo caliente sólo y no de lo ardiente que es este libro terrible.

Debería tal vez Antonia haber buscado otro prologuista y no yo que no sé nada más que la palma de la mano o el paso prolongado de la lágrima. Alguien con parangones, citas importantes, asociaciones no delictuosas de géneros y antecedentes. Alguien culto y severo, alguien viejo y moralista, alguien predicador, profeta, desentuertador. Pero probablemente ese alguien no exista más allá de una consignación a priori, una buena conciencia, un esto es una porquería y no se debe publicar. Alguien censor que cuidara a los demás de la contaminación, alguien pues, para juzgar, un juez más que mandara a la sombra otra vez a Antonia y a su libro y a su

vida, vivida, desollada, penada, perdonada, dada de alta, en paz.

Para leer este libro hay que tener bondad. La espontaneidad de la autora es evidente, la sinceridad más allá del último hervor —más no se puede—. Tepito. Tacuba. Guadalajara. Poza Rica. Paseo de la Reforma. Camelia. Ramón Guzmán. Arcos de Belén. Kilómetro 16 1/2... viacrucis-vía-cárcel...Cinturón del vicio para un vaso de agua.

Todo esto no volverá a pasar nunca más. Cuando el lector como usted y como yo entendamos a la mujer de otra manera, a la manera de imagen de Dios. Y cuando México sea un país de hombres mejores... de hombres, simplemente.

María Luisa Mendoza.

Tepito

Yo digo lo que veo
Lo que sé
Lo que es cierto.

Paul Eluard.

Tres patios anchos, llenos de tendederos, con lavaderos de cemento, donde muchas mujeres lavaban, hincadas.

Margarita y Lucía rentaban una vivienda con dos cuartos y cocina, sin excusado. De éstos había varios en el patio.

Lucía, compañera de trabajo de mi madre, le dijo en los baños de vapor Los Pescaditos:

—Leonor, ya que no tienes quien te cuide a Toñita, vente a mi casa. Tengo otra hermana y tres hermanos. Así puedes ir sin pendiente a trabajar.

—¡Qué bueno! ...Imagínate, no me voy hasta que la dejo dormida. Y a veces me hago la pura cruz.

* * *

Tendría yo tres años, acaso cuatro. Sólo recuerdo que

corría, corría y jugaba. Una vez al despertar me dijeron que los reyes me habían dejado una nena de amarillo. Corrí, vagué por todos los patios, tocando puertas para mostrar mi nenita.

El vestido de mi nena se decoloró. Mi madre se puso pálida. Margarita y Lucía se secreteaban. Empecé a estorbar, la situación no era igual. Siguieron días parecidos con las mismas caras de reproche, hasta que oí llorar a mi madre. Margarita y Lucía le decían:

—Leonor, ya no puedes seguir aquí. Tienes que irte a otro lado, porque apenas tenemos para comer y tú no tienes para cuando aliviarte. Hasta hoy nos debes tres meses de la pura comida. Tu cama, tus cobijas y tu ropa se quedan aquí. La ropa de tu hija te la entregamos, pero sales ahora mismo.

Mi madre apenas podía moverse.

Lucía sacó un petate y una cobija al cubo del zaguán y me ordenó:

—Quédate aquí cuidando esto.

Entre las dos trajeron a mi madre y la acostaron sobre el petate. Me abracé a ella. Estaba caliente, caliente, con fuertes sacudidas.

—Mamá, las vecinas se ríen. Vamos adentro, al cuarto.

Una de ellas habló:

—Lo que es de esta pulmonía no se salva. ¡Merecido lo tiene por puta! El otro día que pasó mi marido frente a ella, la muy descarada le dio carita. Lo siento por su niña. Ven, Toñita... ¿Quieres un pan?

Yo alcé los hombros y me abracé a mi madre. Permanecía con los ojos muy abiertos, perdida, sin oírme. No sentía mis lágrimas. Días y noches ahí, sin cuarto, en el zaguán oscuro.

Una mañana me senté a la entrada, mirando hacia el petate. Escuché mi nombre.

—Toñita, ¿qué haces? ¿Está tu mamá?

—Sí, ahí está.

—¿Dónde?

—Ahí, ahí...

—¡Cómo! ¡Leonor, Leonor, despierta!

—No quiere —le dije—. Nos corrieron de la casa.

—Seguro no la ha visto el doctor... y no han comido.

—No, a ella no le han dado y yo no quiero.

—Ven, vamos por un coche.

Salimos a la calle.

—Señor, por favor ayúdeme a subir a una señora que no puede caminar —dijo la mujer.

No sé por qué rumbos fuimos. Recorrimos varias calles hasta llegar a un caserón largo con puertas y puertas, donde había mujeres paradas. Y los hombres, pasaban muchos hombres. La mujer nos metió en su cuarto.

—¿Te gusta? Mira, tengo muñecas.

—Mejor danos de comer.

—Bueno, entonces vamos a que comas, y compramos una olla para traerle algo a tu mamá.

—¿Qué no tienes cocina?

—No, no tengo. Vámonos.

Corrieron los días. Mi madre mejoró. Yo tenía muchos amigos y amigas. Mi madre ya se había pintado la cara, ya no estaba pálida. La mujer que se llamaba Cecilia hizo un baile y mi mamá bailó, bailó. Yo no quería que dejara de bailar. Después, salía por la mañana y por la noche.

A diario me iba al cine Politeama con tres compañeritas, mientras nuestras madres trabajaban.

Cuauhtemozin

Mi madre estaba en la puerta de la accesoria. La oía:

—Ven, guapo. Mira que vas a disfrutar.

Y a mí me decía:

—Estoy jugando. Vete para adentro a jugar con los demás niños.

Mis amigos y amigas jugaban a lo mismo. Las niñas se ponían la ropa de sus mamás, luego colocaban una colcha vieja y manchada por los lunares del oficio materno para que fuera la accesoria. Y se paraban ante la imaginaria puerta a esperar clientes. No tardaba en pasar frente a ellas uno de los niños.

—Ven, guapo. Ven, güerito.

—¿Vienes?

—¿Cuánto cobras, Antinea?

—Bien desnuda, uno cincuenta; sin desnudar, sólo un peso.

Cerraban el trato y pasaban al cuarto, donde había un pedazo de trapo que hacía las veces de toalla, y un pequeño plato con agua para lavarse al final. La niña tenía que lavar el pequeño sexo del niño para que éste se fuera satisfecho.

Como esta nena jugaba bien, tenía varios clientes que preguntaban por ella.

—¿Está Antinea?

—Está ocupada. Pero yo trabajo bien —contestaba otra de las niñas.

Yo pocas veces jugaba. Me sentía molesta por las exigencias del cliente.

Estaba yo una tarde con Cecilia en el balcón, cuando pasaron dos niños y me gritaron:

—Esa que está ahí, esa güereja, se deja coger.

No sé como llamarlo: vergüenza, miedo, coraje. Pero sentí sensaciones raras...

Cecilia me miró sonriente. No sabía qué hacer. Salí corriendo, pero ella me detuvo.

—Brótales, brótales, no te dejes.

Nunca le dije a mi madre a lo que jugaba. Me olvidé por un tiempo de jugar a lo que hacían los grandes y volví al cine Politeama. Veía al gorila y cada vez iba con la esperanza de que no muriera como el día anterior.

¡A ver si ahora se salva...!

Un día llegó un cargador con una cama dorada y un colchón. Cecilia dijo que no cabía y que mejor la recargaran en la pared. Sentí alegría. Era mi cama..., como la que nos quitaron: de tablas y usada, ¡y con piojero!

—¿Es de oro, mamá?

—Sí, es de oro, —dijo, riendo.

Transcurrieron días y días. La cama seguía recargada en la pared. Yo me pasaba todo el tiempo mirándola. Mis amigas iban a verla. Ellas no tenían cama propia. Todos los cuartos los rentaban amueblados.

—Necesitas un cuarto vacío —decían—, porque aquí no cabe.

—Sí, mi mamá ya dijo que nos vamos.

Tacuba

—Hija, nos vamos a cambiar de casa con una amiga que tiene un niño para que jueguen los dos. ¿Quieres?

—Sí, sí quiero.

—Vas a estar muy contenta. Tiene dos cuartos, con todo adentro, como si fuera casa sola. Es un rentón, pero entre Lucrecia y yo lo vamos a pagar.

—¿Quién es Lucrecia?

—Una de las que trabajan en la esquina.

Nos llevamos nuestra cama, un lavamanos, la jarra, el irrigador. Cuando llegamos estaba Lucrecia con Felipe, su hijo. Felipe me llevaba por dos años. No me gustó el recibimiento que me hizo: en seguida me jaló las trenzas.

Al rato nos dijeron que saliéramos al patio a jugar, mientras ellas arreglaban las camas. Felipe salió corriendo; me retó a que lo alcanzara.

Vagamos largo rato. Felipe hizo un hoyo en la tierra, luego pescó una mosca y una araña y las metió al hoyo, cubriéndolo luego con un pedazo de vidrio.

—¿A quién le vas, güereja?

—A las dos.

Esperamos hasta que la araña se comió a la mosca. El siguió saltando. Luego me gritó:

—¡Mira, mira lo que encontré!

—¿Qué es? Déjame ver, ¿sí?

—No, es mío.

—Bueno, préstamelo.

—Primero lo inflo yo y luego tú, ¿sí?

—Bueno.

—Toma, güereja, te toca a ti.

Lo inflamos y desinflamos hasta que nos interrumpió mi madre.

—¿Qué están haciendo, niños?

—Nos encontramos este globo. ¡Mira!

—Tiren esa porquería. ¡Pendejos! Métanse, ya vamos a comer; pero antes se lavan la boca. Lucrecia, mira nomás con lo que estaban jugando estos niños.

—¡Un hule! Estas viejas de aquí han de ser muy puercas. Se necesita ser mala entraña para coger y luego tirar la porquería, como si no comprendieran que hay criaturas.

* * *

Pasaron años. Tenía seis, Felipe ocho. Peléabamos a diario.

Me decía:

—Güera güerumba, de un pedo te tumbo, con dos te levanto y con tres...

Ya no me gustaba Felipe. Lucrecia y mi madre tenían discusiones por nuestros pleitos. Mi madre quería cambiarse, pero se enfermó. Un día Lucrecia nos dijo que saliéramos porque iba a curar a mi madre.

—Vamos a espiar, a ver qué tiene tu mamá.

Adentro se oía un murmullo, luego un grito.

—¡Si tienes crestas!

Vi las manos de Lucrecia untarle una sustancia oscura.

—¡Ay! ¡Ya, ya no! ¡Déjame!

—No, deja, no te muevas..., deja ponerte permanganato.

Después no se oía nada. Oscureciendo nos metió Lucrecia. Ella se fue sola esa noche.

Gracias a esa enfermedad disfruté de la compañía de mi madre. Me bañaba y me hacía unas trenzas de cuatro gajos.

Pero sanó y volvió a ir con Lucrecia al trabajo. Una noche, antes de que se fuera, le dije:

—¿Por qué no te casas para que nos mantengan y te estés todo el día conmigo?

—A ver, deja darte la bendición para que cuando vuelva puedas abrir con bien la puerta.

No respondió a mi pregunta y yo quedé sumida. Diario lo mismo: en las noches al trabajo, en la mañana mi desayuno, y después se acostaba y dormía mientras Felipe y yo la pasábamos vagando hasta el anochecer.

—Toña, ya tengo hambre, ¿tú no? —me preguntó una vez.

—Si, quiero cenar, pero no dejaron nada.

—Ven, vamos al trabajo. Pero tú me esperas a la vuelta, porque el chino no te puede ver y se enoja si te llevo.

—¿Por qué se enoja si ni me conoce?

—Pues..., porque eres güera. Súbete, te llevo canchada.

Llegamos al centro del pueblo.

—Espérame, no te muevas de aquí.

Sentí curiosidad. Quería conocer el café. Quería ver a

mi madre servir las mesas. Fui detrás de él. No era el chino, no era el café. Era el Hotel Cielo. Allí estaba ella, mi madre, parada; la de Felipe, adentro con algún cliente. Ella le dio dinero y yo corrí hasta donde él me había dejado.

Me encontró ahí.

—Vente, güereja, vamos a tomar atole.

—¿Qué no te dijo nada el chino?

—Sí, dijo que te portaras bien. ¡Voy! ¿Y ahora por qué chillas, güereja?

—Cánchame...

—Mejor nos echamos unas carreras.

* * *

—¡Qué listo es Felipe! Anoche dejó a Toña lejos del trabajo para que no se diera cuenta. ¡Es vivo! —oí decir a mi madre en la madrugada, cuando creía que yo dormía.

—¡Ei!— Contestó Lucrecia.

* * *

Pasó el tiempo. Un señor que se llamaba Pepe empezó a ir a la casa. Mi madre dejó de pararse en el Cielo. Entró en el "Guadalajara de Noche". Pepe y ella estaban de acuerdo en que era más decente. Como dijo él, ahí no tenía que coger con nadie.

Nos separamos de Lucrecia para cambiarnos al Callejón del Pocito. Pepe nos visitaba más seguido. No me gustaba, porque sabía que se cogía a mi madre. Una noche llegó borracho y dijo:

—Vengo a coger, Leonor.

Mi madre no me dijo nada; se encendió y bajó los ojos.

Antes de que ella lo pidiera salí. La noche estaba limpia, sin nada. Me desesperé de no crecer pronto. Lo deseaba: crecer, crecer y coger, ser una cogedora. Más que mi madre, más que Lucrecia, más que todas.

La catequista me dijo que eso era malo. El sábado, el único día que fui, la catequista me preguntó:

—Toñita, ¿qué vas a estudiar cuando seas grande?

—Voy a coger, señorita.

—No digas eso. Es malo. Malo que lo digas enfrente de tus compañeros. Desde luego no te vas a quedar sin doctrina. Puedes venir una hora antes que tus compañeros.

No volví a la doctrina.

Allende y Bocanegra

Una madrugada mi madre me despertó para darme una noticia.

—Hija, ¿te acuerdas de Cecilia?

—Sí.

—Se casó. Me la encontré cerca del trabajo. Mañana me despiertas temprano para ir a visitarla.

Al día siguiente se levantó temprano, me bañó y me peinó. Luego le dejó un recado a Pepe.

Llegamos a un hotel que estaba junto al Guadalajara de Noche. Subimos y tocamos en el número nueve.

—¿Cómo estás, Leonor? Entra, aquí está Aurelio. Mira, viejito: mi amiga y su hijita.

—¿Cómo estás, linda? ¡Qué bonita hija tienes, Leonor! Ven.

—¿Cuántos años tienes, linda?

—Le faltan cinco meses para ocho años, —contestó mi madre.

¡Cómo me simpatizó! Era chaparrito, usaba traje y corbata, y tenía ojos muy alegres.

—Vamos, acompáñame. Ahora regresamos, Leonor.

Me llevó a los puestos de ropa.

—A ver, mídete este vestidito.

—¡Me queda, me queda! —dije palmoteando.

—Bueno —me dijo mientras pagaba—, vamos por unos zapatos.

¡Qué regreso más triste! Otra vez a ese pueblo feo y otra vez encerrada toda la noche hasta otro día.

Mamá —pensaba esa noche— **así quiero un papá, como Aurelio; no como el Pepe. Siempre que Pepe viene me corren y me encierran. De nada vale que tú no vayas a trabajar. Si te quedas con él eres más de él... Con Pepe todo es horrible. Tú me pegas y dices que soy mala. ¡Mentira! Lo que pasa es que no te importo. El otro día que no quise hacerle un mandado, tú lloraste y le dijiste: "¡Ay Pepe, ya no la aguanto! Es muy mala conmigo", y él me dio con su cinturón. Me dolió, pero no por los golpes sino por ti. Luego vino la metiche de doña Emilita a decirte que yo estaba poseída por un espíritu malo. ¡Con el horror que le tengo a su cuarto! Todo lleno de muñecos feos, yerbas pestilentes y esa cosa que echa humo en el brasero. Y tú le creíste.**

Fue cuando me acostaron en el suelo ¡Que horror! La vieja puso los ojos en blanco. Parecía y era un espanto. Y de momento sus chillidos llamándome: "¡Toña! ¡Toña! ¡Toña! ¡Regresa a la realidad! ¡Ven!" Y, ¡zas! unos ramazos que me arañaban por todo el cuerpo... Y de nuevo la voz aquella: "No, no quiere irse, es terco. Vamos a hacerla que brinque y se sacuda al pasar por en medio del brasero mientras yo le paso el huevo por el cerebro... ¡Sal de aquí, vete a tu mundo! ¡Mira, mira: aquí está la Patrona! ¡Ella te lo exige! ¡Está poseída! ¡El huevo no se ha puesto negro, y la Morena no se ha sonreído! Después de eso me acostaste, y yo veía vírgenes con caras de huevos, y vírgenes poniendo huevos.

No me acuerdo cuántos días pasé en la cama. Doña Emilia siguió visitándome hasta que por fin dijo que ya podía levantarme.

A los pocos días, ¡qué sorpresa más agradable!, llegó Aurelio.

—Aurelio, quiero que seas padrino de Toña, a ver si se le sale el demonio —le dijo mi madre.

—Hombre, estaría bueno. Quiero tener su respeto y que me vea como su padre.

Todos quedaron en conformidad. Y en el camino a su casa pasamos por el árbol de la noche triste.

—Mira, Toña: ahí lloró Hernán Cortés el día de su derrota.

—¿Y ése quién era?

—Un español que derrotó a los indios.

—¿Y los mató a todos?

—No, afortunadamente. Pero si han venido los gringos los matan a todos, como mataron a sus indios.

Yo no sabía nada de eso, pero todo lo que él decía era bonito para mí.

—¡Qué bonita está su casa, Aurelio! Me gusta la azotehuela con lavadero, la cocina, y su pieza con tarima..., ¡y el techo tiene cielo!

—¿Con qué pintó el suelo, Cecilia?

—Con amarillo. ¿Verdad que se ve bonito?

—¿Qué hay en esa caja?

—El radio y una plancha eléctrica.

—Vamos a poner el radio, ¿sí, Aurelio?

Me acerqué a mi madre y le dije:

—Ellos son ricos, ¿verdad? ¿En qué trabaja Aurelio?

—Es cartero —contestó Cecilia. Y se rieron los tres.

—Si quieres ve a jugar un rato para que conozcas a los niños.

—Sí, que salga un rato —murmuró Aurelio en voz baja— para darnos un pase de manteca. No es bueno que se dé cuenta.

—Ay tú, ¿qué tiene? —respondió Cecilia— está chica y no se da cuenta. Allá en Cuauhtemozín me daba mis to-

ques y ella ni por aquí... —hizo una seña pasándose el dedo por la nariz.

Al salir al patio, una de las niñas que jugaban al avión se acercó a mí.

—¿Cómo te llamas?

—Toña.

—¿Juegas?

—Sí.

—¡Juana! ¡Juana! Yo te sigo tu juego... —interrumpió otra niña.

—¡Juana! Ya tiré tu teja y perdiste porque cayó en la raya.

—Ya no juego. Te regalo mi teja. Ven, Toña. Yo vivo aquí en el otro patio. Si quieres vamos para que veas un relleno de cazuelas. Me lo trajo mi abuelo de Zapopan. El siempre viaja.

—Juanita, ¿qué todos estos cuartos no tienen todo adentro?

—No, pero dentro de poco, en cuanto mi papá tenga su carro de ruleteo, nos vamos a cambiar ahí donde estabas tú con los apretados. Es la misma vecindad, pero ya ves que en este lado uno tiene que salir a zurrar en donde hacen todos..., luego se acaba el agua y están bien copeteados, como barquillos.

—En mi casa también es igual. La vecindad está más fea. Lo único que me gusta es que tiene una huerta, y en vez de ir al excusado voy ahí.

—¿Dónde vives, Toña?

—En el pueblo de Tacuba. Por eso te digo que los excusados son diferentes. Los de allá son hoyos con madera encima, y aquí el de Aurelio tiene una caja con cadena. Nada más le jalas y se va todo. Bueno, ya me voy Juana.

Al volver, Aurelio me cargó.

—Vamos al cine, vieja. Nos llevamos a Leonor y a Toña.

En el Isabel pasan una muy buena con Ramón Armengod.

* * *

—En la gallera se ve mejor, vieja. Cómpralos de gallera.

Ya estaba impaciente. Me molestaba que pusieran letras antes de comenzar la película.

—¡Qué bonita película! ¿Cómo se llama?

—**Hotel de verano.**

—¿Y ése es todo el mar? ¿Así de grandote es?

—No, es más grande. Ese no es más que un pedacito chiquito. El puerto se llama Acapulco..., ahí van los millonarios.

"Se llama Acapulco, van millonarios... se llama Acapulco, van millonarios... Es un pedacito, es un pedacito..."

* * *

—¿Te gustó el muchacho de la película, hija?

—Sí..., bueno, un poquito.

—Ceci, compra pan para la niña.

—Aurelio, cuando lleguemos pones el radio, ¿sí?

—Vieja, prende el radio. La niña quiere oírlo.

En un hotel de verano
La vida nuevamente nos unió...

—Señor, señor: repita por favor **Hotel de verano,** ¿sí? Me gusta mucho. ¡Cántela otra vez!

—Qué muchacha tan pendeja... ¡Quítate de aí!

—¿Qué pasa, Leonor? ¿Por qué le pegas?

—Me da coraje que sea tan taruga, Aurelio. Le estaba pidiendo al radio que repitiera la canción.

—Déjala, ella todavía no sabe los adelantos de la ciencia

—se acercó con aire doctoral—. Mira hija, pon atención.

—Sí, Aurelio.

—¿Ves este alambre? Pues por aquí viene la voz de un señor que pone discos, como la canción que oíste. Luego adentro del mueble están unos tubitos que la reciben, y este botón es para aumentarle el ruido.

¿De modo que los magos del radio y el tío Polito y todos los demás no eran señores chiquitos? Eran alambres, tubos y cosas redondas, negras...

No quise cenar ni seguir oyendo el radio. Aurelio me preguntó qué tenía. No le contesté, y se fue a la cocina con Cecilia.

—Vieja, ¿compraste la veladora?

—Sí, está encima de la mesa.

—Ven, Toña. Vamos a rezar, porque ya me voy al trabajo. Repite conmigo:

—Glorificamialmaseñor... miespíritusellenadegozo... alcontemplaradios... mi salvador...

—Si me va bien mañana, Dios mediante, vamos a la Villa a dar gracias. Nos llevamos a Toñita que es un alma pura. Ya vez, ahora que está aquí agarré buenos fajos.

Aurelio se fue al trabajo. Yo me acosté a dormir, pero luego desperté y busqué a Aurelio. Le pregunté a Cecilia por él y me dijo que estaba trabajando.

—Cecilia, ya es muy tarde y no viene Aurelio.

—Vamos a buscarlo a su trabajo, ven.

¡Qué feo y raro era el edificio donde trabajaba! Era un pasillo largo, largo, con una reja al fondo. No dejaban entrar a nadie. Aurelio estaba tras de la reja esperándonos.

—Ya me torcieron, vieja...

—No llores, Aurelio.

—Cuida el dinero que te dejé, vieja.

—Mañana te traigo de comer. Toma esta cobija.

—Vieja, vayan a la iglesia para que rece la niña, quién quita y le haga caso San Judas Tadeo.

Fuimos a rezar, y al llegar a la casa Cecilia lloraba. Mi madre nos estaba esperando.

—Sí, ya sabes. Lo menos se avienta un quince en el Carmen.

—Nosotros nos vamos, porque si no, no te alcanza el dinero que te dejó. No dejes de avisarme cuando salga.

—¿Cuándo salga de dónde, mamá?

—Del trabajo, niña. ¡Mírala! Para esto de escuchar pláticas de gente grande estás requete lista. Nómas que lleguemos a la casa te voy a agarrar a cabronazos. Te das vuelo con Aurelio porque no te conoce.

* * *

—No quiero entrar a la casa. Quiero irme con Aurelio y Cecilia.

—Malagradecida, todavía que te pago este miserable cuarto. Por ti lo hago. Otra vez te dejo allá y nunca te vuelvo a ver. ¡Ora métete, que ya me voy a trabajar!

—No vayas, mamá. Quédate. Mañana vamos a comer a las Elenas. Les dices que nos fíen la comida, o me levanto temprano para ir al Monte a empeñar las planchas.

—¿Qué tanto pueden prestar por dos planchas de carbón?

—Aunque sea un peso, con eso tenemos. Quédate, quédate. Tengo miedo.

Otra noche sola. Otra mañana para mi veinte de leche y veinte de pan. Otra mañana con quejas de las vecinas.

—Señora Leonor, señora Leonor, mire lo que me hizo su hija. Se metió a mi cocina y se comió las natas. Luego sacó la ceniza de la hornilla y la regó por todo el piso.

—No es cierto, mamá. Se enojó porque le saqué un mu-

ñeco lleno de alfileres. Su marido me dio un veinte para que lo buscara en la ceniza.

—No me interesa. Ven acá, hija de la tiznada. No sirves más que para darme dolores de cabeza.

—Hace bien en corregirla, si no después se le va a montar.

Mientras la mujer la aconsejaba me escapé a la huerta, calculando el tiempo que tardaría para que se le bajara el coraje. Al regreso entré en el cuarto sin hacer ruido, colocando una caja con ocho perros recién nacidos que había encontrado.

—Mamá, te tengo una sorpresa. Mira.

—¿Para qué quiero tanto animal? Apenas te puedo dar de tragar a ti. ¡Llévatelos!

—No seas así, déjame quedarme con uno para regalárselo a Aurelio.

* * *

—¿Cómo se va a llamar el perrito, Aurelio?

—Capulín, por negrito y dulce. A propósito, Leonor, te quiero pedir un favor. Cecilia y yo vamos a ir a Puebla a visitar a mi suegra. Como no podemos dejar al Capulín solo, ¿te quedas aquí con la niña? Toma este dinero para que coman. Vamos a tardar tres días. Si vienen a buscarme los de la tira les dices que fui a Toluca, porque ya sabes como son.

—No tengas pendiente. Aquí les cuidamos la casa y al Capu.

Me dio tristeza no poder ir. Esperé con ansias los tres días. Por fin pasaron.

—Leonor, vengo encantada —dijo Cecilia—. ¡Si vieras cómo se portó Aurelio! Muy respetuoso. Le regaló a mi mamá una de las mejores carteras. Nada más le quitó las iniciales. Mi mamá se puso feliz, porque Aurelio le dijo que estamos casados por las dos leyes. Al despedirse

le pidió su santa bendición. Fue el colmo de la alegría

—¿Dónde está él? —pregunté.

—Se fue a su trabajo. Ya sabes, Leonor, es muy creyente, y para él vale mucho la bendición de una persona limpia como mi madre.

Al día siguiente, Aurelio llegó a la casa por mí, para irnos los dos solos de paseo. Subimos en un camión. Por el camino pensaba en la tarde que me prometió. Los dos solos, los dos solos en el bosque... De repente alguien gritó:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Un carterista!

El camión se detuvo. Los pasajeros miraban feo a Aurelio. Nos bajaron. Un policía se acercó junto a Aurelio. El señor que gritaba lo acusaba:

—¡Sí, este hombre es el que me quiso sacar la cartera!

Luego una voz de mujer:

—Miente, miente este señor. Yo iba junto a él y la niña. ¿Cómo iba a ser posible que le metiera mano si con la derecha se iba deteniendo arriba y con la otra llevaba a la niña?

El policía se acercó a mí.

—Bueno, niña, dime: ¿qué es tuyo el señor?

—Es mi padrino.

—¿Qué hace tu padrino?

—Es cartero, señor policía —dije con orgullo—; en mi casa todos lo quieren.

—Bueno, mano. Te voy a dejar ir. Por esta vez que te valga; a la siguiente, cuídate.

Llegamos a la casa, y antes de saludar fuimos directamente hacia la veladora.

—Préndela tú, Toña, con tus manitas limpias. Vieja, estoy de suerte. Me voy antes que se vaya.

—Oye, Ceci, ¿ya te digo madrina?

—Sí, si quieres.

Esperamos a mi padrino para comer.

—Otra vez mi padrino no llega. ¿Vamos a buscarlo a su trabajo?

—Creo que sí, prepara una cobija mientras le caliento la cena.

Otra vez llegamos a ese pasillo largo con las rejas al fondo. Ahí estaba él. Mi madrina se acercó y murmuró algo.

—Siempre no se va quedar tu padrino. Ven, vamos a hablar con aquel señor.

Nos acercamos a un hombre alto con un palillo de dientes en la boca.

—Caray, jefe. Vamos a transar, ¿sí? Por favor...

Ella le entregó unos billetes. Luego se despidieron y nos acercamos a la reja.

—¡Ese Chiva Zataray, a la reja con todo y chivas, que ahistá su piusa!

En todo el viaje no hablamos.

—Vieja, tenemos que ir a Chalma porque estoy salado. Además en estos días van todos los compañeros y no hay peligro que vayan los de la tira.

—Si quieres vamos, pero primero hay que ir a la Villa.

Entramos de rodillas en el reclinatorio grande. El se separó de nosotras. Me fastidiaba el olor a cera, me molestaba la gente que lloraba. Aurelio se acercó a Ceci.

—Deja la mitad, viejo... la Morena te socorrió porque quiere que vayas a ver a su hijo.

—Claro, pero que lo ponga la niña. Así me lo toma más en cuenta la Patrona.

Me acerqué a la virgen y le dije:

—Ai te dejo eso, pero cámbialo de trabajo, porque cuando lo encierran a mí me llevan a la otra casa.

—¿Cuánto tiene el fajo, viejo?

—Es bastante, alcanza para el viaje a Chalma. ¿Ves como el Señor nos ayudó? Ahora podemos hacer efectivo el compadrazgo con Leonor. Ya que no podemos ser padrinos de primera comunión por estar amancebados, nos traemos una medida bendita.

Dirigiéndose a mí me dijo solemne:

—Esto que vamos a hacer es muy respetuoso. Nos tienes que tratar como a tus padres.

Cuando regresaron de su viaje a Chalma nos fuimos al baño de vapor. Necesitaba tener el cuello limpio para que me pusieran el cordón sagrado. Cecilia me vistió con lo mejor que tenía. Luego se pararon los dos en medio de la pieza con sendas velas apagadas que me pasaron por la nuca.

—Híncate, hija.

—Sí, padrino.

Cada uno tomó una punta del cordón y entre ambos me la ataron al cuello. Entonces mi madre me dijo:

—Bésales la mano, hija. Ya son tus padrinos.

Así lo hice.

—Aurelio, ahora que está todo arreglado, tienes que darle consejos. Hazle ver la vida. A mí no me hace caso; lleva toda la traza de su padre.

—Muy malo hija. Tienes que ser una mujer decente, salir de blanco como Dios manda, para que yo me sienta orgulloso de ti; ésa es la gente decente, y así tienes que ser tú.

Tacuba

Calles a media tarde. ¡Qué despreciables me parecen las señoras con pieles! Me pregunto qué sentirán con tanta pielecita de los animales. ¡Qué culpa tienen ellos de tener una ropa tan suavecita!

¿Por qué será mi madre tan voluble? Desde que Aurelio y Cecilia me apadrinaron, mi madre los olvidó. Pasaron varios años y el carácter de mi madre se volvió más duro. Me llueven golpes, insultos.

Mi miedo sigue. No pienso regresar con ella.

Cada mañana la misma imagen. La misma boca, intensamente grande. Las mismas palabras como espuelas en mis oídos. Y pintadas en mi piel, sus manos pintadas. El mismo arrastrar de mi cuerpo de la cocina al cuarto.

—Así. Arrastrada. Es la única manera como entiendes. Considera a tu madre. ¡Dios mío, cómo no te la llevaste el mismo día en que nació!

Nueve años no me alcanzan para defenderme, pero pienso: "Tú ya no eres mi madre. Eres una extraña". Pero sólo es pensamiento. La realidad está en la casa con su gran boca abierta.

Sigo caminando con la visión de las pieles. Quiero librarme de ti, pedirle a cualquiera que me dé un lugar en su casa.

Por un momento te olvido, madre. Siento que soy feliz. Pido un milagro: quisiera que El enviara a su madre para que me suba al cielo.

—**¡Mentira, mentira! Ella no baja.**

Me doy cuenta de que el milagro me lo hago yo misma, que yo sola me doy alegría. Vagando me siento libre.

Son las diez de la noche. Debo regresar.

—¿Dónde estabas, hija de la tiznada? ¿No tienes sentimientos? ¡Estás envilecida!

—No tuve la culpa —mentí—. Unos hombres me subieron a un coche.

—¿No te hicieron nada? ¿No te hicieron nada?

—No, nada. No entiendo qué me iban a hacer. Me llevaron al cine, a comer y a la feria.

—Me estás mintiendo, Antonia. ¡Mañana lo sabré!

El miedo y el sueño me vencieron. Soñé que me arrastraba una agua limpia, tibia. Amanecí orinada. Salimos temprano.

—¿A dónde me llevas?

—A la Cruz para que te examinen.

Llegamos. Ella saludó a una enfermera que, según me enteré después, era novia de Pepe.

—¿Pues qué le pasó a la niña?

Mi madre enrojeció.

—No llore, ya la voy a ayudar. ¡Entra, mocosa! ¡Anda!, quítate los calzones y súbete ahí. ¡Obedece! —me dijo tronando los dedos.

Hice lo que me ordenó. En ese momento entraron dos médicos. Me hundieron un fierro que me hizo daño.

—¡Me duele!

—¡Vamos, ya levántate! ¡Quién lo dijera, tan chiquita!

Se acercó a mi madre.

—Lo siento mucho, señora: su hija ya no es ninguna niña.

—¿Lo ve? Es un engendro. ¡Dios mío, qué culpas estaré pagando! ¡Dios, ya no me castigues tanto! Pero vas a ver, llegando a la casa te voy a matar, ¡puta!

—Los golpes, siempre los golpes. ¿Qué no puedes tratarme mejor?

Levanté la mano para golpearla.

—¡Te mato, te mato! ¡Cabrona!

No oigo sus gritos. Veo las pieles de los animales colgadas. La mía, mi piel también, con esas manos y la cueva abierta, mientras canto con miedo:

La oca se fue a casar,
el ogro se desplomó
El vientre se reventó
y la nena salió a llorar.

Guadalajara

Esa tarde llegó una señora que dijo ser hermana de mi madre. Se llamaba Telma.

—¿Esta es Toña? ¡Qué grande!

La tía Telma pasó varios días con nosotros. Se levantaba temprano a preparar el desayuno y la comida para el día de campo. A diario salíamos. Fuimos a Los Remedios, a San Bartolo Naucalpan, a la Villa. Por las tardes, mi tía me espulgaba.

Llegó el día en que se tenía que ir.

—Leonor, Max quiere que lleve a Toña para que la conozca. Sirve que se compone, me he fijado que le gusta la calle.

En el camión en que hicimos el viaje no alcanzaban los asientos. Iba de pie. Un hombre se ofreció para llevarme sobre sus rodillas. Acepté de mala gana. Ya había dormido un rato sobre él cuando sentí cosquillas entre las ingles.

—¡Tía! ¡Tía!

—¡Cállate, no te va pasar nada!

Me volví a arrullar.

Amaneciendo llegamos a Chapala. El hombre me compró dulces y tacos.

Los primeros meses en Guadalajara transcurrieron sin

regaños. Mi tío Max era cariñoso y atento. Mis dos primas, Berta y María, no peleaban conmigo.

El primer pleito fue cuando mis tíos salieron una mañana a conseguir dinero para el gasto. Gran parte de la mañana estuvimos jugando. Llegó la tarde y ellos no llegaban. Berta y María lloraban de hambre. Me metí a la cocina; como no había más que frijoles, tortillas duras y jitomates, hice chilaquiles y les di de comer. Cuando llegaron mis tíos les dije que no se preocuparan, que ya habíamos comido. Mi tío Max me subió a sus rodillas y me besó. Mi prima Berta, que era de color amarillento, se puso pálida primero, luego roja, y se fue al corral. Después dijo cosas que me dolían.

Los insultos de Berta y María se me olvidaron, porque se venían las fiestas de la Virgen de Zapopan. Mi tía compró un vestido para cada una; teníamos que ir estrenadas a San Juan de Dios.

Llegó el día. Como penitencia fuimos caminando desde el Sector Libertad hasta San Juan de Dios. Mi tía no quiso entrar en la iglesia. Nos quedamos en el atrio para ver los milagros de la Virgen. Había luces de bengala, toritos, danzarinas y chamucos con chicote para que los niños no se metieran entre los danzantes. Mi tía nos ordenó persignarnos porque ya iban a quemar el castillo donde estaba la Virgen.

—¡Miren, miren, hijas: miren el milagro! ¡Ya se quemó el castillo y a la Virgen no le pasó nada!

Después toda la gente aplaudía y gritaba:

—¡Viva la Virgen! ¡Viva la Coronela!

—¿A poco es muy milagrosa? ¿Más que la Guadalupana?

—Más —respondió Berta—. ¿Verdad, mamá?

—Sí, Toñita. Nos ha salvado de grandes peligros. De inundaciones terribles. Hace años se formó un dragón en el cielo. Nos estuvo castigando varios días y no dejaba de

llover. Todo Guadalajara estaba inundada. Fueron por la Virgen y la enfrentaron al dragón. En unos cuantos segundos el dragón se esfumó. Quedó el cielo limpio; azul, azul.

Pasaron algunos meses. Mi tío ya no me acariciaba y empecé a salir a la calle y a desobedecer a mi tía. Berta era culpable de que mi tío Max no me quisiera. Todos los días le llevaba chisme.s Que si yo hice, que si yo le dije.

Llegó el día de Reyes. Encima de mis zapatos estaba una muñeca rubia. Pensé que las relaciones entre mi tío y yo iban a mejorar. Todo el día hice lo que mi tía ordenaba: no salí a la calle, no le pegué a Berta, jugué con la muñeca y le cuidé los rizos. Por la noche Berta me la pidió prestada.

—No te la presto porque me la rompes como la tuya, que ya la tienes sin peluca.

Por la mañana, con temor a que mis primas la destrozaran, busqué un escondite en el corral. Pero Berta me siguió y al poco rato me encontré a la muñeca despeinada y con el vestido hecho pedazos.

—Vas a ver, te voy a acusar.

—¡Qué bueno! Al fin eres una arrimada y tu mamá es una puta.

—Pero es tu tía.

—Eso quisieras, pendeja.

—Ai está, ¿no que no dices malas palabras? Se lo voy a decir a mi tía.

—¡Mamá, mamá! ¡Mira a Toña! Me dijo pendeja y rompió su muñeca para echarme la culpa.

—No es cierto; es al revés. Ella me lo dijo. Y rompió la muñeca.

—Mis hijas no son criminosas. Tú eres la mañosa.

Por la noche le dieron la queja a mi tío Max.

—¿Verdad que no, mamá?

—Max, escríbele una carta a Leonor, o se la escribo yo, porque Toña es insoportable. Me va a descomponer a mis hijas. Mientras, que se quede con su abuela.

Mi abuela era una señora rechoncha, de aspecto bondadoso. Su casa estaba por el Mercado Alcalde, cerca del Santuario.

—Le agradezco, Telma, que nos la haya traído. Teníamos ganas de conocerla; desde que se la llevó su madre, ni Martín, su padre, ni yo sabíamos dónde se encontraba y nadie daba razón.

Mi padre..., lo había olvidado.

Como en todas partes, Toñita por aquí, Toñita por allá, y después ¡Antonia! Era igual. Igual.

—Abuela, es muy molesto ir a misa a las cinco de la mañana. Todos los días madrugar, madrugar. Mejor vamos a la última.

—Llevas una traza muy mala, niña. ¿Te fijaste en Chayo? ¡Qué descaro! Ese vestido parece de ésas...

—Bueno, ¿viene a oír misa o a criticar?

—¡Vámonos, hija de la chingada, antes de que me hagas blasfemar!

Carolina, la hija de Chayo (la que vendía cenas en Herrera y Cairo) era mi única amiga. Y sólo podíamos platicar a la salida de la iglesia, porque Carolina le ayudaba todo el día a su mamá.

—Carolina, ya encontré la manera de que mi abuela no me lleve a misa. Le da miedo. Dice que soy muy mala y que la hago pecar con mis tonterías.

—Qué bueno. Tu abuela es muy hipócrita. En la última visita de la Virgen...

—¿A poco la visita la Virgen?

—No seas tonta, ella no viene. Nada más traen la imagen del Santuario, es la misma Virgen de la iglesia donde vamos a diario. Nada más que le ponen una caja donde todos los vecinos echan su limosna. Bueno, pues yo vi a tu abuela abriéndola para robarse el dinero.

* * *

—¡Antonia! ¡Antonia, ven acá! Aquí está tu padre.

Mi padre... Es raro decir mi papá... Esa voz. Es la primera vez que lo veo. ¡Qué alto es! Tiene los ojos como los míos. Siento sus besos mojados. También yo me ahogo, me ahogo. Es raro...

—Me llevo a mi hija al mercado, mamá.

—No te la lleves lejos, Martín.

Salimos corriendo y tomamos una calandria. Llegamos a una vecindad pintada de blanco con piso de ladrillo colorado.

—Entra, hija. Te voy a presentar a una amiga. Rocío, ¿qué te parece?

—Es igualita a ti, viejo. Ven, no me tengas miedo. Te regalo esta muñeca.

—¿Tú eres mi madrastra? ¿Por qué te dicen la rajadiablos?

—Soy tu amiga y me llamo Rocío. Nunca repitas esas palabras, te pones fea.

—Mi abuela así te dice.

—Pero tú no lo digas.

"Creo que soy una rueda. Unos días con mi tía, otros

con mi abuela, y ahora me van a mandar con mi madre. No entiendo. Todos dicen que soy mala, menos Rocío. Rocío, voy a salir a la calle a jugar con los niños. Y ella sacaba su equipal y se sentaba en él para verme jugar. Se lo dije así a la tía Telma. De inmediato brotaron palabras y más palabras que no comprendo: 'Desnaturalizada, mala entraña, igualita a tu padre! Con mi abuela: 'Endemoniada muchacha, llevas la traza de tu madre. ¡Claro, un árbol de bellotas no puede dar más que bellotas!"

Otra vez en Tacuba

Volví con mi madre. Volví al pueblo. La hostilidad y los golpes los olvidaba en la escuela, aunque notaba que no me trataban como a las demás. Yo nunca llevaba veintes para gastar, ni manzanas ni flores para la profesora. A la hora del recreo mis compañeras se reunían en pequeños grupos. Me acercaba a ellas con timidez. No era el juego lo que me atraía, sino sus tortas.

—Dame torta.

—No te doy, por pedinche.

—¡Matanga dijo la changa!

Corría a esconderme con un libro que leía mientras devoraba la torta o la jícama con chile o el pirulí que había arrebatado. ¡Qué amarga era **Aurea o Las Violetas!** Después del recreo, permanecía durante toda la clase castigada.

Señorita Emilita, le decían. Odiosa, le diría yo.

—Pasen al frente Adelaida y Antonia. Niñas, pongan atención. Miren bien: ¿verdad que Adelaida se ve diferente?

—¡Sííí, maestraaa!

—¿Cómo está Antonia?

—Sucia. Sucia y mal peinada.

—Mentira, mentira. Yo no estoy sucia. A diario me baño. Lo que pasa es que no soy barbera... —Seño, seño —dije imitando el tono de las demás—. Mierda. Mire lo que le traje.

—Gracias, linda.

¡Tras!: una bofetada.

—¡A la dirección! —rugió la maestra jalándome la oreja.

—Entrégame tus útiles. ¿Qué es esto? ¡Vargas Vila! ¡Degenerada !En mi grupo yo no te quiero. Te vas al Tercero C.

En esa clase simpaticé con una japonesa. Eramos diferentes. Estando juntas, las demás se empequeñecían a nuestros ojos. No me importaba que se reunieran en grupos, ni tampoco me importaban sus tortas.

El regreso a casa. Ir a comprar el mandado para hacer la comida. Esperar a que mi madre se levantara para comer. Después, en la tarde, en cuanto llegaba Pepe, para afuera. Al anochecer, los gritos de mi madre llamándome; para entonces ya se había ido Pepe.

—Antonia, ven: ayúdame a arreglar mis cosas para el trabajo.

Zapatos de tacón cristal, medias de tela de araña, vestido negro con lentejuelas...

—Acuéstate hija, reza: Santo Angel de mi guarda, relicario del Señor...

—Mamá, no vayas. Yo ni con el Angel dejo de sentir miedo. No vayas... No sirve de nada el Angel.

—Cállate, no digas tonterías. Tengo que ir. Si me sacrifico es por ti. Canta, canta, no tengas miedo.

Me dormía cantando y por la mañana era difícil despertar.

—¿Por qué no abrías? Tu ahí dormidota, y yo afuera, muriéndome de frío. Toma para el gasto.

Había pasado un año. Un año más sin comprender por qué era mala hija.

Cuando quería que ella me hiciera cariños en presencia de sus amistades, le recordaba las mentiras que le gustaba contar.

—¿Verdad, hija?

—Sí mamá.

Entonces me acercaba y ella me arrullaba.

Tenía otra manera de ganarme sus caricias. Cuando me tardaba en la cola de carbón, en el regreso pensaba alguna mentira que le agradara.

Mamá, fíjate que una niñita andaba perdida.

—Pobrecita... ¿Qué edad tenía?

—Unos tres años.

Así me escapaba de los golpes. Con el tiempo se me fueron agotando las historias. Las había explotado demasiado.

En el barrio casi todos eran decentes. La mayoría trabajaba en los comercios del mercado del pueblo. Yo era la hija de una mujer que trabajaba de noche y eso bastaba para que no me dejaran juntar con sus hijas.

Pepe ya vivía de planta con mi madre. A veces lo odiaba, otras deseaba que me quisiera como a ella. En esos momentos me encerraba en la cocina. Mis dedos recorrían desde el ombligo hasta la escasa nubecilla. Manipulaba, frotándome al mismo tiempo que pedía un hijo. El balbuciente espasmo llegaba. Quedaba feliz. ¡Ahora a esperar! Pero los meses pasaban y mi vientre no crecía.

Desesperada, le pedía un beso.

En cuanto él me lo daba corría a repetir la misma ope-

ración. No, el hijo no daba señales de vida ni con el beso de él ni con mis dedos torpes.

La oca se fue a casar,
el ogro se desplomó.
El vientre se reventó
y la nena salió a llorar.
La oca se fue a casar, tra la la la...

Habrá fiesta en la escuela. Un homenaje a los Niños Héroes y después al bosque. Al bosque...

Todos los grupos nos reunimos en el patio de la escuela. El profesor de canto nos guió para que el Himno Nacional saliera bonito. Después del Himno unas niñas cantaron canciones de la Revolución; por último la maestra del quinto año A dijo un discurso en honor a los Niños Héroes. Sus hazañas me arrancaron las lágrimas. Cuando toda la escuela aplaudía, subí hasta donde estaba la bandera.

"Voy a arrancarla para arrojarme envuelta en ella. Quiero que se den cuenta de mi heroísmo. Ser alguien. Algo, Pero, ¿para qué? ¿Qué defiendo? Nada. Sí, tírate, envuélvete en ella y grita..., grita..."

* * *

La casa otra vez, con ella enfrente de mí. Nunca la había mirado tan largo rato. Estaba cambiada. ¿Qué tenía? Algo raro. ¿Qué es? ¡El vientre! Le está creciendo...

Me estremecí. **No quiero que engordes, mamá. Es malo.** Los días que siguieron al descubrimiento fueron dolorosos.

—Toña, ya mandé una carta a tu abuela. Quiero que estés allá un tiempo mientras llega la cigüeña.

—No quiero ir. Quiero estar aquí para ver como trae a los niños.

—No puedes verla, no le gusta llegar cuando hay niños en la casa.

—¿Por qué mientes? Tú vas a tener a mi hermano como la perra de aquí enfrente tuvo sus cachorros. Empezó como tú. Le creció el estómago y después le salieron los perritos por donde orina.

—Nunca repitas eso, malvada muchacha. Para la malditura estás muy lista. Nunca, ¿lo oyes? Y menos repitas que te llevé a la Cruz Verde. No lo digas, no digas que ya no eres niña.

—No llores mamá, no lo digo, no llores, no lo digo —se lo repetí, se lo repetí varias veces.

—Cállate. ¡Tanto que soñé con que te casaras de blanco! Tiemblo nada más de pensar: si la raza de tu padre se diera cuenta que ya eres mujer... ¡Parece que los oigo! "Claro, es una madre desnaturalizada, ¿qué se puede esperar de una puta?", así habla tu abuela. Si les dices algo nunca me vuelvas a ver. Te meto a la Correccional y ahí te dejo.

—Perdóname, perdóname.

—¡Quítate, no me toques!

Me fui a llorar a un rincón y me alcé el vestido para mirarme lo malo que tenía en medio de las piernas; quería arrancarme lo podrido aunque me quedara sin orinar.

Salí de vacaciones, y lo dicho: me mandó a Guadalajara con la abuela. Otra vez los problemas de ir a misa a las cinco. Y los regaños:

—Eres una holgazana bien hecha, igual que tu madre. Pero eso sí, bien lista que vas a salir para la cama. De-

berías aprender a tus tías, las hermanas de tu padre. Deberías imitarlas. Ellas son mujeres de hogar.

—Estos pleitos no tienen importancia, abuela. Con no ir a la Iglesia es suficiente.

—Precisamente, yo no quiero herejes.

Me voy al patio para no hacerla enojar, y ojalá que ya nazca mi hermano para largarme a México.

* * *

—¡Antonia! ¡Antonia!... Ven, muchacha. Tu hermana ya nació.

—¡Entonces, es niña! ¡Qué bueno! ¿Cuándo me voy?

—Mañana mismo salimos para México.

¡Qué largo se me hizo el camino!... Creí que nunca iba a llegar.

Mi madre todavía estaba en cama guardando la cuarentena. Mi hermana apenas se movía. Por arrullarla no quería ir a la escuela. Los golpes cesaron un poco; como a diario tenía que sacarla a pasear mientras Pepe y mi madre se encerraban...

En la escuela la situación mejoró.

—Antonia, pasa al frente. Quiero darte una comisión importante. Tú vas a ser la tesorera del grupo. Todas las mañanas al pasar lista recoges un veinte que te van a dar tus compañeras.

Ese día era la más importante del salón.

Transcurrieron varias semanas y yo cuidaba el dinero, pero en un descuido me lo robaron. Sentí tanto miedo que no me atrevía a decírselo a la profesora, hasta que un día me llamó para hacer cuentas del dinero reunido.

—Son cincuenta pesos los que tienes, ¿verdad?

—No señorita. No tengo ni siquiera un peso.

—¿Cómo entonces? ¿Los dejaste en tu casa?

—No, tampoco los tengo allá. Me los robaron.

—¡Estás mintiendo! Dime la verdad.

—De veras. En el recreo dejé la bolsa aquí en el salón, cuando regresé no encontré nada.

—¿Por qué no me lo dijiste ese día? Es difícil que te crea. ¿Verdad que te lo gastaste?

—No, señorita. No lo gasté. ¿Cómo, si no era mío?

—Bueno, eso lo vamos a investigar. Niñas: ¿alguna de ustedes tomó una bolsa hace unos días?

—Nooo..., señorita...

—Nadie. Entonces tú te los cogiste.

—Sí —afirmó una niña—, en días pasados la vi gastando.

—Sí, he gastado. Mi mamá me da un quinto diario.

—Qué vergüenza, una ratera en mi grupo.

—¡No soy ratera! ¡No tengo la culpa!

—Necesitas un escarmiento; te lo voy a dar.

A la hora de la salida me subió con ella al teatro junto con la directora. ¡Qué humillación sentí: apenas oía la voz de la directora!

—...Esto es un ejemplo para que no se atrevan nunca a hacerlo..., esta niña abusó de la confianza que le brindó su maestra tomando en consideración su pobreza; es decir, para darle un poco de fe en que, pobre o no, ella era ante sus ojos igual a todas sus compañeras...

Así es que ustedes deciden si es de justicia que se le expulse...

Un solo grito resonó.

—¡Síííí!

—Bien. Ya pueden romper filas. A sus casas todo mundo.

Nunca sentí tanto miedo. Para colmo de males la maestra instió en llevarme ella misma.

—No, señorita. No le diga a mi mamá. Ya es bastante con la expulsión. ¡Por favor no me acuse!

—¡Ah! ¿Entonces admites que los tomaste tú?

—No, yo no digo que los haya tomado. Sólo le pido que no me acuse con mi mamá.

—Tengo que decírselo porque ese dinero es de mis alumnas, y tu madre tiene que pagármelo.

Llegué casi a rastras.

—Señora Leonor, aquí le traigo a su hija con una queja muy grande.

—¿Qué hizo? ¿Por qué está tan pálida?

—Se gastó cincuenta pesos que le di a guardar.

Mi madre enrojeció. Esperaba en cualquier momento que empezaran los golpes.

—Oígame bien, señorita: nosotros somos pobres y mi hija va mal vestida, pero nunca, ¿lo oye?, nunca, robó nada.

—Usted puede decir eso porque es su hija, pero necesito que me pague ese dinero.

—Usted qué dijo, ésta es pendeja y me paga ¿no? Salga de aquí, cabrona hipócrita. ¡Salga!

Nos quedamos solas y me abrazó llorando.

Desde entonces dejé la escuela. Me faltaban dos años para terminar la primaria. No me mandó más a ninguna otra escuela. Después nos cambiamos por el Jardín Diana, en el mismo pueblo de Tacuba. Mi hermana seguía creciendo. Pepe ya no vivía de planta con mi madre, ni siquiera nos visitaba. El genio de ella empeoró.

Tuvo que llevarse a una amiga para que le ayudara a pagar la renta. Nunca supe su nombre, le decían la Gitana. Yo la admiraba como a una reina. Tenía muchos vestidos con tules y piedrecitas. Siempre se ponía una corona en su pelo largo, negro, ondulado.

—Gitana, cuando yo cumpla mis quince años me regalas un vestido para ir contigo al trabajo.

—Deja de hablar, niña. Prepárame el alcohol y un algodón para darle de comer a tu hermana.

Desde que amamantaba a la niña, diariamente al regresar del trabajo se desinfectaba los senos antes de darle el pecho, y nunca nos besaba porque decía que estaba llena de microbios. Las noches que no trabajaba se tapaba aparte con otra cobija. Esto último me molestaba. Le rogué muchas veces que se tapara conmigo, pero siempre se negaba.

—Estoy sucia.

—¿De qué? No te veo nada.

Cuando quería sentir su cuerpo tenía que esperar a que se durmiera. Entonces metía mi cuerpo entre el suyo y me acurrucaba. ¡Qué delicia era sentir su tibieza! Me sentía tan bien.

La Noche de Reyes era un tormento, aunque no por mí: mi hermana ya estaba más grande y pedía juguetes.

Una angustia por la falta de dinero. Era tan clara. Sentía gran necesidad de ocultarle a mi hermana la mentira que los grandes preparaban.

La víspera de ese día tan esperado por ella, preparé con mucho cuidado la ropa de mi madre. Quería que esa noche sí fuera bella, para que las ganancias alcanzaran a cubrir los gastos. De todas maneras no podía atenerme tan entero a ella. Busqué ocupaciones con las vecinas: lavar trastes, en fin, todo lo que significara veintes. Junté un peso, que era el precio de un muñeco de yeso imitación de un rorro de sololoy. En la madrugada mi hermana despertó asustada.

—¡Manita, se oyen ruidos!

Le hice señas para que callara. De verdad se oían ruidos raros. El cuarto era de madera y estaba en la azotea de la vecindad. La escalera de caracol rechinaba a cada paso que se daba y siempre estábamos asustadas, esperando algo horrible. En silencio el ruido era todavía más claro. Eran ronquidos. No me animaba a quitar la tranca. Es difícil —me decía—. Es miedo, me contestaba sola.

—Abre, abre.

—¿Y si nos matan?

—Abre, así cuando menos gritas y alguien te tiene que ayudar.

Llena de miedo quité la tranca. Cerré los ojos esperando el ataque. No era lo que esperaba; era mi madre tirada sobre el piso de la entrada, completamente briaga, con las ropas llenas de vómito. Una rabia intensa me sacudió. La jalé bruscamente.

—Mamá, mamá... Despierta. ¡Doña Julia la vecina te mira!

—¡Que me vean! Ninguna de estas hipócritas me mantiene, y tú, hija de la tiznada, te afrentas de tu madre.

—No me afrento, pero entra, estás en lo frío; te va a hacer daño.

A rastras la metí. Mi hermana había vuelto a dormirse. Sentí alivio; cuando menos ella no se daría cuenta. Miré a mi madre. ¡Qué fea se veía! El rímel se le había corrido.

Se buscó por los senos, dentro de cada zapato, en el calzón... Nada... No tenía nada, sólo el tufo a vino.

—Busca, búscate bien, ¿qué va a comer la niña?

—¡Cabrones! ¡Me robaron! ¡Con razón se portaron tan bien! "Güerita, siéntate; acompáñanos a tomar unas copas. Pero eso sí; tienes que tomar derecho. Aquí al jefe no le gusta que lo fichen. Pórtate maciza, ¿sí? Toma cien pesos. Te conviene más, ¿no?" ¡Cerdos!, soportar todo: manoseos, besos, todo para que me embriagaran. Sabrá Dios qué porquería le echaron a mis copas. Hija, tu nunca le aceptes ni un refresco a ningún hombre; te pueden dar yombina y calentarte hasta que te pierdas.

Recordé que era la primera vez que la veía así. Miré a mi hermana en la cama. Y otra vez la rabia. ¡Dios, qué cosa sentí entonces! No me conmovieron sus lágrimas. No podía soportar que mi hermana preguntara por sus juguetes. Tenía que hacer algo. ¿Qué sería bueno? ¿En dónde? ¡Doña Julia, la vecina! Sí con ella. La vecina no estaba. Con la cola del carbón tardaría unas dos horas... me daba tiempo.

Era fácil. La ventana de la cocina estaba amarrada con un mecate y en el bote de la harina había dinero.

¡Si mi familia se diera cuenta! No robarás, no robarás. Y que sé yo.

Cogí el dinero y salí corriendo. Era como si me acabaran de desatar. Cuando regresé del mercado, el escándalo se había formado.

—¡Rateros! —gritaba doña Julia. En esta vecindad nun-

ca me habían robado. ¡Pero pobre del que haya sido! ¡Porque tengo que saberlo! Ya lo verán, ya lo verán, lo voy a descubrir. Voy a ir con Eufrosina la del pan para que me eche la baraja, van a ver, van a ver.

Apretando contra mí el muñeco y la leche, entré a mi cuarto sin hacer ruido. En la cama, La Gitana estaba con un hombre. Se movían haciendo chirriar la cama. Ella gemía desesperada; él se sacudía como si tuviera un ataque. Mi hermana les aplaudía. Nos salimos. Caminé pensando: ¿Por qué se pegarán de esa manera? ¿Qué sentirán? Estaban como idos. Ni cuenta se dieron que estábamos ahí.

"Quiero crecer, crecer y coger".

Después que paseamos largo rato en el jardín Diana, mi madre ya se había repuesto de la borrachera. La encontré con la Gitana.

—Anoche me encontré al padre de Antonia, el muy descarado. Así sin más me dijo que volviera con él, que ya dejó a Rocío y que quiere ver a su hija.

—Leonor —interrumpió la Gitana—, creo que vamos a cambiar de ambiente. Ya ves que el Guadalajara está muy muerto. Unas muchachas se van a ir al Leda y otras al Aurora.

—Sí, nos cambiamos, pero al Aurora no. Cuando vine de Guadalajara el padre de Antonia me vendió por veinte pesos con la madrota del Aurora.

—¿Cómo fue que te soltó la vieja?

—Porque Antonia lloraba mucho y yo no podía atender a los clientes.

Después de oír todo aquello me regresé al zaguán. Entré haciendo escándalo.

—¿Por qué lloras, hija?

—Me caí.

—Tan grandota, ya le están creciendo los senos y chillando.

—Ya va a cumplir catorce.

—Pues ya hueles a suegra, Leonor.

—¡Qué bueno! —contesté—. Así pronto podré trabajar contigo, Gitana.

Por las tardes iba a visitar a una amiga que tenía un pequeño taller de reparación de medias. Practiqué varias semanas y después conseguí el permiso de mi madre para trabajar.

Poza Rica

Todas las mañanas antes de entrar en el trabajo tomaba el desayuno en una fonda llamada La Casita, cerca de la avenida Marina Nacional. Aquella mañana terminaba de tomar café cuando unos hombres entraron alborotando. Pusieron la rockola y me miraban codeándose. No le di importancia, eran viejos para mí. Además su manera de vestir me molestó. Con botas, sombrero ladeado y una cobija enredada.

Pagué el café y salí sin darles más importancia. Apenas había caminado unos cuantos pasos cuando sentí que todo se oscurecía. Luché por quitarme lo que me tapaba. Luego alguien me cargó. Casi en sueños escuchaba los gritos de la dueña de la fonda. "¡Desgraciados, suéltenla!" Pero nadie respondió a sus gritos. Luego escuché arrancar un motor.

No sé cuanto tiempo viajamos. Después de un rato oí la voz de un hombre.

—Si no gritas te quito la cobija.

—¡Quihubo, linda!

Lo vi. Era blanco, con los ojos negros y una sonrisa grande. Se ladeaba el sombrero.

—¿Te gusta el paseo?

—Por favor, déjeme bajar.

—No grites. No alces la voz porque te va mal.

El camión volvió a arrancar. Veía pasar árboles y jacales como ráfagas.

En el camino sus dedos se metían como arañas, de la rodilla hacia la ingle haciendo a un lado mis pantaletas. Sentía miedo y calor, luego la humedad dulce, rara, con mareos. Pasamos dos pueblos más. Subimos un cerro calvo, árido. En lo alto del cerro nos bajamos frente a una casa de surcos recién abiertos.

—¿Estamos lejos de mi casa?

—Claro, estás en la meritita tierra de Dios. Entra.

Salieron varias mujeres a recibirlo. El dejó órdenes a un tal Laurentino para que vaciara el estiércol del carro.

Luego me llevó a la parte alta de la casa. Yo subí y a cada escalón las piernas se me doblaban y en medio de ellas un calor, comezón, ansias porque me entrara algo que desgarrara.

Cerró la puerta y como si tuviera prisa empezó a desnudarse. Nunca había visto a un hombre así, completo, sin nada. Y aquella cosa descomunal, erguida como un trozo de madera. Los había visto antes, pero no todos. ¡Y los vellos! Los tenía por todo el cuerpo.

—Desnúdate, güerita, ¿no? Pues entonces a fuerzas...

—Yo sola me desvisto, pero yo creo que no estoy en edad. Mi mamá dice que a los catorce no se puede.

—Sí puedes. Orinas, ¿no? Estás pequeña, pero puedes.

Se prendió de mis senos; después más abajo y luego me mordisqueó el vientre. Ya no lo miraba. Lo dejé hacer. Recordé si ése era el calor que perdía. Me zafé. El insistía, y casi todo el tiempo fue lo mismo.

Salimos otra vez al camión. Regresamos a Tacuba. Caminé como un perro detrás de él hasta el Hotel Marina.

—Güerita, aquí te dejo. Mañana regreso para casarnos.

Me quedé. Sólo salía a una fonda que estaba enfrente del hotel. Prefería estar ahí que en mi casa. Pasaron cuatro días y él no llegaba. El administrador me llamó.

—No puedes seguir aquí. Mejor vuelve a tu casa. Estás muy joven, me puedes buscar líos.

No valía la pena rogarle. Salí. Anduve por varias calles.

—¡Toña, Toña!

Era Gil.

—¿Qué te pasó? Ven, regresa. Tu mamá llora mucho. Te buscamos por todas partes.

Sentí remordimientos.

* * *

—Señora. Aquí está Toña.

—¡Entra. Hija de la verga.

—¡Me llevaron a fuerzas!

—A fuerzas. ..¡Sabrá Dios desde cuando la niña ya coge, y aquí tiene a la taruga de su madre desvelándose toda la noche para que la señorita putee. ¿Qué no te da vergüenza con Gil?

Gil... ¡Qué pálido estaba! Ahí estaba, sus ojos dorados me miraron muy tristes. "Ya no va a querer ser mi novio", pensé.

Los golpes cayeron por todos lados. Ya no podía aguantar. Hasta que me cubrió.

—¡Déjela ya, señora!

"Cabrona, hija de esto y de lo otro"; así toda la tarde. Luego en la noche:

—Antonia, vete por el pan. Mucho cuidado con irte a coger. ¡Y de gorra, pendeja!

"Tengo que coger, y cobrar para que todo esté bien".

La tienda estaba en la esquina, así que no tenía escape. Por fuerza tenía que pasar junto a los muchachos del barrio.

—Un peso de pan blanco, por favor.

La mujer me miró en silencio, moviendo la cabeza. A la salida los muchachos me cantaron:

Muchacha ¿quién te rompió
tu mucurita de barro?
lá-lá-lá-lá-lá.

Era la segunda vez que me decían rota. Algo se me rompió por dentro.

Gil me esperaba en la esquina. Me dio un beso en la boca. ¿Si él me hubiera besado así antes? Pero ahora ese beso lo sentía como una ofensa.

Los días seguían y yo no podía soportar más a mi madre. Esas palabras que se enterraban: "Puta, mala, coger". Ya los golpes ni me dolían.

—Gil, llévame. Ella me odia.

—Mañana a la hora que duerma pones tu ropa en una bolsa. Nos vamos a Poza Rica. Allá tengo un padrino que es el dueño del rastro. Y nos casamos.

—Pero yo ya no valgo nada.

—Sí, para mí sí porque te creo. Además, me demuestras que no te pasó nada.

Lo único que me dolía era mi hermana. Los golpes míos ahora los recibiría ella... O tal vez no. Sin mí quizás acabaría su coraje. De todas maneras lo tenía decidido.

Ibamos a tomar el camión para Poza Rica. Por el camino Gil me acariciaba. Yo lo miraba agradecida.

—Si quieres mejor vamos a Cuernavaca, para que conozcas.

—Sí quiero.

Caminamos por toda la ciudad y en una callecita Gil se detuvo mirando un letrero.

"Si me niego va a pensar que es porque no quiero darle la prueba que me pidió".

¡Fue tan distinto! El final fue horrible. El estaba triste. Yo adolorida.

—Gil, ¿verdad que era señorita? Dímelo. Mira: estoy sangrando. La gente dice que debe ser así.

—No sé, Toña. No sé...

* * *

Viajábamos a Poza Rica. En todo el trayecto no me habló. Yo seguía tan adolorida que se lo agradecí.

Todo fue bien en los primeros días en Poza Rica. La única incomodidad era que dormíamos en petate y por hileras junto a los demás trabajadores del rastro. Era un jacalón grande de madera. No había muebles, sólo una mesa y sillas. En un rincón se amontonaban los petates y las cobijas. El padrino de Gil, dueño del rastro, era el único que tenía una hamaca y un mosquitero. En las noches se oía la música del Foco Rojo, un cabaret cercano al matadero.

Sería el clima o la duda, pero Gil cambió. Se volvió majadero. Todas las noches llegaba borracho.

—Antonia, el Polo anda diciendo que tú tienes que ser suya aunque a mí me mate. Se me hace que te le resbalas.

—Yo ni lo conozco.

—¡Hipócrita!

Otra noche llegó pintado. Empezó a manosearme. Después ya encima de mí exigía: ¡Muévete, muévete! Ahorita acabo de estar con una vieja que se movía sabroso, no como tú que no sabes coger.

Las noches que siguieron fueron como si en el momento en que él me utilizaba me pusiera hielo. Ya no sentía calor.

El problema del tal Polo seguía. Gil me reclamaba. Sólo el contador del rastro me demostraba simpatía. Sólo a él le contaba mis problemas.

—El padrino de Gil me anda espiando. Uno de los días pasados me dijo que no anduviera sin calzones. Que lo ponía nervioso.

—Antonia —acabó por aconsejarme—, váyase de aquí porque estos hombres un día la matan.

—Pero yo no tengo dinero. Con mi mamá ya no regreso.

—Mire, tengo algo guardado. Se lo doy, pero se va ahora mismo. El tal Polo es un matón y si no por la buena lo consigue a la mala.

Cogí mis cosas. El me esperaba. Compré el boleto y me dio dinero. Cuando nos despedimos casi no lo creía. El contador lloraba. Era la primera vez que alguien lloraba...

Llegando a México busqué trabajo de sirvienta. Lo encontré pronto. La patrona dudó antes de aceptarme.

—Por favor, señora. Lo necesito y no tengo donde dormir.

—Está bien, quédate.

Creía que la patrona sería como el contador, y le confié todo. La patrona movía la cabeza de un lado a otro y decía: "lástima".

—Hija, lávame estos trastos.

Obedecí. Hice todo el quehacer. Cuando terminé nos subimos a la camioneta y tomamos el rumbo a Tacuba. Me horroricé tanto que ni le dije nada.

—Señora, aquí le entrego a su hija, porque es imposible tenerla a mi servicio. Tengo dos hijos y mi esposo está muy joven.

—Se lo agradezco mucho señora. Esta muchacha, como se habrá dado cuenta, me acaba la vida miserablemente. Voy a meterla a la correccional.

—Hace bien, en su situación es lo único que puede salvarla. Bueno, me parece que cumplí mi deber, me voy. Pórtate bien, muchachita, no seas tonta. Cuando seas grande podrás retozar con los hombres...

La mujer salió y sentí asco, como cuando iba a la iglesia y me asqueaba el olor de la cera. Pasaron los días y mi madre se olvidó del Tribunal pero no de los golpes. Con mucho miedo le pedí que me dejara buscar trabajo.

—No te puedo dejar. Andas con tanta calentura que me da miedo vayas a salir panzona. A ti te mantengo, pero no a tus puterías.

—Mamá, por favor déjame trabajar. Si quieres puedes ir por mí a la salida.

No fue fácil encontrar trabajo. Entré de mesera ganan-

do cuatro pesos diarios más propinas. Parecía que era lo que ella deseaba; no me pegaba ni iba por mí, pero las palabras no se borraban. Era imposible seguir juntas. Aunque no lo reconociera, ella me odiaba.

Esa vez me fui definitivamente.

Paseo de la Reforma

Renté un cuarto por las calles de Allende. No era caro, y me parecía un palacio, ya que tenía una cama, una coqueta con una luna redonda y un banco forrado con satín. Me sentía emocionada de verme libre y sola, pero al recordar que estaba sola se me hacía una bola en el pecho. A lo mejor no iba a poder mantenerme sola, pero ya me había hecho el ánimo de trabajar en la noche. En los otros cuartos vivían unas mujeres que trabajaban en eso. Al correr los días hice amistad con una de las mujeres. Se llamaba Elena y era fichera de un cabaret de primera. Las otras eran del Organo y no ganaban ni para la comida. "Si voy a andar en la vida he de ser de las mejores", me decía yo misma. Pero me animaba y no; y una y otra vez era lo mismo: en eso se me pasaban los días. Llegaba del restorán y pensaba cómo le iba a hacer para dejar contentos a los clientes. Me acostaba y movía la cadera de un lado a otro y luego, como las mujeres decían que había que hacerle creer al cliente que uno sentía bonito, pues al mismo tiempo de mover las caderas pegaba gritos y jadeaba. A veces me ganaba la risa y ya no practicaba. Luego me paraba frente a la luna redonda. No era bonita ni tenía mucha carne como la gitana, aquella morena amiga de mi madre. Lo único bonito que yo tenía era mi pelo largo y los ojos verdes.

Elena me decía que no me arrepentiría de haber esco-

gido esa profesión, que era tan noble como cualquier otra, como la de ingeniero o la de doctor.

Esa noche al entrar en el cabaret, las mujeres estaban unas sentadas y otras parecían mariposas que flotaban sobre un gran cuadro que había en medio del salón. Sus vestidos eran como una flor de varios colores, una mezcla suave de perfumes me hacía aspirar hondamente. Lo que no me agradaba eran unos gordos que cuando menos se esperaba reían estrepitosamente. Pero a otras mesas daba gusto mirar. Había jóvenes guapos y mujeres hermosas. Al mirar a los jóvenes me acordé de Gil y no sentí nada. Quién sabe qué me pasó con él; nunca le di importancia, ni aún cuando yo valía algo. Cuando le djie que sí, que sí quería ser su novia, fue por tener con quien platicar, pero él no me gustaba. Era blanco y con el pelo claro, y a mí me gustaban morenos con los ojos negros. Elena se acercó y poniéndome en orden el pelo me dijo que iba a presentarme con el dueño. Me levanté y con mucho trabajo procuré caminar, ya que no estaba acostumbrada a andar con tacón alto. Sería el escote del vestido o la manera de caminar, pero varias gentes se quedaron mirándome, y al sentir las miradas me dio vergüenza y me encogí, me encogí de tal manera que Elena me dio un manazo en la espalda. Sentí vergüenza de mi cuerpo, aún ahora tengo vergüenza de él. Por fin llegamos a donde el dueño.

—Manuel, ésta es mi amiga.

—Bueno, bueno. Súbete el vestido, a ver cómo andas de pierna.

—Súbetelo, Antonia, al fin que nomás ve. Es de los que nomás con las artistas se mete...

El hombre Manuel dijo que sí. Al salir me negué a volver al lugar que habíamos dejado, y en el primer gabinete me senté como un plomo. Estaba tan aturdida que no miré a las mujeres hasta que Elena habló con ellas.

—¿Otra nueva? —preguntó una, haciendo un gesto de enojo.

—Sí, ¿y qué? —contestó Elena—. Si no te gusta la competencia vete a otra mesa.

—¡Qué broncuda eres! Ai muere, no quiero salarme la noche.

—¿Cómo te llamas? —preguntó otra.

—Antonia —le dije todos mis generales, rematando con un para servir a Dios y a usted. Todas se rieron; y después que se calmaron, la misma que me preguntó mi nombre dijo que Antonia no me quedaba, que era vulgar. Y en fin, estuvieron busca y busca un nombre.

—¿Sonia? No. ¿Pati? No. ¿Blanca? Tampoco, ni Ya nira...

Había muchas con esos nombres y estuvieron buscando más, pero todos muy choteados. Elena dijo que Antonia, y se acabó la alegata. Después una por una se fueron levantando a buscarse la vida. Parecían gatitos; se acercaban al hombre, le pedían un cigarro, luego le hacían un cariño y unas con esfuerzo y otras sin él, pero lograban sentarse y esto era pedir y pedir copas. Yo no me moví de la mesa, fue una noche muerta para mí.

En la madrugada, Elena estaba mareada. Con un rápido movimiento me metió una cartera en el seno. Sentí que se me iba la sangre. Ella caminó rápidamente hacia el baño y yo la seguí.

—Mira, mita y mita. Trescientos y trescientos. Pides tu abrigo y te vas. Me esperas en mi cuarto. Es bien fácil. Si me sigues ayudando te enseño a meter mano.

—No, me da miedo, ¿cómo crees? Mejor bailo y tomo, y cuando tengas carteras yo te las guardo.

—Como quieras. Pero siempre maciza.

—¿Y qué hago con tanto dinero? ¡Es mucho!

—Pues llévale gasto a tu mamá.

—¡No! Ni se lo llevo ni lo aceptaría, además de que es dinero mal habido.

—¡No, hombre, qué va! No estoy quitándoles más que lo que es tuyo y mío.

—Pero, ¿cómo va a ser mío si ni tú ni yo lo trabajamos?

—Tú no, pero ellos sí te trabajan a ti. Cuando un cabrón te toca al bailar, piensa en hacerte chingadera y media. Pues hay que quitarles algo, pero sin dar nada..., ¡pero nada!

¡Qué bueno! Entonces no tengo por qué aprender a moverme como me exigía Gil, ni tampoco voy a sentir dolor. En balde me estuve entrenando.

Pronto me acostumbré a tomar, y pronto aprendí a robar. Elena fue una verdadera maestra. Tenía diferentes maneras de hacer las cosas sin peligro. Una de ellas era salir con los clientes a ver otras variedades, pero siempre que fuera a un lugar donde pudiéramos escapar fácilmente. El trabajo tenía que ser rápido; ella sacaba la cartera y me la daba por debajo de la mesa. Yo me la metía enmedio de las piernas; después me iba al baño y salía por otra puerta. Y si no había otra puerta, pues tenía que salir por enfrente de ellos, mientras Elena los distraía. Después ella decía que qué raro, que a lo mejor estaba yo mala, que iba a ver qué me había pasado, y se escapaba. Ya en nuestros cuartos nos repartíamos a partes iguales.

Algunas veces se fueron a quejar de nosotras, pero nunca pudieron comprobar nada. La policía nos protegía, siempre y cuando les pasáramos algo de lo robado. Además de que el dueño decía que clientes pránganas no le interesaban y, que, eso sí, sus muchachas no tienían malas mañas. Si se ponían muy tercos, sonreía y decía:

—No hay que llorar tanto, hombre. Estamos en la mejor época. Ya lo dijo el mero mero: "mamar y dejar mamar".

Cuando yo robaba no era tan valiente como Elena. Es cierto que les sacaba la cartera, pero nada más les quitaba una parte y la otra se las dejaba. No porque sintiera lástima, ni me interesaba que se quedaran sin nada, sino porque de esa manera ni advertían dónde habían perdido. Pasaron los meses sin que me diera cuenta del mes ni el día en que vivía. Mi trabajo no me dejaba tiempo de nada. Entraba a las once de la noche y salía a las seis. Elena iba siempre a almorzar antes de dormir, y así me acostumbré. Quería y respetaba a Elena, pero me hacía sufrir. Siempre se reía por lo que robaba, pero después lloraba.

—No te entiendo, Elena. Primero te ríes y luego lloras.

—¡Es que mira a lo que he llegado!

—Pero tú me has dicho que no es malo. Mi mamá decía que no era malo, que de eso me dio de comer.

—¡Claro que no! Es preferible esto que ser la puta con gasto fijo de un cabrón de esos que van por la calle diciendo "Mi esposa, mi esposa".

Pasaron varios meses. Elena se fue a vivir con un joven que era ruletero. De recién juntos la dejaba trabajar dos veces por semana, pero después ella dejó de ir.

Yo había cambiado. El llanto de Elena se me metió hasta quién sabe dónde. Pero ya no me sentía orgullosa de trabajar en la vida.

Calle de Camelia

—La japonesa es una puerca. Ni te juntes con ella, van a pensar que eres igual. Trabaja con la pura lengua. Todas las noches su viejo, que además de ser padrote es agente de la jefatura, le da su beso; se pasan el chicle. Paso que ella trabaje en esa forma, muy su gusto y muy su lengua. Pero que su viejo sea chivatón me revienta.

—Bueno, jarocha; tú sabes que todas somos iguales. Tú en el Organo, ella en Reforma, Chabela en Donceles y yo en el cabaret, no hay diferencia.

—Sí la hay. Estamos por categorías. Empieza así: por Rivero, la calle chueca, sigue Santo Domingo, Santa María hasta Aquiles Serdán, el Dos de Abril. Cruzas y están Donceles, Marconi, San Juan, Las Vizcaínas. Puras rules, todas diferentes. La única vez que nos vemos todas juntas es cuando el Carmen está de bote en bote por las razzias. De que se pone sus moños el..., ¿el qué? ¿el gerente?

—Ora peor, es el regente.

—Eso es, el regente. Porque la gente decente pone quejas en el periódico, gran escándalo. El señor ese don Regente, por fregar y nomás para taparle el ojo al macho, manda las razzias. Ya ves: tres sábados me han sacado y cien pesos de multa. Un dineral. No sé a cuántas, pero imagínate: a cien pesos por cabeza, debe estar

millonario, y todo de nuestras nalgas. Ya a mi viejo ni le alcanza lo que le doy, tiro por viaje estoy allá en el Carmen. Donde que los garfiles son bien cabrones. Llegan con la julia y ni ruido hacen los bueyes. En la calle chueca no había lío: le dábamos diez pesos al comandante y ahí moría. Pero es reduro abrir las piernas cinco veces para juntar diez pesos, a dos varos palo. ¿A dónde va a ir a dar mi viejo con eso? Es mejor aquí en Donceles, ¿no?

* * *

Yo no puedo ser como las demás. Tú sabes, mi trabajo...

—Me doy cuenta, y así te quiero.

—Pero los riesgos, tu familia...

—Qué tú no la tienes? Todavía no sé si tu mamá me acepte como yerno.

—Bueno, yo no tengo qué perder.

—Sí tienes. Cuentas como persona. Sientes. Piensas.

—¿Tú crees que no te arrepentirás?

—Tengo conciencia de lo que quiero y de lo que hago.

—No te entiendo nada.

Tenía dos meses de conocerlo. Aquella noche era igual a todas las demás: esperar clientes para fichar. Todo tan aburrido... La variedad del cabaret a donde iba con Elena, llevaba tres meses haciendo lo mismo. Los artistas también se aburrían. Casi a diario, después de la variedad, artistas y ficheras nos reuníamos a tomar derecho; nada más las golfas. Las talón se iban a dormir con sus viejos. Las golfas nos íbamos al Retirito. Eramos como una gran familia.

En una de esas reuniones lo conocí. Me invitó una copa.

—Deja que te bese la mano, reina. Pide lo que quieras.

En alguna ocasión recordaba haber visto, tal vez en una película, cómo la heroína pedía un Travesí, y acercándose al pianista, le pedía al oído que le tocara **Azul.** Me sentía interesante. Volví a la mesa; él me miraba sonriente.

—¿Te gusta la poesía?

—No..., no conozco nada de eso.

—Ven, te digo una. Acércate.

La nieve cae en copos,
sus rosas transparentes cristalizan.
En la ciudad, los delicados hombros
y gargantas se abrigan;
ruedan y van los coches.
Suenan alegres pianos, el gas brilla.
Y si no hay un fogón que le caliente,
el que es pobre tirita.

Sin saber por qué, lloraba. Caminamos hasta la Alameda. Nunca había sentido tanta vergüenza como esa mañana. Serían las ocho. La gente volteaba a verme y se reía. Mi traje era azul con muchos tules, mis zapatos estaban llenos de piedritas brillantes, y llevaba una gasa que apenas tapaba. No lograba caminar derecha. Llegamos a la Alameda y nos sentamos en el pasto. No sé cuántos versos me dijo.

—¿Dónde vives?

—En el Hotel Camelia. Yo me voy sola.

—No, ¿por qué? Tengo tiempo de llevarte.

Ya me lo esperaba, pensé. Pero no era lo que yo esperaba. Me dejó a la puerta del hotel.

—Dame tu teléfono, te llamaré más tarde.

Me besó la mano y se fue. Siempre fue así. Nunca quiso besarme en los labios. Todos los días se despedía en la puerta y me decía frases halagadoras.

Cuando yo le platicaba de él a mi amiga Alicia, se reía.

—¡Pero qué sangrón es ese cuate! ¿No te aburre?, a la mejor es puto.

—No, no me aburre. Yo no le hallo ningún chiste a tu cabrón Tiburón. Todo el día duermen y hasta en la noche te da de tragar. A ver, el viernes con lo que te hizo, y sigues con él. Me da rabia nomás de acordarme. Y tú todavía de pendeja gritándole:

—"Viejo, ábreme.

—"¿Cuánto te hiciste?

—"Ochenta pesos.

—"¡Voy! Aviéntamelos por debajo de la puerta y pírate a ponerle. No te abro hasta que no sean trescientos".

—Con el frío que hacía y así saliste. Te brindé mi cuarto y no te quisiste quedar. Y esa tos que no se te quita. Después de esa porquería las golpizas que te da. Ya te desfiguró la nariz. Vámonos lejos si le tienes miedo.

—No puedo dejarlo. Se enoja porque dice que ninguno de su profesión tiene nada más una sola vieja, ¿no?, así que tengo que talonearle.

* * *

—David, me apena que me des dinero. Quisiera ir a trabajar.

—No puedes volver allá. Ya le dije a mi familia que me caso. Sube a vestirte para festejarlo. Toma esta tarjeta antes de que se me olvide, porque esta noche nos vamos de parranda. Mañana me hablas por teléfono para ir al juzgado. Ahora apúrate. Antes que nada compramos la ropa. Necesitas estar muy linda.

Al entrar le pedí al administrador mi llave. Con la prisa no me fijé que había dejado la tarjeta sobre la ventanilla. Hasta la madrugada, cuando David se despidió de mí, me acordé.

—Raimundo, ¿me da la llave y una tarjeta que dejé aquí?

—Pues la tarjeta no está, y la llave no te la doy porque el patrón dijo que hasta que pagaras lo que debes no te dejara entrar.

Yo llevaba dinero pero el coraje que sentí fue por la tarjeta. Me violenté tanto que subí el brazo y lo descargué con todas mis fuerzas, golpeando el vidrio con mi bolso.

El vidrio saltó hecho pedazos. Raimundo gritó:

—¡Méndiga vieja, ya me heriste!

—¡La tarjeta! ¡Dame la tarjeta!

Raimundo sangraba a chorros. Los inquilinos se amontonaron.

—¡Hay que llamar a la patrulla!

—¡Y a la Cruz! —dijo otro—. ¡Mira nomás cómo te dejó esa loca, mano!

Desesperada, entré en un cuarto de baño. Me sentí como una basura.

No quiero que me lleven a la cárcel porque no lo hice

a propósito. Si David se da cuenta, ya no me va a querer. Mejor me mato.

Casi como sonámbula, cogí un pedazo de espejo. Empecé uno, dos, tres intentos, y la vena no se rompía. Ya se oía la sirena de la Cruz. Atontada, veía mi sangre. Me arrastré hasta los papeles llenos de mierda. **¡Aquí es mi lugar, imbécil! ¡Hice todo por perderte, David!** Grité su nombre varias veces.

Desperté al sentir dolor en la muñeca. El doctor me tenía desnuda en la delegación. El agente del Ministerio Público también miraba.

—Piernudita, ¿se te quitó la borrachera? ¡Buena la hiciste! Te va a ir mal, le abriste la cara cerca del ojo. Esa herida deja cicatriz perpetua. Te vas a tener que poner a tiro, aquí el médico la clasifica.

—¿Cómo? No entiendo.

—Sí, güerita. El pone que no deja cicatriz, pero ya sabes: te acuestas conmigo y luego con él, y te vas.

Le escupí la cara.

—¡Pendeja! ¡Ahora mismo te consigno!

Empezó el papeleo. Después un policía me llevó al Carmen. Apenas contestaba las preguntas. Me agarraron las manos, me pasaron una cosa como para amasar pan, untada de un líquido negro, pegajoso. En un cartón me fueron poniendo dedo tras dedo. Al poco rato llegó un camión grande.

—¡A ver esas viejas que están para la Peni, que se formen!

¡Qué sucia y tonta! Desde un principio lo sabía. El decía:

—No importa nada, ni la vida del hotel, ni el ambiente.

Pero yo pensaba: no va a querer verme David si se da cuenta de la cárcel. ¿Para qué quiere una esposa fichada? Mierda...

Me llevaron al juzgado decimoséptimo. Las palabras del juez no las entendí hasta que dijo:

—Doscientos pesos de caución.

Entonces se acercó un coyote.

—¿Qué le pasa, güera? ¿No tiene para pagarla? Yo le presto. Ahora mismo se la pongo.

—Tengo la mitad, usted pone la otra. Luego saliendo se la doy.

No sé las maniobras que hizo. Salí sin saber a dónde ir. El coyote me esperaba. Caminó largo rato junto a mí.

—Güerita, vamos un rato, ¿no?

—¡Imbécil! ¿Quieres dinero o coger? Si me voy contigo no te doy dinero.

—Prefiero el dinero.

* * *

Nunca volví a ver a David. Tenía miedo y vergüenza. Viví varios meses en el Hotel Camelia. Raimundo el administrador —él que herí— no volvió desde aquella madrugada. Alicia también se fue del Camelia, porque dejó de ganar la cuenta que le exigía el Tiburón; éste se la llevó a un cuarto más barato y dejó de comprarle jarabe para la tos. En cambio él ya traía coche. También estrenó cinco trajes.

La volví a encontrar. No era posible que estuviera tan cambiada. Ella, tan menudita. Parecía un palo con cuatro varas encajadas. Cuando llegué a vivir al hotel simpatizamos, me contó que tenía poco tiempo de haber llegado de Tuxtla.

—No tengo padres —me dijo—. Viví siempre con mi

madrina. Como ella apenas ganaba, me mandó a la capital para que trabajara de criada. Las demás muchachas que trabajaban por la Roma me invitaron a bailar, y ahí conocí al Tiburón. ¡Es re aventado! Luego luego me dijo que si quería ser su vieja, que él tenía una buena esquina donde yo ganaría hasta doscientos o trescientos diarios. Esa misma noche me desculó. Al otro día me llevó al salón de belleza para que me cortaran las trenzas, porque decía que parecía guarina. Estuvo cuidando que no me dejaran tanto tiempo el permanente. No le gusta el chino muy apretado. Decía que parecían frijoles refritos. Ya en la noche me presentó con unas muchachas que estaban paradas. Después me llevó de la mano junto a una mujer, la más grande de todas, y le dijo:

—"Manita, ésta es mi vieja. No quiero que le echen bronca. Ando limón y parece que está pasadera, ¿no?

"Antes de irse, mi viejo me hizo recomendaciones. 'Vieja, ponte verga: antes de meterte con el buey le vas apretando el canal en medio de los huevos; así le sigues hasta llegar a lo grueso. Si le sale agua clarita, ya sabes: está sano. Pero si le sale como pus le das su dinero y no te metes con él. Acuérdate, toda la tarde te enseñé. No se te olvide. Ya me voy, vieja. Cobra adelantado, no sea que te vean maje'.

"Y muy celoso. Siempre se para enfrente, cuidando de que no me tarde mucho con el cliente. Se encabrona. Me reclama y después en el cuarto me madrea. Dice que no debo de gozar con otras vergas".

* * *

Pero ésta no era ya la Alicia que me había contado todo eso en el hotel.

—¡Alicia! ¡Qué gusto verte!

—No te acerques, estoy enferma.

—¿Qué tienes?

El Tiburón me dejó porque no le llevaba dinero. Pasé muchos días sin comer. De la pena nada más tomaba. La tos seguía y seguía. Me sale sangre. No tengo cuarto.

¿Dónde duermes?

En la calle.

¿Ya comiste?

No. tengo dos días sin tragar ni madres.

¿Por qué no me buscaste?

Me dio miedo de contagiarte o de que te negaras a ayudarme. Tampoco me meto con ningún cabrón. No quiero contagiarlos. A lo mejor tienen hijos y les llevan la enfermedad.

Ven, vamos para que comas algo.

* * *

—Apenas tocaste la comida.

—Es que se me fue el hambre. Por favor, Toña, diles que rompan el plato y el vaso.

—Sí, no te preocupes. Alquilé un cuarto al lado del mío. Mañana temprano vamos a que te vea el doctor. Ya verás como no estás tan mal.

* * *

—Acércate, muchacha, mira bien. Sal tantito, niña; déjame hablar con tu amiguita.

—¿Viste los hoyos que tiene? Bueno, son cavernas. Tu amiguita sólo vivirá unos ocho días más. ¿Te fijaste como escupe?

—Sí, antes de venir aquí tiré la bacinilla. Era una cosa mitad amarillenta, con rojito.

—Pero ¿por qué no se cuidó antes? Lo único que puedo hacer por ella es darle una carta para Huipulco.

—Por favor, dígale que se va a aliviar, que no está tan mala.

—Alicia, vamos al hospital para que te den cama y te alivies. El doctor dijo que el aire del campo te ayudará.

Con la carta, nos recibieron pronto y pronto me dijeron que ahí no querían incurables.

—¿Te dijo el médico que sí?

—No, por ahora no hay cama. Dentro de un mes volvemos. Sube a descansar. El dueño del hotel quiere hablar conmigo; seguro me cobra lo atrasado. De una vez se lo doy.

—Si no abro es porque me dormí. Estoy cansada.

—Oiga, Antonia: esta mañana que Ana hizo el cuarto de la amiga de usted, dijo que no seguía más en el trabajo porque la muchacha tiene tuberculosis y, como comprenderá, eso no me conviene. No le cobro lo del cuarto de ella, porque, ¡caray!, cuando menos esa es mi ayuda.

—No, don Miguel. Cobre todo y ai muere.

—Bueno, si no le gusta a usted váyase con ella. Andan de putas, se buscan líos, y quieren que la gente decente les arregle sus problemas.

Alicia, que mientras tanto había bajado, escuchó todo.

—No te preocupes, Toña. De una vez vamos al Hospital General. Puede que ahí sí me den cama.

—Deja hacer una petaca. Una bata, pantuflas, cepillo y pasta de dientes...

—Ni te ocupes; total, sé que no duro...

Llegamos al hospital.

—¡Bueno, esta gente parece que mantiene el hospital!

Por fin nos atendieron.

—Es en el pabellón 26. Alicia, no te dejes maltratar por las enfermeras, son unas mulas. Si te hacen algo o no te atienden, mañana tempranito que venga a visitarte me lo dices.

Diariamente veía como ella con mis mentiras se agarraba a los días. Comía, se peinaba. El último día se maquilló. ¡Qué bella estaba! Con sus ojos azules, su cabellera ondulada, larga, negra.

—El Tiburón se va a llevar una sorpresa cuando me vea sana y llenita. Me va a rogar. Ya parece que lo oigo: "¡Vuelve, vieja!" Pero lo voy a castigar siquiera un mes. Después me junto con él, pero eso sí: no va a ser igual que antes. Le pongo la condición: tres comidas al día y paseos por el bosque.

Le vino un acceso. Casi no podía respirar. Estaba roja encendida.

—¡Para ya, por favor!

No me oía. La perra tos la tenía en sus garras. Después se quedó quieta, con los ojos tranquilos.

Los médicos y enfermeras iban y venían. Uno de ellos, muy joven, se acercó.

—¡Era imposible! ¡Lástima!

Llegué al hotel. El dinero que tenía sólo alcanzaba para la caja. Faltaba para su pedazo de tierra, el velorio, flores, velas...

—Viviana, llame a las muchachas.

—¿Para qué las llamo?

—Por favor, las necesito.

Por fin reuní lo necesario. Faltaba la corona.

—Japonesa, encárgate de todo. Voy a buscar al Tiburón. Cuando menos que compre la corona.

—Tiburón, Alicia lo necesita.

—¿A mí? ¡Para qué! Dígale que pierde su tiempo. No pienso volver con ella.

—Ni ella tampoco.

* * *

No pude ir al velorio. Me parecía un crimen estar con ella y el Tiburón ahí parado con su querida, llorando los dos. La Japonesa me lo contó todo: el Tiburón miró la carita de Alicia a través del cristal y lloró abrazándose a la caja. Al entierro tampoco fui.

Ramón Guzmán

Después de lo de Alicia me fui a vivir a unos departamentos amueblados en Ramón Guzmán. Hice amistad con una muchacha que trabajaba de bailarina. Me dijo que había campos de trabajo, aparte de los cabarets, que yo no conocía. Me llevó a varias casas de citas. Dejé mi teléfono en cada una para que me llamaran. Un día Aminta, mi amiga, llegó temprano por mí. Tomamos un coche que nos llevó a Coyoacán. Comprobamos el número y tocamos en un gran portón. Nos abrió un señor vestido de campesino que nos condujo hasta el comedor, donde estaba el influyente rodeado de mujeres. Nos recibió muy ceremonioso. Hicimos la comida. Después todas las muchachas pasamos a probar un consolador eléctrico que el señor tenía en su recámara. No me gustó el ambiente, pero sentí curiosidad por ver funcionar el aparato del viejo panzón.

Entró semidesnudo, con los cachetes y la nariz colorados. Muy sonriente, colocó a una chica sobre la cama.

—Para que no te resfríes, caliéntate primero con mi cobija eléctrica.

—Me da miedo, vaya a hacer corto.

—No seas tonta, me la acaban de traer de los United States.

Apareció algo semejante a la verga. Lo conectó y la

cosa empezó a vibrar. La muchacha se retorcía. En fin todas ahí sonrientes celebrando la genialidad del señor. Sastisfice mi curiosidad de conocer el aparato eléctrico. Cogí con el aparato y no sentí ni madres.

—Ya me voy Aminta.

—No seas tonta, es buen cliente. Me he quedado aquí hasta el día siguiente, y vieras que bueno es. Viene mucha gente pobre a tratar sus problemas con él y le dice a su secretario:

—Toma nota, apunta, tenlo presente, recuérdamelo, cítalo...

—Luego les da sus palmaditas a los huarachudos. Tú sabes, un personaje como él hacerle caso a uno.

Llegamos a la puerta del enorme jardín lleno de hortensias.

—Mira, estas flores las cuida él personalmente.

* * *

Trabajar con madrotas me gustaba. Una amiga de Aminta me animó a que cambiara de ambiente: había cada cabrón visionudo.

—Vamos al Café Aguila, ahí conozco a varios representantes. Ni tú ni yo bailamos mucho, pero podemos trabajar de solistas. Así nadie nos manda.

El café Aguila tenía mucha luz. Había hombres y mujeres, todos madreados. Las mujeres, unas cuantas jóvenes y las demás de treinta en adelante, muy maquilladas y con un aire de artistas famosas. Besos, manoseos, felicitaciones, conversaciones:

—Mari Telma está ahora posando para las revistas de historietas. También está en Televicentro. ¡Qué suerte tiene!

—Sí, caray. Yo ya tengo tres meses sin contrato. El año pasado salieron varias oportunidades al mismo tiempo. Así es esto. Los ahorros que guardé se están acabando. A ver si mi agente ya agarró un buen contrato.

Todas las conversaciones eran iguales. Hablaban cansados. Me sentía a gusto con ellos. La lucha por comer era parecida en todos lugares. Como a las doce llegó el contratista que esperábamos. Traía contratos para varios, hombres y mujeres. Mi amiga me puso un nombre de artista y fuimos a Jalapa. Al llegar a la ciudad veía todo hermoso. Creía que el lugar a donde íbamos a bailar sería en el centro. Le dimos la dirección al chofer. Atravesamos toda la ciudad hasta llegar a las orillas. La casa era común y corriente. No tenía ningún anuncio de centro nocturno. Sentí miedo. Me imaginé que nunca saldría de ahí. Mi amiga también tenía miedo. Por fin, tocamos. Salió un hombre bajito.

—¿Las manda el contratista? Entren.

—Subimos al segundo piso. Nos enseñó nuestro cuarto. Era peor que el Hotel Camelia.

—Bueno, ¿dónde vamos a bailar?

—Abajo. Vengan, les enseño el lugar.

Bajamos. En la cocina estaban varias muchachas con cara de haberse levantado en ese momento. Pensaba que nada más en México había ficheras y resultaba que no, también en la provincia se cogía tupidito.

El salón de baile estaba oscuro. Apestaba a semen y vino. Llegó la hora de presentarnos. Mi amiga abrió el número. Cantó y bailó. Le seguí yo. En realidad nunca me había fijado como miraba un hombre; al darme cuenta me sentí como un gorila. En medio de tantos ojos, exhibiéndome sin más ropa que un bikini y las tetas al aire. El dueño me pagaba por el número y los gordos pagaban copas por ver. Se reían de mí al mismo tiempo

que decían palabras hirientes. Sentí una rebeldía asfixiante. A las ficheras casi no las tomaban en cuenta. Ellas no contaban. ¿Qué hacía yo? Nada; mover las nalgas y acercarme a la mesa. Después de terminado el número, lo mejorcito de la ciudad me invitó a su mesa, que los honrara con mi presencia. Me sentí rastrera por divertirlos. Además, era al movimiento de nalgas al que invitaban, y no a mí. Todas las noches era lo mismo. Por fin terminó el contrato.

Regresamos a la capital. Seguí frecuentando el Aguila. Después salió un contrato para Ciudad Juárez. La curiosidad de conocer una frontera y el sueldo me animaron al viaje. Fue emocionante. Los pueblitos, las gentes, todo era nuevo. Juárez no tenía más que cabarets.

La variedad era en el Waikiki Segundo. Me seguía chingando estar en cueros en medio de la pista. No molestar a los gordos y hacer como si aceptara sus caricias mientras por dentro sentía asco. Pero ahí, en cambio, mientras yo bailaba ellos hacían cerebro sin que yo les quitara nada. Por otra parte, era una sensación rarísima el sentirme utilizada y sin coger con nadie. Después del número llovían invitaciones. Había muchachas del lugar, algunas de ellas más atractivas que yo; sin embargo, las atenciones eran siempre para mí: seguramente los pendejos pensaban que mi culo era más exclusivo dado que dizque era la vedete.

* * *

En Juárez conocí a una gringa bastante guapa. Alta, rubia, de ojos azules. Se llamaba Artemisa y tenía algo que la distinguía de las demás güeras de su país: un cabrón lenguaje pesadísimo. Nos hicimos amigas. Quería venir a México. Esperé a que terminara el contrato y regresamos juntas. La forma en que ella ejecutaba era distinta. El primer día fuimos a un bar por Reforma. Juan, el cantinero, recibía llamados de casas donde iban políticos de altura. La gringa y yo fuimos a una de ellas.

El lugar estaba por avenida Universidad. Nunca había visto una casa tan lujosa. Entramos en la sala. La dueña nos dio el visto bueno.

—Elías, Elías. ¿Están bien, verdad?

La gringa me explicó:

—Ese tipo es influyente, dueño de un gran hotel. Seguro salimos con un quinientaje.

Una chica empezó a hablar de poesía y un asco cerdo amigo de Elías se quedó puñeto.

—¡Qué mona niña! Ven, acércate...

Después, otra dijo que iba a bailar.

—¡Bravo, bravo! —gritaron dos gordos.

—Mejor dejámos a Sor Juana para la cama, —dijo el gordo, aventando a la muchacha de los versos.

Pusieron música clásica; el **Bolero** de Ravel. La muchacha pasaba con el calzón bajado.

—Pon aquí, papá. Anda rey, para que yo baile.

—Muchachas —dijo Elías—, su patrona va a ser mi vieja; quiero saber qué se siente ser padrote. Así que es la última vez que gasto dinero. Vieja, quiero ver un **show**.

La que estaba bailando dijo que ella lo hacía. Escogió a otra:

—Ven, Perla. Vamos a hacerlo.

—Hay mucha luz, apágale.

—No, porque hacen trampa —protestó un gordo.

Perla y Gladys se tendieron en la afombra. Una y otra se acariciaban. Gladys hacía como los hombres; le besaba

los senos, el ombligo... hasta que llegó abajo. Después se cambiaron de posición. Las dos se lamían en medio de las piernas al mismo tiempo. La patrona miraba enrojecida:

—¡Mira! ¡Ve! Bien que se quieren; lo hacen de verdad.

Un gordo se desnudó y se acostó en medio de las dos. Gladys empezó a sobarle la verga. Perla lo besaba en la boca. Al ver que no se le paraba, Gladys empezó a mamarle. El gordo se retorcía, hasta que se levantó bruscamente y acabó llevándose a las dos a la recámara.

La fiesta seguía. Artemisa y yo estábamos con otro gordo muy distinto. Nos platicaba que los domingos era feliz.

—Me voy a Cuernavaca con mis hijos. Son preciosos. Por la mañana antes de irnos vamos a misa. Es el único día que me olvido de todo. Se lo dedico a ellos exclusivamente.

—Bueno —le dije—, ¿tú nunca le das el mameyoso a tu mujer.

—No, nunca.

—¿Por qué? Si es igual que todas.

—Pues porque se prostituye, se volvería morbosa. Además que no es igual. Es una dama decente.

—Entonces, ¿cómo haces con ella?

—Normalmente, como debe ser.

—¿Qué tal si le da tentación por saber? En el salón donde me peinan he oído a varias señoras decentes hablar de que sus maridos lo tienen grande, delgado, grueso... o que las ponen en tal o cual forma. Luego hay unas que sienten curiosidad porque sus maridos no les

hacen cosas diferentes. "¡Mi marido es un pendejo", terminan diciendo.

—Hay de mujer a mujer. Mi esposa es católica.

—Pues por esa razón es más cachonda.

—Mira, mejor cambiemos de plática. Mi familia es aparte...

En eso estábamos cuando Elías se levantó para saludar a dos tipos. La patrona retorció el culo de gusto.

—Siéntate, Rey. Toma lo que quieras.

El muchacho se sentó. Hablaron en voz baja. Después nos señalaron a las dos. El movió la cabeza, asintiendo.

—Las dos nuevas, vengan. Se van con él a la recámara. Después les pago yo.

—No, señora. Así no.

—¿Por qué no? Si yo les digo que pago.

—No, porque luego se le olvida.

—¿Pero es que no se dan cuenta? No es cualquier cosa entrar al cuarto con un joven tan importante.

—Que entre otra. Nosotras nos vamos.

—Pues no se van. Aquí se sale hasta las cuatro de la mañana.

—Si no quieren, déjelas. Me gusta aquélla que está sola.

—Pero, ¡es idiota! Son putas pendejas.

Agarró un vaso y nos lo arrojó. Si no nos agachamos nos hubiera herido.

—Manolo, éstas no salen hasta las cuatro. Y lleva al joven a mi recámara. Conste, ahí nadie entra más que

yo. Para que veas que aquí se te da lo mejor. ¿Verdad que no estás enojado, amor?

Artemisa estaba furiosa. Maldecía no sé cuántas cosas en su media lengua.

—¡Vieja imbécil!

—Mira —dije— que chingona. Quiere que le demos cachucha al zángano ese. Mejor se la doy a un bolero, pero porque yo quiera... no para complacerla a ella.

—Tiene que pagarnos lo del vaso que nos lanzó.

Artemisa y yo nos quedamos en la sala jugando canasta. Casi todos los gordos estaban en la recámara. Las demás muchachas platicaban de sus viejos. La patrona se pasaba la lengua con el hotelero.

Bajó el jovencito con la muchacha.

—¿Qué pasó, amor? ¿Te dejó contento esta niña?

—Sí, es muy buena para eso.

—El también, ¡es tan mono! Mira: me regaló su pañuelo de recuerdo y puso su nombre y el mío en tu cupido de porcelana.

—¿De veras? ¡Qué lindo!

—Mira: "Mi corazón como recuerdo de unos momentos gloriosos. Gabriel y Maribel".

El joven se fue con su pistolero.

—Vámonos, Artemisa, ¿o te quedas?

—Pero, ¿por dónde salimos si no nos dejan?

—Yo me salto la barda.

Saltamos la barda.

* * *

El gusto que tenía era poder comerme tres pollos para mí solita, chocolates, pasteles... lo que no comí de niña. Más tarde compré un radio. Llegaba al departamento. Leía un altero de novelas semanales y cuentos de monitos. Siempre llegaba de madrugada. En las novelas de monitos, cuando la heroína estaba sola en su cuarto se paraba a platicar con su imagen, ensayaba poses para atraer a los hombres, o ponía sus discos preferidos para leer con música. Yo hacía todo eso. Otras veces ponía el radio en la estación del "Heraldo del Chocolate". Tocaban valses que me gustaban porque sugerían los sueños, el vestido azul, los quince chambelanes, un pastel de quince pisos... ...todo lo que mi padrino —El Chiva Sataray— pensaba hacer para mí. Lloraba tanto que empecé a odiar todas estas cosas. No tenía caso herirme. Después venía otro llanto raro porque no encontraba la causa. Dormía hasta la una de la tarde. Al levantarme tenía planeada la comida: ¡chiles rellenos, chiles rellenos a diario! Eran mi obsesión. Después de comer iba al salón a peinarme, luego a vestirme. Todo eso era un tormento. Hacerme las anchoas. luego el secador, del secador a la desgreñada, de la desgreñada volver a cepillar el pelo; por fin, el peinado listo. "No tiene caso; pero si no me peino... Bueno... ni modo, tengo que hacerlo".

¡Cuantos cines conocí! Cineac, Savoy, Cinelandia. Todos trabajaban de once a once. Compraba algodones de azúcar, palomitas, muéganos... hartas golosinas. En un solo día entraba a dos o tres cines, y me la pasaba en el agasajo.

Otras veces iba al bosque, bien armada de cosas. Pero sola no podía divertirme. Buscaba muchachas que anduvieran de pinta y las invitaba a remar.

—¿A qué escuela vas? ¿Qué estudias?, me preguntaban.

Les respondía con mentiras. Sentía una horrible vergüenza de que adivinaran algo. Cambiaba de plática. Tenía tanta importancia para mí que se les antojaran cosas:

una torta, una leche malteada. Cuando se las obsequiaba y las veía comer sentía como si hubiera cumplido con un deber. Luego las citaba para llevarlas a ver dibujos animados. Muchas de esas películas ya las había visto como diez veces. Después cortaba su amistad, pues me imaginaba que nunca iban a aceptarme como era.

Otro de mis refugios era la Virgen de Guadalupe. La visitaba con frecuencia. Por aquel entonces tuve relaciones con un estudiante de leyes que conocí en la fonda "Pásenle, Jóvenes". Fuimos varias veces al cine. Deseaba casarme con él.

—¡Virgen, haz que no se dé cuenta para que me quiera!

Yo le rogaba a la virgen porque era una madre que no pegaba ni tenía el lenguaje negro de mi madre. Así que todo mi cariño era para ella. ¡Era tanta mi confianza en que me haría caso! Una mañana mi novio llegó a la puerta de mi casa, tocó y me abofeteó:

—¡Puta descarada, burlándote de mí!

—No te vayas pendejo y mámame el culo.

El demonio que se me metió. No fue contra el novio sino contra la Imagen.

Aquella noche bebí mucho. Cuando llegué al cuarto rompí su veladora, descolgué el cuadro y lo azoté; después bailé sobre él. Estaba tan enfurecida que dejé la puerta abierta. Mis vecinas se aglomeraron:

—¡Cállate, blasfema! Te va a castigar.

—No me importa.

Nunca más me dirigieron el saludo.

* * *

Artemisa, la gringa, seguía visitándome.

—Vamos con una vieja que tiene un cliente bueno. Ya me llevaron con él. Así que tú puedes ir. Te pones lista porque el viejo es un político maniático y no puedes cobrarle directamente. Tienes que hacerle un cuento. Es mejor que te explique la mujer que le lleva viejas. Ven, vamos con ella.

Entramos en unos departamentos que estaban por las calles de López, la mujer ya nos esperaba. Estaba en bata con zapatos dorados y llena de pulseras, collares falsos. Blanca, ojos muy pintados, vieja.

—¿Esta es tu amiguita? Me parece que tiene mucho maquillaje y ese vestido es muy vulgar. Lávate la cara y quítate esa ropa. Vamos a transformarla.

—Doña Celia, ahí está su viejo. ¿Qué si ya está lista la muchacha?

—Que entre, dile que entre.

—¿Qué pasó, Celia? Apúrale, porque el patrón tiene muchas cosas que hacer.

—Ya vamos, ya vamos. ¿Qué tal quedó?

—De verdad que parece niña decente.

—Ni por un pelito se te ocurra decirle tu actividad. Si te pregunta algo le dices que eres casada, pero que tu marido no gana lo bastante y que por este motivo tú trabajas de manicurista. Fue así como me conociste. Yo te hablé de él y tu sentiste admiración y curiosidad por conocerlo.

* * *

—No manejes tan rápido, Raúl. ¿Cómo van las cosas, Raúl?

—¿Qué cosas, vieja?

—Pues lo del patrón. ¿Tú crees que gane?

—¡Claro que sí! No hay contrincante para él. Si gana, ya estuvo que nos hicimos.

—Ya ves qué discretos somos, y el patrón todo esto lo reconoce.

—Toca el timbre, vieja.

¡Qué casa! ¡Grande, grande y con baños guindas y azules por todos lados! No había un solo cachito de suelo sin alfombra.

—Siéntate aquí. Muy discreta. No se te olvide que a él no le gustan las putas. ¡Ah, y nada de cobrar! El me da a mí tu gratificación. Me voy, ya viene.

—Buenas tardes, señorita. ¿Gusta tomar un coñac?

—Como guste, señor.

Tocó el timbre y enseguida apareció un tipo muy elegante vestido de negro, con guantes blancos, arrastrando un carrito que parecía de plata. El patrón sirvió una cantidad ridículamente pequeña para el gran tamaño de las copas. Se sentó junto a mí, cruzando sus piernitas cortas. Todo en él era corto: la estatura, su trajecito.

—¿En qué trabaja?

—Yo no trabajo.

—¿Entonces de qué vives?

—¿Pues de qué crees?

—Es una lástima. Es usted joven y bonita. Debería casarse.

—Cásate tú conmigo..., ¿y por qué te da risa?

—Es que yo no puedo hacerlo. Pero tendrá pretendientes jóvenes.

—No, hombre, ni tú ni nadie.

—¿No quiere otra copita? Porque yo me voy. Tengo muchos asuntos pendientes.

—¿Entonces no quieres nada conmigo?

—De verdad no puedo, señorita. Tenga este obsequio y ¡buena suerte!

Me quedé sola, "**¡Viejo pendejo! De modo que no le gustaban las putas. Lo sabía, lo sabía. Diciéndole la verdad me tenía que dar dinero y sin coger. ¡Seguro que las que según él son decentes, vienen por su linda cara!**

Miré los billetes. **De modo que la conseguidora estafa más de la mitad.** Cabrona tranza.

No había noche en la que no pasara por cosas desagradables, juntando odio, sintiendo latigazos, juntando cada noche más y más.

Nunca tenía un lugar fijo donde poder estar. Iba al **Waikiki** cuando quería y esa vez el jefe de mesas me llevó a una de pista.

—Ven, güerita, pórtate bien con ellos, son buenos clientes. Uno de ellos es director de cine y parece que anda agasajando a unos amigos.

El director de cine, a mi ver, aunque vestía como los elegantes del cine inglés, tenía una cara de cabrón, pero guapo; me gustó un chingo. A los otros no los vi bien y como el director nada más se dedicaba a escuchar a un hombre que hablaba, yo pedía y pedía copas. La otra compañera también se fue a fondo. Al terminar la variedad pidieron la cuenta.

—El señor las invita a las dos a su casa. ¿Pueden salir?

—Sí, como no, pero tenemos que dejar dinero aquí.

—Cobra bien, tiene lana —me dijo al oído el director.

A la salida, el director se encasquetó un sombrerito que parecía de otro hombre más pequeño que él, y se enfundó sus guantes y un abrigo que también le quedaba chico. Y después uno como paraguas o bastón. Al salir se despidió muy ceremonioso y nosotras seguimos al hombre que pagó la cuenta.

Nos subimos en un coche muy elegante. El que pagó la cuenta no nos dirigió la palabra en todo el camino. De vez en cuando nos miraba largamente y se sonreía con nosotras. Vivía por ahí mismo en el Paseo de la Reforma.

Era una de esas casas grandes y lujosas que me daban miedo; palabra que sentía que si yo viviera ahí me perdería.

Casi siempre los que viven en estos caserones son dos o tres personas. Son más sirvientes que amos. ¡Qué derroche! Refrigeradores llenos de comida. Creo que nunca se la acaban, comen como gatos.

Al entrar en la casona tuve la sensación de que un día un hombre como este, que vive tan solo, enloquecería y se convertiría en el demonio y yo tendría que gozar y sentir, sentir hasta el infinito.

El hombre nos dijo que nos pusiéramos cómodas y que escucháramos música mientras él iba a preparar unos cocteles. Por suerte ni la otra ni yo hicimos caso en eso de ponernos cómodas.

Entró el hombre con la cara congestionada como si alguien lo hubiera hecho enojar. Los ojos los tenía raros; me imaginé que era vicioso.

Volvió a dejarnos solas. Presintiendo algo, nos acercamos a la puerta que daba al jardín. Tenía miedo. Mi respiración y la de la otra chica nos asustaba. Procuraba contenerme, pensar cómo salir. No dio tiempo, ahí estaba el hombre con dos perros enormes. Parecía un gigante de los cuentos de ogros, de esos que se enojan porque se meten en sus propiedades y luego se comen a sus víctimas.

Empezó a reír, reír, reír. Nos soltó a los perros.

—¡Echénselas! ¡A ellas, a ellas!

Sentí el aliento del animal en mi cara, los gritos de mi compañera, los ladridos y arañazos, los animales y la risa del hombre.

No podía más. Sentí que mi cerebro tronaba. Todavía ahora no sé cómo encontré la perilla de la puerta. Cuando salí, la otra no se soltaba de mi abrigo.

—Está loco, está loco —decía llorando.

Caminamos un buen rato pensando cada una en sus cosas.

¿Será como el paralítico?

El paralítico también nos dio un buen susto.

Aquella noche en que fue al bar en busca de mujeres, ¿cuántas fuimos? ¿Tres? Sí, tres...

Cuando íbamos a su casa no comprendía para qué nos necesitaba.

—¿De qué te ríes, muchacha?

—Somos tres y no creo que puedas con todas, te ha de costar buen trabajo moverte. ¿De dónde sacas fuerzas? ¿O se te quedaron todas en la cadera?

Me miró con un importamadrismo, inhalando el humo de su puro y no me contestó. Después su ayudante me dijo que estaba completamente inutilizado en su silla de ruedas y que había veces que él solo no podía empujar el carrito; entonces el inválido le daba de bastonazos.

La cara del paralítico daba la impresión de bondad. Llegando a su casa nos sirvió coñac, puso discos, para

demostrarnos que podía hacer cosas sin su ayudante. Después, para demostrarnos aún más sus habilidades, nos pidió que nos descubriéramos las espaldas.

—Sí, nada más las espaldas —dijo temblando—. Tengo delirio por las espaldas.

Se acercó con su mano temblorosa, sudada, acariciando a cada una.

—¡Hum, qué tersa! Parece una madera lisita, lisita.

Y cada vez que nos tocaba, su jadeo se hacía más ruidoso. El ayudante nos miraba como si tuviera miedo.

Tocaba en turno del manoseo a Sonia. El hombre la acariciaba con una sonrisa de imbécil. De sus labios colgaban gruesos hilos de baba que él volvía a sorber.

Sonia gritó, trató de zafarse y él no la dejó. Volvió a gritar.

—Ah, ah, ah, ¿qué tienes?, —preguntó él jadeando.

—¡Me quemaste la espalda con tu cigarro!

—No le hagas caso, güerita. Acércate tú, las dos o la que quiera.

—¡No! —gritó Sonia—. ¡Las vas a quemar!

—¡Déjese quemar alguna, por el amor de Dios! ¡Les doy lo que me pidan, lo que quieran!

—¡Andrés! Acércame con ellas.

El ayudante no se movió.

—¡Andrés! ¡Cabrón! Ayúdame, te digo. ¡Me falta poco para terminar!

—Imbécil, quema a tu chingada madre.

—¡Ah putas! ¡Putas puercas! Vienen, se toman mi coñac, me estafan, y luego no quieren complacerme. ¡Andrés, ven! Que se vayan. Abreles la puerta, no quiero verlas.

—¡Adiós, tullido! —le grité al salir.

* * *

Mañana tengo cita con otro gordo. Tengo que comprar un suéter de estudiante, cuadernos y un escudo.

—Cuando entres con él a su estudio finge que eres muy miedosa. Apenas te quiera tocar gritas, entro yo, y nos repartimos después.

La madrota se fue, pero antes me dio unas palmaditas en los senos. Siempre sentí desprecio por todas ellas. Se sienten muy listas cuando platican cómo empezaron. Esta siempre decía lo mismo que dicen todas:

—Cuando yo me metí a la vida era más joven que tú, nada más que no fui tonta y luego luego me empecé a hacer de clientes que siempre me buscaban. No como ahora que llegan y ya quieren encontrar al cliente con la verga parada sin complacerlo en nada, y luego otra cosa: todo se lo dan al padrote. Yo no; sí, tengo viejo, pero él es el padre de mis hijos. A ellos nunca les doy mal ejemplo. Los niños tienen buena educación, están internos en un colegio de jesuitas. Para tener lo que uno quiere primero abrir las piernas, después ahorrar, poner tu casita y luego que otra las abra por ti.

Me levanté temprano, compré las cosas que necesitaba, me bañé y tejí mis trenzas. Apenas si retoqué mis labios para dar la impresión de colegiala.

Entré con una sonrisita idiota como las colegialas. El viejo era como los demás: panzón, calvo y con unos lentes de fondo de botella.

—Entra nena. Entra sin miedo.

Sus preguntas eran distintas: ¿Cómo te llamas? ¿En qué escuela estudias? ¿En qué año vas? ¿Cuántos años tienes?

—¡Diecisiete! Lanzó un grito que hagan de cuenta que lo deshuevaron.

—Ven, acércate. ¡Oh, te pones colorada! ¡Qué linda, te da pena!

"Gordo, estoy colorada porque tengo calor".

—Dame tu manita, así así, sin miedo. Déjame besarte la rodilla; qué dócil, nena. ¿No tienes miedo? Me dejas darte un... un besito en la barbilla. ¿Sí?

¡Puto si me sigue hablando así!...

—Si te pido que me permitas darte otro en la boca, ¿no te espantas?

"Ya voy a gritar, cómo le apesta la boca".

—Betty, Betty, ¡sácame de aquí!

—¿Qué pasa? ¿Qué le hiciste? Eres un bruto. ¡Imbécil, la espantaste! Ven, niña ya, ya cálmate.

—¡Oh, Dios! ¿Por qué no me controlo? Tú sabes, Betty, que no es mi intención perjudicarla. Toma, nena; toma este billetito. Cómprate lo que quieras.

—¡Cómo! ¿Nada más esto? Dale más, no sea que se enferme y su familia es muy pobre.

—¡No! Ni lo quiera Dios que yo sea el causante de que esta niña se frustre. ¡No! No quiero que sufra por mi culpa. Toma.

* * *

—Bueno, Betty, dame lo mío. ¿Que tú te vas a quedar

con más de la mitad? ¡No, eso sí que no! Me das más, o entro y le digo al gordo el engaño.

—Toma. Y nunca, pero nunca me vuelvas a hablar.

* * *

Mi cuarto estaba desastroso. Las paredes descascaradas, llenas de números de teléfonos. Guardaba unos galones de pintura para pintar el cuarto el día que tuviera tiempo. Ese día llegaron mis cobradoras muy temprano.

—Buenos días, güerita. Ya me dijeron que ayer le fue bien.

—Entre, señorita Gena.

—No, me voy rápido, nada más vine por el abono. Por cierto, tengo unos vestidos muy bonitos que me acaban de llegar. ¿Quiere que se los traiga?

—Creo que no, ya le debo mucho.

—Pero con el abono de doscientos pesos a la semana termina pronto.

—¿Qué tiene en el cuello?

—¿En el cuello? Nada... a ver, permítame su espejo. ¡Qué barbaridad! Parece una mordida. Regáleme tantito maquillaje. Lo bueno es que se dio usted cuenta, si no, ¡la que me arma mi mamá! Después de cobrarle a usted voy a pasar por ella para irnos a comer. Entonces mañana le traigo sus vestidos, a ver si se anima por alguno.

* * *

Ya no tarda en venir la española.

—Buenas le dé Dios. ¿No estamos cruditas ahora? Mire lo que traigo. Un encanto de blusitas náilon, pruébeselas. Ya me enteré que a la señorita Gena le da más que a mí.

—Sí, pero a ella le debo más que a usted. Déjeme la blusa azul.

Sonó el timbre después de que la española se fue.

—¿Quién es?

—Yo, señora, del salón de belleza; que dice la señora que si no va a pagarle lo del teñido del pelo.

Después llegó mi amiga Lilia.

—Vámonos ya, que El Negro me llamó por teléfono. Dice que el bar está a reventar. Ayer te dije que pasaba temprano por ti.

—Vinieron las cobradoras y me quitaron tiempo. ¿Cómo te fue anoche?

—Mal, muy mal. Sonia y yo fuimos juntas al bar y cuatro tipos que estaban en un gabinete nos invitaron a su casa, y de esas cosas que presientes, no quise ir. Además que tenía ganas de golfear con mis amigos, "Los Halcones". A la pobre de Sonia le pegó el tipo con quien se fue. Después de ir al bar vamos a ver que le hicieron, yo no la he visto. Pilar fue la que me dijo que Sonia estaba muy lastimada... Tan tonta Pilar, encargó niño otra vez, con eso de que usa diafragma con los clientes y con su viejo se lo quita, ella está segura de que el niño es de su viejo.

—¡Qué quieres Lilia, a Pilar le gustan mucho los niños y es feliz cuando está embarazada, porque descansa y su viejo la mantiene desde el quinto mes hasta que sale del cuidado.

—No le veo gracia, la mantiene con el dinero que ella le da.

—Ella lo sabe, me lo ha contado; pero estando embarazada y tejiendo dice que se siente mujer decente. Además en ese tiempo atiende bien a su hijita.

—Lilia, paga el coche. No tengo dinero.

* * *

—¡Cuánta gente!, esto se pone bueno. ¡Mira cuánto gordo! Ai viene uno.

—Señoritas, concédanme el honor de invitarlas unas copitas. A sus pies, Paquito..., el consentido de las mujeres bellas.

—¿Qué pasó Paquito?, te estamos esperando para que hagas el café.

—Sí, ahora voy, primero deja invitar a estas damitas.

—¡Hombre, de veras! Ustedes nunca han visto como hace el café diablo este hombre. Vengan a nuestras mesas.

El mesero entró con un carrito lleno de botellas y cosas raras, muy llamativas. Paquito pidió unos guantes blancos porque le daba caché. La figura de Paquito era desproporcionada: alto, delgado, con una cajita de cuerpo muy pequeña, el traje de casimir inglés, camisa y corbata caras; calvo, unos ojos pequeños, nariz colorada, cachetes que colgaban, y una barriga grande, grande.

Cuando le llevaron lo necesario para el café, se paró derecho con una mano en la cintura y una patita más adelante que la otra. Empezó a coger botellas con la punta de sus cortos dedos, batiendo cuanta botella cogía. En el momento de agitarlas, su voluminosa barriga se movía. Cuando terminó sus amigos le aplaudieron.

—¡Estupendo! ¡Magnífico! Hermano, te lo digo, ni en París... ni en París...

—Madame —dijo, poniéndose de rodillas— pruebe, por favor.

Después que todos celebraron el café, Paquito cortó con sus amigos para conversar con nosotras.

—Pues sí, cuando me muera voy a dejar a mi patria una reliquia que me dejaron mis antepasados, de la cual estoy muy orgulloso. Es una reliquia de gran valor para mi país. ¡Pobre hombre! ¡Qué hermosa mujer! No... No... si cada vez que lo pienso me rebelo a tamaña injusticia. ¡Nunca debieron matarlos! ¡Imagínense, México convertido en un imperio! ¡Con nobles y todo ese señorío! Fue un gran error... un gran error..., perdón, hablo y hablo, sin explicar. Soy un gran patriota, pero reconozco los errores y me duelen; sí, me duelen. ¡Basta de sentimentalismos! Tengo la camisa de Maximiliano, con la que lo asesinaron; todavía tiene las manchas de sangre. Como les dije antes, es mi patrimonio..., lo que le dejo al pueblo. Sí. Un gran recuerdo..., para mi amado pueblo..., el gran pueblo.

—Señor Paquito, en la barra hay una dama que quiere saludarlo.

—¡Ah caray! Se me olvidaba que tenía cita. ¡Estas mujeres! No me dejan tranquilo. Con el permiso de ustedes, señoritas, me retiro.

—Vámonos, tenemos que pasar a visitar a Sonia.

* * *

—El departamento de Sonia tenía mucha luz: con carpetitas tejidas en gancho, una máquina de coser. El único mueble propiedad de ella era la cama; las sillas y los muebles del comedor pertenecían al edificio. Sonia siempre hacía el aseo de la casa; lavaba, tejía, cocinaba y no le gustaba tener viejo.

Sonia me contó cuando comenzamos nuestra amistad:

—Una vez un estudiante me sacó de la vida. Fue un

infierno. El no cubría todos los gastos y yo tenía que conseguir. Nunca me quiso acompañar al trabajo.

Cuando regresaba me preguntaba:

—"¿Cuántas mesas serviste?

"Y yo pensaba: **¿Cuántas veces me vine?** Me entraban remordimientos y rabia por no controlarme, pero eso lo tengo desde niña. Allá en mi barrio, por las noches, cuando mi madre vendía quesadillas, me iba con los niños a coger —uno, dos, tres, seis, y repetía, repetía; primero uno, luego otro y vuelta otra vez, y lo seguí haciendo hasta que me salieron los senos. Los senos, me gustaba que los mamaran hasta que sangraran. El estudiante me decía:

—"Vamos a tener un hijo, y nos casamos en cuanto me reciba.

"Seguimos juntos dos años. Mejoró su situación, ya ganaba suficiente y no salí más al trabajo. Pero yo nací así y cuando él se iba al trabajo, me salía a caminar. Bastaba con que alguno me dijera cualquier palabra y en seguida me entraba el calor. Venía el recuerdo de los niños esperando su turno, y yo acostada con las piernas abiertas, temblorosa, esperando, y no sabía más; me iba con cualquiera. Hasta que él descubrió el engaño y rompimos. Por eso no vivo con nadie. Prefiero gozar con cualquiera, al fin eso es lo que me gusta. Da lo mismo uno que otro.

Sonia seguía siendo mi amiga y siempre me regañaba.

—¡Persígnate!, ni siquiera rezas un padre nuestro, por eso las demás no te quieren. Eres bien hereje.

—A lo que vamos, Sonia, y quieres que le pida al Señor que me piquen las nalgas. Si acaso le pido será que me toquen viejos impotentes.

* * *

Lilia y yo llegamos a la casa de Sonia. La madre de

Sonia salió a recibirnos. Sonia dormía. La madre lloraba y se quejó con nosotras:

—No sé que hacer. No quiere comer, tiene la cara destrozada. El doctor dijo que el daño no estaba en los golpes, sino que era mental.

—Mamá..., mamá...

—Dime, hija. ¿Quieres agua?

—Déjame sola con mis amigas.

—¿Por qué te fuiste con esos hombres? —le pregunté.

—Cuando salí del bar nada más era un hombre, por eso iba confiada. Los otros tres que lo acompañaban se despidieron como dos horas antes de que me fuera con él. Después caminamos hasta el estacionamiento donde él tenía su automóvil. No desconfié porque antes de pedirle dinero me dio un obsequio. Manejó rumbo a las Lomas, y antes de llegar al Angel paró el coche. Ahí estaban sus tres compañeros.

—Los dejo en su casa —les dijo.

—Siguió manejando hasta que aumentó la velocidad. Entonces empecé a sentir miedo. Se metió por un camino desconocido.

—Aquí está bueno —dijo uno—. Se ve que no pasa nadie.

—Quise correr pero el miedo no me dejó gritar ni correr. No sabía qué hacer. Pensé que si recordaba las cosas que hacía de niña no sentiría feo, pero por más que quise no pude; sólo sentía dolor. Los cuatro me cogieron, por atrás, por adelante, varias veces, tantas que me desmayé. Me pegaron. Después, alguien propuso que uno me cogiera por atrás y otro por delante, los dos al mismo tiempo. No me di cuenta si lo hicieron.

—Cuando desperté, estaba en la Cruz Verde. Casi no sentía las nalgas. Tenía dormido de la cintura para abajo, no puedo orinar, hago de las dos cosas con sonda. El señor que me recogió dice que estaba totalmente desnuda. Le dio mucho miedo porque pensó que estaba muerta. Así que corrió a dar parte a las autoridades.

—¿Quién fue ese señor?

—Un chofer de esos que manejan camiones de materiales. Tengo tanta vergüenza con mi madre; ella lo sabe todo y no me ha hablado nada de eso. Nada más llora y llora. Mejor quisiera que se fuera...

—Sonia... Sonia... Ya se durmió. Vámonos, mañana venimos.

* * *

A diario la visitaba, pero ella no quería hablar, se negaba a caminar y si se asomaba un poquito a la calle y veía a algún hombre, en seguida vomitaba y empezaba a gritar. Los golpes se le borraron, pero su mal estaba muy dentro de ella. La madre se negó a llevarla al manicomio. Después no supe más de Sonia.

* * *

Yo sentía odio y miedo. El miedo no me dejaba nunca, lo tenía en mi cuarto, en la calle, pero no en todas las calles. El miedo me ahogaba por esas calles: Madero, Gante, Filomeno Mata, Cinco de Mayo. Por esas calles donde anda la gente limpia. Empezaba cuando distraídamente me seguía por toda la avenida Juárez hasta que no podía escapar, porque ya estaba caminando por Madero.

¿Por qué tienes miedo? ¡Camina! No mires a la gente. ¡Endérezate! ¡Eso! derecha, sin voltear. No puedo: quisiera que se abriera el cemento y me tragara. Siento ganas de vomitar. ¿Por qué me encaminé por estas calles? Estoy bañada en sudor, tengo que salir, tengo que salir. Me muero

de miedo y de vergüenza, casi no sé qué me atormenta más. Tiene que ser la vergüenza. No, no... ¿Qué es? Tantas mujeres bañaditas en su trabajo. También yo me acabo de bañar, hace como dos horas. Mi vestido está limpio. Pero yo no trabajo. Las calles se alargan. ¡Cómo quisiera que pasara un libre! ¿Por qué tengo que huir? Mejor sigo caminando, no debo huir. ¿Y si alguno me reconoce? ¿Y si me grita?

Toda la gente se me esfuma y sólo les veo los ojos y sus bocas abiertas como si se burlaran de mí y de nadie más, sólo de mí. Es curioso, a diario vengo por aquí, por este mismo lugar, y no siento tanto miedo. Bueno, pero no lo siento porque vengo en coche y nadie me mira. Siento miedo, y eso que es tan sólo un pedacito: de la banqueta a la puerta del bar. Estas mujeres me intimidan. Tan limpias, tan dignas y decentes que se ven. Parece que las veo en sus casas haciendo labor, esperando a sus maridos, siete o diez hijos, y luego en la noche se cogen de una manera muy callada. Estas siempre se me quedan mirando feo, feo. Quisiera mirarlas igual y no puedo, siempre tengo que bajar la vista como si cometiera un crimen. Ya no aguanto las ganas de vomitar. Aquella vez que me invitaron al restorán familiar, mis amigos querían sentarse en una de las mesas del fondo. Yo no quise y en la primera mesa de adelante me dejé caer como un fardo. No oía ni veía a mis amistades por estar mirando a los que se levantaban y se acercaban a la caja para pagar. Miraba aterrorizada cómo movían la boca. Creía que decían:

—¡Saquen a esa puta de aquí!

—¡Pero, ¡señorita!

—Esto es lo que considero indigno. ¿No sabe usted que esa mujer es puta?

Cuando el mesero se acercaba, yo temblaba y cerraba los ojos esperando palabras insultantes.

—Señores: éste es un lugar decente. Les suplico se lleven a esta mujer de aquí, pues varios clientes se han ido ofendidos por la presencia de ella.

Me falta poco para llegar a San Juan de Letrán.

No puedo ni pararme a mirar los aparadores, porque siempre que se acercan les veo la burla en sus ojos. Tengo que pararme a mirar. Están aquí, parados junto a mí. Tengo miedo. Apenas puedo contener las ganas de orinar. ¡Ya me tocó las nalgas ese imbécil! Si le reclamo me denuncio. ¡Por fin llegué! Aquí por todo San Juan se me quita el miedo. Caminan tan de prisa que no se fijan en nadie. Mañana voy a regresar, y todos los días hasta que se me quite el miedo.

Siempre estaba sola. Las pocas horas que pasaba en mi departamento no hacía más que pararme frente al espejo a ensayar muecas y a esperar la llamada del cantinero. Mis vecinas y compañeras de trabajo sólo conversaban conmigo en el bar. Se enojaban conmigo porque siempre que platicaban tenían que hablar de Cristo, y yo les respondía que lo admiraba, pero no creía que no se hubiera tirado a la Magdalena, al fin y al cabo era hombre y no puto. En estas discusiones siempre me echaban en cara mis vicios. Que si yo les tumbaba a los clientes, que si yo era chueca.

Las únicas personas que me saludaban eran los vecinos del nueve, que de cuando en cuando me visitaban; una que otra vez los invitaba al cine.

Me gustaba cómo hablaban:

—Chica, ahora nos estamos comiendo un cable, pero cuando derroquemos al tirano... ¡tú verás, tú verás!

Me gustaba ayudarles y en lo único que podía era guardarles unas ametralladoras en mi clóset.

El cantinero me llamaba temprano. Ese día me presentó con un ingeniero, señor que todos respetaban porque tenía un tutor que estaba muy cerca de otro señor muy influyente. El ingeniero quedó satisfecho.

—Muy mona, muy mona —dijo pasándome las manos por los muslos. Me citó para el día siguiente. Su tutor daba una fiesta para unos señores del Senado. Tomamos tanto que lo único que recuerdo es que no podía abrir la puerta de mi departamento. Me senté en la puerta y me quedé dormida. Medio desperté al sentir que alguien buscaba en mi bolso. **¡Qué chasco se va a llevar!** pensé, **no traigo ahí el dinero.** Siempre me lo metía entre el pelo sujetándolo con un gancho. ¡Ya podían esculcar!

Después de buscar abrieron la puerta y me acostaron cuidadosamente.

—¡Mira eso, chico! Suda vino, respira vino.

—Deja eso, que descanse.

Cuando salieron me levanté trabajosamente y lo primero que hice fue ponerme la mano en la barbilla; solté el aliento y aspiré.

En verdad apestaba. Me desnudé frente al espejo; mi cuerpo estaba tan delgado... los cabellos me llegaban a la cadera y los senos antes erguidos empezaban a mirar al suelo, avergonzados como yo. También ellos dudaban. ¿Sería miedo o vergüenza? No lo sabíamos... No.

Me resistía a sentirme así. Porque cuando tenía vergüenza me gustaba aventarme contra el suelo y rodar, rodar, hasta sentirme agotada; entonces el sueño venía y no sabía más.

El ingeniero llegó por mí a la hora convenida.

Fuimos al leonero del tutor, que estaba situado atrás del Palacio Chino. El ingeniero, rápido como si fuera una dueña de casa, llamó por teléfono a sus amigas. Pidió servicio al Tampico Club, con meseros, garroteros y maitre. Llegaron y organizaron el banquete.

El ingeniero le preguntaba al maitre si no era más elegante el ambigú que los manteles largos. El anfitrión

aseguraba que el ambigú era más chic. El maitre respondió que sería muy chic, pero que no se eliminaría a nadie del personal.

Después, fueron llegando una a una las muchachas. Unas eran de Televicentro, otras de teatro. Como a las once de la noche llegaron los políticos.

En todas las reuniones los gordos se aíslan, platican de sus asuntos, se beben una botella, y poco a poco, como si despertaran, eligen, tocan, palpan. Luego, con una sonrisa de satisfacción, se quedan con la que les gusta.

Las muchachas cuentan chistes para animarlos. Todos hablan a un mismo tiempo. El ingeniero corría de aquí para allá atendiéndolos. De cuando en cuando se acercaba para brindar conmigo.

—Ya verás, en cuanto llegue mi tutor esto se pone bueno.

Llegó el tutor. Vestía un traje gris. Era alto, gordo, y con una papada enorme. Los invitados lo rodearon, se abrazaron, platicaron. El tutor se quitó la ropa; acto seguido todo mundo lo imitó.

El tutor pasó besándonos los pezones a una por una. Después siguió el strip tease, luego siguió bailando el solo. Al terminar éste, la fiesta empezó a decaer; unos vomitaban, otros hacían el intento de enderezar su pene.

El tutor tuvo una ocurrencia. Trepó a una muchacha en una mesa, y él se acostó boca arriba. La muchacha quedó hincada con las piernas abiertas. Mientras, otro gordo le vaciaba el vino en el surco formado por los senos. El vino corría con rapidez hasta detenerse un poco en el ombligo, mientras el tutor ponía su boca abierta en la vulva de la muchacha.

—¡Ah!, ¡qué rico sabe!, otro trago más y luego siguen ustedes.

Después que bebieron todos, el tutor invitó a uno de los meseros. Ninguno de ellos aceptó, y el tutor empezó a gritarles:

—Maricones, ¡largo!

Muy indignado se dirigió al teléfono y pidió que mandaran a otros meseros. Furioso, colgó el aparato dirigiéndose a la muchacha que seguía trepada en la mesa. Esta vez sin vaciarle vino volvió a pegarle la boca en el sexo. La muchacha dio un grito y el tutor se apartó sonriendo. Ella sangraba.

Todos aplaudieron y el tutor hizo caravanas como un actor cuando termina la función.

* * *

Para mí esa vida seguía. Abriendo las piernas un mes, una semana, un año, era igual.

Los señores que acostumbran hacer sus cosas por la tarde son raros.

Otra vez me llamaron para ir con un gordo. Cuando llegué estaba nerviosa. Pagó su café. El salió primero. Yo esperé en la puerta del bar.

Después de mirar para todas partes, me hizo señas que subiera rápido en su automóvil. Ya adentro me dijo que tenía un pisito de soltero muy mono, que lo había conservado porque desde soltero lo tenía.

Yo lo miraba. Siempre son iguales: altos, gordos, calvos, miopes. Llegamos a su pisito y en seguida se desnudó. Luego se dirigió al refrigerador, que tenía cerrado con una cadena y un gran candado.

—Siempre lo cierro porque la criada se roba todo lo que encuentra.

Sacó unos quesos, jamón, salami. Todo apestaba ya de viejo.

—¿Gustas?

—No, come tú.

—No, lo saqué para ti. Yo no como nada porque en la casa me esperan a cenar mi mujer y mis hijos.

Como no acepté, en seguida lo volvió a guardar.

Luego se tiró de espaldas en el sofá y me pidió que le sobara la espalda. A medida que le sobaba, su jadeo aumentaba. Se levantó jadeando, babeando, sudoroso, y se dirigió al saco que se había quitado. Sacó de él un envoltorito; le quitó el papel y luego se acercó a mí titubeante. Me enseñó una vela de unos diez centímetros de largo y unos cuatro de diámetro.

—Métemela, métemela.

—¿Dónde?

—¡Aquí, aquí! —dijo abriéndose las nalgas.

—¡Que te la meta su chingada madre, pendejo!

—Si te vas llamo a la policía.

—¿Sí? ¿La vas a llamar?

Antes de cerrar la puerta lo miré. ¡El pobre hombre, con esa barriga tan grande y sus calzoncitos en la mano!

Apenas si se asomaba su pequeño pene, más pequeño que mi dedo anular.

Arcos de Belem

Ahí estaba, parado en la cantina. Siempre me miraba y me miraba, como si reprobara mi risa y mis modales.

Era un hombre joven, trigueño, alto, un poco encorvado. Nunca me acercaba a ningún joven; les tenía miedo. Pero esa vez me acerqué decidida a pedirle una copa.

Nos sentamos.

—Pide lo que quieras. ¿Vives sola? Si quieres, vamos a otro lugar.

Toda la noche bailamos. Nos dormimos, y en la tarde me desperté. El había salido para comprar comida, un vestido y zapatos de piso. Luego de comer nos bañamos. No me había dado cuenta que su cuerpo estaba cubierto de un vello suave, suave; sus ojos negros hundidos, la nariz grande y los labios carnosos.

—Dime tu verdadero nombre.

—Antonia. ¿Y tú cómo te llamas?

—¿Yo? Yemen.

—¿Yemen? ¿Yemen?

—Sí, así es. ¿Vamos al cine?

No me di cuenta de la película. Sentí como si al abra-

zarme, él me estuviera protegiendo de todo. A cada momento él me levantaba la barbilla para besarme en la frente, en los ojos. Los dos nos quedamos dormidos hasta que terminaron todas las funciones. Caminamos sin hablar.

—Yemen, me voy a mi casa. Si quieres nos vemos en el bar.

—Bueno, entonces nos vemos más tarde.

—Hasta la noche, entonces.

Me volvió a besar.

—No vayas, ¡quédate! Vamos a mi departamento!

Después de esa noche no volví más al bar.

Yemen recibía dinero de La Habana, con eso bastaba para los dos. Era la primera vez que vivía con un hombre y era difícil hacerse cargo de una casa, pero entre los dos hacíamos todo. Cuando me salía mal el arroz, Yemen se burlaba de mí, pero luego se quedaba muy serio y me decía:

—Mima, tú me has dado algo que muchos imbéciles no toman en cuenta.

Por las noches, cuando queríamos ver alguna variedad, llegábamos y pedíamos la mejor mesa, buena bebida, y Yemen me dejaba sola. Tardaba un largo rato, dando tiempo a que algún gil abocado, como llamaba él a los gordos, se acercara. Me había surtido de vestidos rojos muy ajustados y con un escote hasta la rabadilla e hizo que me tiñera el pelo de rubio.

El gil abocado ya estaba sentado a mi mesa.

—¿Está sola?

—No, me acompaña mi hermano.

—¿No le molesta que la acompañe mientras él llega?

—No, no me molesta.

—¿Quiere bailar esta pieza?

—Vamos.

Cuando volvíamos a la mesa, Yemen nos esperaba.

—Mi hermano, un amigo.

Si el gil entraba en sospechas por el acento de Yemen, le explicaba:

—Es que él es mi medio hermano. Su madre es cubana; nos conocimos ya grandes. Su madre acaba de morir y yo soy su única familia.

Después el gil nos invitaba a otra variedad, y al final pagaba todo lo que pedíamos. Luego Yemen le daba pastillas para dormir, lo registraba, y con el dinero que le limpiaba al gil me llevaba a otros cabarets.

Cumplimos un año viviendo así. A Yemen le gustaba pelear a diario, y yo había descubierto lo que le agradaba. En una ocasión, cuando él llegó, yo estaba escondida dentro del clóset. El entró y registró por toda la casa. Me gritó y no contesté. Se sentó a llorar como un niño. Después sacó su pistola que guardaba debajo de la almohada. La acarició y luego la desarmó y la limpió con aceite. Mientras la limpiaba, decía:

—Tú eres mi compañera.

Salí de mi escondite asustada. Creí que me iba a matar, pero le dio mucha alegría.

—Mima, reina. ¿Por qué huiste? ¿Qué te hice?

—Pero si no salí. Estaba escondida en el clóset.

—No, tú saliste. Te busqué y no estabas. No digas más.

Toda esa noche me habló. Me pidió que lo perdonara, que no intentara huir, que lo comprendiera. Ya como a las seis de la mañana se durmió. Todo lo que él hizo me dio miedo, pero se veía tan contento que no me importó. Varias veces repetí la misma travesura porque él me lo pedía.

Cuando íbamos por la calle, le gustaba que fingiera que no lo conocía.

—Mima, camina tú alante; yo te sigo y te empiezo a fajar. Y si te digo un piropo feo tú me abofeteas, ¿sí?

—Bueno...

—Mima, ¡estás como Santa Bárbara, santa por alante y bárbara por atrás...! ¡Tienes una batea que todo el vecindario se puede bañar en ella!

* * *

El dinero que le mandaban de La Habana se terminó. Vendimos cuanto teníamos. Se nos juntaron las rentas del departamento. Tratamos de vender el carro, pero nadie lo quería porque traía placas cubanas. Por las noches nos parábamos cerca de algún brinco, si salía algún bacan de altura, con máquina estacionada enfrente, en seguida Yemen le salía al paso y con la pistola en la mano le quitaba el dinero.

Por esos días conocimos a tres paisanos de Yemen: Saúl, Augusto, Ciro; Saúl y Augusto habían hecho un trabajo en una joyería de la avenida Juárez. Nos reuníamos por las mañanas buscando un buen punto. Nos llevó quince días encontrarlo. Era un banco chiquito por las calles de Florencia. Saúl nos citó para trabajar el punto. La cita era en la Alameda.

Augusto y Ciro propusieron a Yemen para jefe.

—Nos vamos a citar para checarlo. Augusto y Ciro

vigilen todos los movimientos desde la hora que abren, de ocho a once, y nada de hacer apuntes. Saúl, tú vas después de las once, hablas con el policía y procuras hacerte su amigo. Le dices que eres extranjero, que te indique cómo abrir una cuenta. Antonia y yo vamos a checarlo en la tarde.

Después que Yemen dio las órdenes, Saúl nos invitó a celebrarlo. Tenía mucho dinero. Era de los que entraban en una joyería y sacaba un anillo o una piedra fina. Le decían el solitario, porque siempre trabajaba así. Comimos comida cubana y luego caminamos por la avenida Juárez mirando a la gente que vive en esos hoteles, las pieles de las mujeres, calculando el dinero que llevaban sobre los hombros. Nos paramos afuera del Regis.

—Mima, algún día tendrás esas pieles, ¡tantas, que si te falta algodón te las vas a poner de caballo!

—¡Mira eso!

De un automóvil negro bajó un hombre gordo, chaparro, con unos lentes tan gruesos que parecían fondos de botellas. Junto a él iba una bella mujer.

—El acoy no trae una jeva de verdad. Trae un bollo. Un bollo grande, esplendoroso. Eso es lo que él trae bajo el brazo.

—¡Men! ¡Hay que quitarles el dinero a estos cerdos!

Todos nos reímos de las ocurrencias de Ciro. Nos aburrimos de ver tantos gordos, coches, gringos y bollos esplendorosos. Nos sentamos en la Alameda. Ciro me preguntó cuál era mi deseo más grande.

—Comprarme una cámara y pararme a la salida de un hotel a retratar a gringos y gringas.

—¿Y el tuyo, Yemen?

—Tener un Cadillac dorado forrado de piel de leopardo,

con un gorila amaestrado de chofer, llevar a mi jeva al lado mío con un mink y una pitillera de brillantes. Llegar a un club con billetes en la solapa, en todas las bolsas, y repartirlos como barajas riéndome: ¡ja ja ja!, y repartiendo billetes. Me molesta mi nariz; me gustaría que me la operaran. Quiero que a mi jeva también se la operen.

—¿Y tú, Saúl?

—Construirme un gao aquí, en medio de este parque; traerme a Loren, a la Gina, a la B. B., a Martin Carol, a todas, y templar, chico; templar día y noche. Comer mucho y jugármela después de comer con la Loren, y si muero quiero que los periódicos digan: "Saúl, el de la residencia de la Alameda, murió zingando".

—El sueño de Augusto es el mío: un gran pedazo de campo sembrado de mariguana, tan grande, tan grande, que con los gemelos no se alcance a medir. Los dos en una gran hacienda, vestidos tan sólo con una bata inglesa. Pero sin leas, men..., sin leas.

Ciro se quedó callado. Caminamos hasta el cine Prado. Pasaban una película de robos.

Nos sentamos todos en una sola fila, a excepción de Ciro, al que le apestaban los pies.

Yemen estaba totalmente metido en la película. Todos los detalles del robo los miraba como si fuera a recibir un sacramento.

Alguien estornudó. Yemen se enfureció.

—Maricón, cúrate.

—¡Coño! ¡Qué tipo el estafanés! —exclamó Saúl.

—Oiga, men, eso es un hombre así —dijo Ciro juntando índice y pulgar y moviéndolos de arriba abajo.

Subimos en el coche. Yemen lo arrancó muy suavemente.

—Oiga, men, usted está embobado, casi empapayado; ¡de una vez vamos a trabajar!

—Sólo podemos asaltar, para hacer un trabajo así hay que cranearlo.

—¡No seas bobo, Ciro!

—Yo tengo un plan, pero no sé si les guste...

—No, chico. Cada vez que una jeva habla dice pura basura.

—¡Je! Augusto parece pargüela.

—Déjala que hable —terció Saúl.

—Propongo que asaltemos los hoteles. Nunca los tocan y siempre tienen dinero. El plan es éste: llegamos Yemen y yo, pedimos un cuarto al administrador; éste siempre está solo, si acaso tendrá un ayudante. Lo llama. Tiene que abrir para que el ayudante saque toallas y jabón. Yemen saca la pistola y los encañona. Yo salgo y les aviso, y ustedes entran. Saúl, que es maestro, abre la caja fuerte o la gaveta. Augusto y Ciro amarran al administrador y al ayudante; otro que les tape la boca con tela adhesiva. Yo los espero afuera con el motor encendido y las puertas abiertas.

—A mí no me parece mal.

—Mi jeva es dura, y si lo dice Saúl...

—Coño chico, es horrible. La filosofía de que jala más un bollo que una carreta de bueyes me disgusta..., estoy chivateado.

—Deja eso, Ciro.

Recorrimos media ciudad. Yo iba anhelante, mirando la cara de los gordos en las caras de los administradores.

El primer asalto fue en la Casa del Silencio. El lugar

era solitario. Muy oscuro. Yemen metió el carro. Los otros se hundieron en los asientos traseros. Había muchos cuartos como casas pequeñas con árboles. Nos bajamos él y yo. Hicimos lo planeado. El fulano llamó a su ayudante, Yemen sacó la pistola. Todo fue rápido.

Corrimos a toda velocidad. Ya en un lugar apartado nos repartimos. Había relojes, anillos, dinero... un total de tres mil pesos en efectivo. Yemen dijo que era una miseria, muy poco para repartir entre cinco. Decidimos hacer otro asalto. Nos subimos a Las Lomas; en una callecita oscura estaba un hombre tratando de meter su auto en el garage.

—¡Ahora es el momento! ¡Ciro! ¡Augusto! Bajen y hagan como si checaran las llantas mientras Saúl y yo nos acercamos a él. Tú, Antonia, cuando sea el momento te paras enfrente de la máquina para que no vea las placas.

Llegaron junto al hombre. Lo rodearon, y como una centella estaban ya de regreso en el carro.

—¿Cuánto tiene la cartera?

—Dos mil en efectivo y un cheque al portador por cuatro mil seiscientos, su identificación y el retrato de su familia.

—Mañana que Ciro le mande su identificación por correo. El gil es periodista y si no le mandamos sus documentos, va a hacer escándalo.

—¡Saúl, en cuanto amanezca cobras el cheque, antes que el gil pase el aviso al banco.

Al día siguiente, por la noche, Yemen me dejó en un bar mientras ellos iban a trabajar a una gringa viuda a la que volvían loca los jovencitos. Pagaba a quinientos pesos la noche y de preferencia le gustaba que se la cogieran varios, turnándose. Tardaron tres horas en el trabajo. Cuando llegaron, Yemen llevaba un abrigo de piel. Todos estuvieron de acuerdo en que yo me lo quedara. Las joyas se las iban a repartir. Saúl se ponía feliz cada vez que se acordaba de la gringa, —reía, reía.

Augusto era el indignado:

—Hija de la rezingá de su madre, quería que yo me la templara. Pero del piñazo que le di por poco le reviro la bemba por el oricagüe...

—La verdad es que no me gustó este trabajo. Mira que soportar a una vieja de ochenta años, y todavía aguantar que nos tocara la verga. Pero todo está pagado. Mi jeva tiene su piel.

Salimos del bar y Yemen corrió hacia Las Lomas. Paramos más arriba de Palo Alto. Yemen ordenó que bajara.

—¡Quítate la ropa!

—¿Pero por qué?

—Cuando llegué al bar con los muchachos un tipo estaba mirándote, y apenas me vio se chivatió.

—¡Y eso que, no estaba con él!

—No importa, quiero que te quedes en cueros. ¡Quítate la ropa!

Sacó su pistola y me amenazó. No fue por la amenaza que me desnudé. Estaba atontada por lo que me pedía. Me fui quitando la ropa. Se acercó y se hincó a olerme el sexo, las axilas, los senos...

—¡Ahora sí, aquí quedas!

Me acercó la pistola a las costillas y luego la hundió en mi vientre.

—¡Dime quién era ese!

—No sé, de verdad no sé. Desde que me dejaste ahí solamente fui al baño y no hablé con nadie.

—Aquí vas a quedar, así que reza.

Me quedé callada sin moverme. Luego me dio de cachazos. Entonces se hincó frente a mí y lloró un rato largo sobre mi sexo. Después me subió al carro. Me besó y me vistió.

—Mima, te voy a llevar a un doctor para quedar satisfecho. No te enojes. Después de esto me dejas si quieres.

—Bien, vamos.

Cuando el doctor me examinaba, Yemen estaba bañado en sudor. El médico sacó el espejo vaginal y en seguida me introdujo sus dedos. Yemen se le echó encima enfurecido.

—¡Maricón, deja el bollo de mi mujer! ¡Aprovechado! ¡Ve y dedea el coño de tu madre!

—Pero señor, estoy tratando de explorar...

No dejó que le explicara nada. Me jaló y salimos corriendo. Llegamos a la casa y empecé a hacer mis maletas.

—Te di mi palabra, mima, y no quiero claudicar. Antes que te vayas, quiero enseñarte una cosa.

De una petaca vieja sacó un pomo con una muñeca adentro. En la cara tenía mi foto y un alfiler de gran tamaño atravesaba el corazón.

—Te tengo así porque no quiero que me dejes. Desde niño toda la gente me deja.

—Pero nunca había pensado en dejarte.

—Sí, sí. Siempre estás pensando en dejarme. Cuando llego de la calle te escondes para que yo sufra.

—¡Pero si lo hago porque tú me lo pides!

—¡Mientes! No estoy loco para hacer eso.

No pude dormir pensando todo eso. Lo mejor sería huir de él.

La oportunidad se presentó en la tarde. El salió a planear un asalto. Tomé mi ropa y escribí una carta despidiéndome. Tomé el camión que salía para Guadalajara. En todo el camino me sentía angustiada. ¿Y si lo cogía la policía?

A las nueve de la mañana llegué a la terminal de Guadalajara. Bajé del camión decidida a regresarme. Pero Yemen estaba ahí con un sombrero de mariachi y un grupo de ellos tocando.

—Mima. ¿Te gusta el recibimiento?

Tardamos ocho días en recorrer Guadalajara y visitar a mis parientes. De regreso a la capital, me dijo que nuestra luna de miel no terminaba, así que en la madrugada salimos rumbo a Acapulco.

Paramos en una casita trepada en una loma que se llamaba El Buen Ladrón. Yemen no me regañó más. Se mostraba cariñoso. Se nos terminó el dinero al quinto día. Tuvimos que salir huyendo sin pagar el alquiler del Buen Ladrón.

Al llegar a México no teníamos casa ni dinero. Así que rentamos un cuarto por Arcos de Belem. Por la tarde, Yemen fue a buscar a Saúl y a los demás muchachos.

Esa noche, de regreso para repartirnos el producto de los asaltos, en la misma esquina que escogimos para hacerlo, estaba parada una artista de cine. Pasamos junto a ella y los muchachos le arrancaron las pulseras y el bolso. Al día siguiente, el periódico hizo gran escándalo y decidimos dejar el trabajo. Los muchachos se fueron por su lado.

Pasaron ocho días y una mañana el periódico traía con

grandes letras: "Banda de peligrosos asaltantes cae en manos de la policía; brillante investigación de fulano de tal". "Uno de los asaltantes dice que faltan dos más, un hombre y una mujer. Se dice que traen un coche con placas de Cuba. La policía les sigue los pasos y su captura es cuestión de horas..."

En cuanto leímos la noticia, Yemen me dijo que huyera. No acepté. Tomamos lo más indispensable y dejamos el auto abandonado en el estacionamiento.

Las noches las pasábamos en hoteles, procurando que estos estuvieran muy distantes. Durante el día nos metíamos en el cine, salíamos a comer, y otra vez a escondernos en otro cine. Las noches que pasábamos en los hoteles no descansábamos; cualquier ruido nos ponía nerviosos. Yemen se sentaba al borde de la cama con la pistola en la mano. Me hacía tomar grandes dosis de Ecuanil para que yo descansara, aunque a pesar de ello no lograba dormir. Esto lo disgustaba, tenía que fingir, y en esos momentos que se creía solo se angustiaba tanto que lloraba como un niño.

Cinco días anduvimos así. Cierta noche que salimos al cine compramos el periódico, que traía una fota mía y otra de él.

—Mima, no podemos seguir así. Los agentes van a llevar fotos a los hoteles y puede ser que en los cines alguien nos reconozca.

—¿Y cómo le vamos a hacer?

—Tú vas a tener que irte con alguna de tus amigas. Le pides de favor, y si es necesario le ofreces dinero.

—¿Qué es lo que le pido, y para qué le ofrezco dinero?

—¡Coño, mima, deja terminar! Le ofreces dinero para que busque un departamento amueblado. Si le preguntan cuántas personas van a vivir, que diga que son ella y su hermano con su esposa. Eso es todo.

De todas mis amigas, pensé que sólo una podría ayudarnos. Su marido estaba en La Habana; era un sirio-libanés a quien habían expulsado del país por metemano. Hacía veinte días desde la última vez que le había visto. No le tenía mucha confianza; había cosas de ella que no me gustaban. Utilizaba a su hija Andrea para ganar dinero. La llevaba a todos los prostíbulos. Si le pedían show metía a su hija para hacerlo. En una ocasión estaba yo presente cuando un hombre le pidió a su hija.

—Concha, dame a tu hija. ¿Para que la quieres? No sé qué le cuidas. Ya le he tocado todo, de una vez déjame romperla. Te doy lo que quieras. ¿O esperas venderla mejor? Si es eso, ponle precio.

—¡Ay, cómo eres! No es por el dinero, es la edad. Tú tienes cincuenta años y Andrea tiene catorce...

* * *

Tenía que ver a Concha... era la única. Necesitaba dinero para irse con el sirio. No podía evitarlo; sentía desasosiego, como un animalito que me cosquilleaba la espalda, y deseos de vomitar cuando estaba frente a Concha.

Me decidí a buscarla. Le ofrecí dinero.

—¿Me lo pagan en seguida? Porque tengo muchas deudas...

—Yemen dijo que te pagaría.

El departamento estaba localizado. Madre e hija nos esperaban en el Caballito.

—Bueno, cumplí con lo que pidieron, así que nada más espero el dinero.

—Mamá, no les pidas nada. Ellos lo necesitan más.

—Sí, sí le pago. Lo único es que tenemos que estar ya instalados para poder mandar por el dinero.

El lugar era caro, con la ventaja de que estaba aislado. Compramos comida para varios días. Yemen no dejó ir a Concha. El primer día fue de descanso. Nos bañamos, comimos. Ya en la noche, Yemen ordenó que Concha y su hija durmieran en la recámara que no tenía ventana. Las encerró, y el sueño nos venció.

Concha se puso furiosa, y al tercer día dijo que se había tranquilizado. El encierro alteró más a Yemen. A toda hora pensaba en su mamá; se tiraba de los cabellos, se daba golpes en la cabeza.

—No puedo más. El pensamiento de mi madre me va a volver loco.

En las noches pegaba de gritos:

—¡Yo no quería! ¡Mamá! ¡Mamá!

Se arrinconaba, jadeante y sudoroso, y se hacía pequeñito, pequeñito.

—Mima, enciende la luz... ¡Apágala! ¡El cuarto se llena de sus ojos!

Al sexto día, Yemen amaneció con los ojos vidriosos. Me llevó al baño con la pistola pegada a mis costillas, y me encerró. Lo único que oía después era un murmullo y la puerta de la calle que se abría. Después de una hora me abrió. Su cara estaba tranquila.

—¡Por fin! La maricona de mi madre ya no me va a molestar con su pensamiento. Concha fue a recoger mi correspondencia.

—¿Dónde? ¿Dónde la tenías?

—No hay peligro, mima; es un apartado. Ella no tiene más que llegar y abrir mi compartimiento.

—Pero, ¿dónde está el correo?

Enfrente del monumento a la Revolución.

—Yemen, arriba de ese correo está la Federal de Seguridad.

—¿Y qué? No creo que nos delate. Antes de que se fuera le advertí que su hija se quedaba en garantía.

Pasó otra hora y Concha no llegaba. Yemen caminaba de un lado a otro. Andrea esperaba sentada en el sofá; después de un rato se levantó a encender el radio y una canción fluía, y fluía. A cada nota yo sentía que me iba a un abismo que me disolvía haciéndome transparente y luego flotaba otra vez a la superficie, volviéndome dura. Una furia sorda me invadió. ¡Cuánto odio! Imaginaba ver caras gordas. Una neblina llenó la sala. Yemen y Andrea desaparecieron de mi vista. Luego brotaron de las paredes penes diminutos encajados en el espacio. Un ruido me despertó. Concha estaba entregándole las cartas a Yemen. El entró en la recámara para leerlas.

Pasaron quince minutos. El timbre sonó insistente.

—¡Yemen! ¡Yemen! Tocan, abre.

Al abrir la puerta, saltó hacia donde estaba Andrea y nos metió a las dos. Cerró la recámara con llave y cortó cartucho.

—¡Abran! Los tenemos rodeados. No pueden escapar. ¡Abran! ¡Gómez, vuela la chapa!

—No, no tiren, les voy a abrir—, Concha corrió a abrir.

Ya estaban adentro, sólo faltaba que abrieran la recámara donde estábamos encerrados. Nos pegamos a la pared. Yemen disparó varias veces. Los agentes respondieron tirándole a la cerradura. Uno de ellos le dio un puntapié a la puerta, abriéndola estrepitosamente.

Yemen se puso de un salto frente del agente. Corrí, y en el momento del disparo le desvié el brazo. La bala

pasó rozando la cabeza del agente. Los que estaban en la puerta se abalanzaron sobre Yemen torciéndole los brazos mientras otro le pegaba en el estómago. Yo corría de un lado a otro sin saber qué hacer. Con los golpes que le dieron, casi lo sacaron arrastrando. Yo no podía caminar y esto les irritó más. Uno de los agentes me tiró de los cabellos.

—¡Camina, estúpida! ¡No te hagas pendeja!

Frente a la puerta de la calle estaban dos cordones de policías uniformados, tres patrullas y un carro particular estacionados frente al edificio. Los golpes nos llovían por todas partes, obligándonos a trepar en el automóvil.

—¡Este cubanito mierda! ¡Suelta la sopa de una vez! ¿Verdad que tú eres el jefe? ¡Contesta, cabrón!

—No sé nada. Nosotros no sabemos nada.

—¡Cállate, hijo de tu pinche madre!

—¡No le pegue! ¡Nosotros no sabemos! ¡No contestes nada!

—¡Pero si cómo no! Tiene que hablar. Gómez, calla a la vieja.

No podía soportar más. Las palabras y los golpes me recordaron a mi madre. Perdí el control y me abalancé hacia la portezuela. Un golpe en la quijada me hizo revolcarme.

* * *

—Jefe, aquí están. Dicen que no saben nada.

—Je, je, je..., no saben nada, ¿eh? —dijo un hombre chaparro y gordo con cara grande y redonda. Llévenselos, llévenselos —agregó con una voz arrastrada, con el brazo flexionado y pegado al cuerpo mientras movía la mano de adentro hacia fuera—. Les dan una calentadita mientras arreglo otros asuntos y doy la noticia a los periodistas. Mañana ya vienen suavecitos.

Nos llevaron a la Cruz Verde. Los médicos pidieron nuestros nombres. Luego a cada uno nos pidieron que les sopláramos. Nos revisaron brazos y piernas. Un doctor hablaba y la enfermera apuntaba

—No hay aliento alcohólico.

—No hay señales de golpes.

—Cicatrices, tampoco.

—En brazos y piernas no hay señales de adicción a las drogas.

El examen fue minucioso.

La Sexta estaba a la vuelta de la Cruz. Entramos y nos pidieron nombres y dirección, y nos tomaron las huellas digitales. Yemen me miraba en silencio.

—Vamos tú, camina. Sígueme.

—¿Y mi mujer?

—Le vamos a hacer unas preguntas.

El cuarto donde interrogaban estaba oscuro. Tenía una pequeña ventana pegada al techo. Sentí que estaba en un enorme llano.

—Gómez no le des fuerte —dijo un tal Gus cerrando la puerta.

El hombre quedó frente a mí.

—¿No tienes nada qué decir?

—¿Qué voy a decir? No sé nada.

—Mira, güera no quiero lastimarte. Así que más vale que confieses.

No puedo responder.

—Tú lo quieres.

Me agarró de los cabellos, arrastrándome por todo el cuarto. Se sacó el pañuelo y se lo enredó en la mano. Estaba hincada y de un jalón me levantó. El hablaba y hablaba sin que yo le entendiera. Los golpes que recibía en la boca del estómago y en el vientre me dejaron sin aliento.

—¿Tú eras el gancho, tú entrabas con tu buey a pedir cuarto, verdad?

Me volví a caer. Se irritó tanto que me pateó, lanzándome escupitajos. Después de los golpes me quitaron la ropa y me arrojaron a los presos.

—¡Orale, ahí está una vieja para que le echen pira!

Los presos no se movieron. Uno de ellos se acercó y me tapó con su saco. Los demás se acercaron a la reja y empezaron a gritar y a golpear los barrotes.

—¡Hijo de tu perra madre! ¡Echame a tu madre para chiquiteármela!

—¡Ni madre! ¡Ni madre, buey! ¡Sácala de aquí! ¡Sácala de aquí!

El griterío subió y subió hasta que los agentes me llevaron a una celda. El agotamiento me venció y dormí hasta la hora en que fueron para llevarme a declarar a la jefatura. Yemen tenía un aspecto igual al mío. Quise hablar con él pero me lo impidieron.

El jefe estaba con los periodistas. Lo abrazaban, le daban palmaditas en la espalda.

—¿Por qué se le ocurrió delinquir en México? Abusó

usted de la hospitalidad y la buena fe que tenemos para con los extranjeros.

Yemen contestaba a medias mientras otros tomaban nota y sacaban fotos y más fotos. Un periodista se acercó al escritorio del jefe.

—Jefe, ¿ésta es la pistola con la que asaltaban?

El jefe asintió.

—¿Me la permite un momento?

El periodista le dio la pistola a Yemen.

—Agárrala como si fueras a disparar, y sonríe.

Yemen se negó.

—Jefe, quiero esa foto así, pero se niega.

—¿Ah, sí? ¿No quieres? ¡Agarra el arma y sonríe, cabrón!

Yemen se dobló; tan rápido fue el golpe que le dieron. Gómez lo tenía sujeto y le torcía el brazo izquierdo por la espalda. Yemen tomó la pistola y forzó una sonrisa.

—¿Terminaron, señores?

—Sí, mi jefe.

El jefe se acercó a Gómez y le dijo unas palabras al oído. El Gus protestó.

—¡A ella no, jefe!

—He dicho a todos, ¡a todos!

Gómez se quedó cuidándonos mientras el Gus iba por los otros. Yemen se acercó a mí. Me besó. Nos abrazamos. El llanto no me dejaba hablarle.

—Mima, ¿confesaste todo?

—No dije nada. ¿Y tú?

—Tuve que hacerlo, reina. Me llevaron al pozo. Tú no sabes cómo es eso. En unas caballerizas tienen un barril grande lleno de agua. Primero me golpearon en las costillas, después me amarraron los pies y manos, y con una soga me colgaron y me metieron varias veces al barril. Pero eso no es nada. El barril está conectado con alambres; lo meten a uno y conectan la corriente. Después me metían y sacaban del agua puerca de los caballos, y otra vez duro en los bajos.

—A mí ya me lastimaron, eché fuera lo que tenía. Casi no sentí dolor, sólo muchas ganas de zurrar. Me senté, pero no pude levantarme. Sentí que algo caliente me salía de muy adentro y nomás pujaba y pujaba. Primero me salió mucha sangre, y luego una como bolsa pegada con unos pedazos de carne como de hígado. Después que salió eso seguí pujando. No sé cuántas horas pasaron y yo no sabía qué hacer. Me decidí y cogí la bolsa. No podía dejarlo ahí entre la mierda. Era un niño. Un niño...

—Mima, ¿qué puedo hacer o decir?, ¿qué hiciste con él?

—Lo envolví en periódicos y lo dejé escondido revuelto entre la basura.

—Ya está pasando lo duro, reina. Procura no acobardarte, ya es lo último. No sé qué nos van hacer, pero no será más duro que la golpiza.

El Gus y otros agentes llegaron custodiando a Saúl, Ciro y Augusto.

—Vamos, caminen...

Nos llevaron por un pasillo, luego nos metieron en un cuarto muy grande. Había muchos hombres. Se veía una multitud, porque todos llevaban sombreros.

—Oye, Gómez: pórtate macizo. Esta vez a ella no le den cine. —protestó el Gus.

—El jefe dijo que a todos y no veo por qué a la vieja no.

Nos pararon en medio del salón y los hombres nos rodearon formando un círculo. Luego entró un hombre con un papel en la mano. Los hombres nos miraban y hablaban entre sí lanzándonos insultos. El hombre que entró al último desenrolló el papel y comenzó a leerlo.

—Nos hemos reunido aquí —carraspeó— para dar a conocer al enemigo, al eterno enemigo: gente depravada y sin conciencia —carraspeó de nuevo, lanzando un escupitajo al suelo—. Es nuestro deber combatir estas lacras, porque mientras la gente decente trabaja es necesario estar al frente de esta gran organización. Como lo mencioné antes, la sociedad tiene que estar protegida; defenderla señores, en contra de estos extranjeros perniciosos y de malas mujeres, de hetairas sin dignidad, como ésta.

—Ahora pasen al frente: Saúl, Augusto, Ciro. Caminen con la cabeza en alto mirando de frente a los señores.

Los muchachos caminaban. Los insultos y los golpes los hacían doblar el cuerpo.

—¿Los miraron bien? ¿No se les olvidará la filiación? Perfecto. Pasen al frente Yemen y Antonia.

Yemen avanzó. Yo me quedé parada; me daban miedo sus caras.

—¡Camina, pendeja! —gritó una voz. Mis piernas estaban hundidas, no podía moverme. Otro me jaló del vestido con tanta fuerza que mis senos quedaron al descubierto.

—¡Camina, puta figurosa! Sí, sí ¡cómo no!, vamos a creer que te da vergüenza...

Yemen quiso defenderme. Logró darle un golpe al que

me había desgarrado el vestido, pero fue lo único que pudo hacer. Lo agarraron a patadas en los testículos hasta que quedó sin sentido. Caminé con la cabeza en alto, mirándolos...

—Eso es todo, hemos terminado por ahora.

Yemen caminaba trabajosamente.

—Mima, al niño no lo dejes ahí. Tienes que llevarlo al juzgado; mañana nos trasladan a la peni, llegando pides ver al juez y le entregas al niño. Tienes que hacerlo, vida. Tienes que hacerlo.

No pude dormir. Los dolores de vientre y la hemorragia; la inquietud de esperar la mañana. Preparé al niño, lo envolví cuidadosamente en periódico y me lo introduje otra vez por donde había salido. A las ocho entraron por mí.

—Ahora sí, güerita, te vas para la grande.

—Gus, pásate a la vieja. Tengo que registrarla.

No me resistí. Me daba lo mismo. Me buscó en todo el cuerpo. Me quitó la ropa, después me tendió en el piso boca arriba y me hundió los dedos en el sexo. Sintió el bulto y me lo sacó. Lo desenvolvió. Otra lluvia de golpes.

—¡Ah, hija de tu pinche madre! ¿Querías chingarme, verdad?

Kilómetro 16.5

—Perdí al niño, Yemen. El agente me lo encontró.

—Suban, vamos ya a su casita. Lo menos van a vivir ahí diez años.

Un enorme camión, nos esperaba para trasladarnos al Palacio Negro de Lecumberri. Parece que todos los policía son iguales. Iguales en facciones, iguales de alma. Mi madre decía que la maldad les sale a la cara. Hay una diferencia entre ellos y yo, pero no puedo precisar cuál es.

¿La gente se dará cuenta que yo existo?

Hay una palabra que los periodistas decían a cada momento. La pronunciaban para insultarme, pero a mí me gustó: hetaira, hetaira. Siento un cosquilleo agradable. Me gusta paladearla. Me suena a herida, a algo que se hundió. He-tai-ra.

Llegamos por fin al Palacio. Su aspecto era negro, las piedras grises. Los jardines que le rodeaban estaban descuidados.

—Pon la mano dura, güera. Tienes que tocar el piano otra vez.

—Mima, ten valor. Sobreponte, no me gusta que estés así. Nos vamos a separar. Voy a ver si es posible que

alguien te lleve algo de comer. Bésame, bésame. No sé cuándo volveremos a estar así: juntos, pegados.

Siento que al estar aquí se me niega el descanso, el derecho a una caja abullonada, tranquila, con sedas y terciopelos... roja encendida por dentro, y por fuera negra. Quisiera que me vistiesen con tules blancos y que no me cortaran el pelo, que lo dejaran suelto. Me enojaría mucho que me pusieran zapatos. Alguien me dijo que también lo queman a uno y que las cenizas se las dan a la iglesia para que el cura tizne frentes el miércoles de ceniza. Me aterra que me quemen. No, yo quisiera que la gente se dé cuenta que dejé de existir. Podría matarme, pero la gente diría: "Se arrepintió de lo que hizo y se suicidó". Las madres me pondrían de ejemplo a sus hijos... No, no lo voy a hacer.

* * *

—Aquí te mandan comida. Termina pronto, porque tienes cita con el juez.

Cuando llegué al juzgado, Yemen me dijo que negara todo y que dijera lo del niño y los golpes. El discurso del juez fue corto. Después me interrogó. Yo insistí en los golpes, negué todo. Yemen contestaba por mí. Saúl, Ciro y Augusto dijeron que les pegaron tanto que no sabían lo que decían ni lo que hacían.

Tanto los agentes como nosotros mentíamos.

Nosotros decíamos::

—¡Nos pegaron! ¡Nos golpearon! Y ninguno de nosotros robamos.

—¡Mienten, no los tocamos! ¡Ella, ella es la más mentirosa! Es falso que haya abortado. Usted sabe, señor juez, que todos cuando están aquí dicen lo mismo.

El juez terminó. A los agentes les pidió que fueran

con el secretario para que les diera una cita para el próximo careo.

La prensa dio crédito a los agentes y las noticias aparecieron así:

"Ahora salen con el cuento trillado y viejo de que los golpearon. El juez, que nunca lee los periódicos, ya giró una orden al médico para que examine a la mujerzuela".

Llegó la orden para ver al médico. El policía me llevó por pasillos y más pasillos. Llegamos. Una placa decía: "Médico Legista". Era una ventana grande con un enrejado tejido como una red.

—¿Es cierto que te pegaron y abortaste?

—Sí, doctor. Y la hemorragia no me ha parado. Tengo una poca de fiebre que no se me quita.

—A ver, quítate los calzones y enséñame el caballo.

—¿Aquí parada? No puedo, me ven el policía y los presos.

—No importa, enséñame.

Me quité la pantaleta y le enseñé el lienzo.

—Está piernuda, ¿eh, doc? —comentó el policía.

—Te la puedes llevar. Terminé ya con el examen.

De regreso a la celda me sentí mareada, y antes de caer me sostuvo un preso. No perdí el conocimiento, pero sentía que la cárcel se movía. Tuve miedo de que se derrumbara. Grité. Grité tanto que el hombre se volvió contra el policía.

—¿Qué le hicieron, pinche mono?

—Nada, no le pasó nada.

El hombre me acostó suavemente. Sirvió agua y me hizo beber. Luego le preguntó al policía:

—¿Qué siente un mono cuando está solo con un hombre? ¿Verdad que se te frunce el corazón y el culo?

El mono no contestó, sólo le salió una risita aguda. El hombre me preguntó si no se me ofrecía algo. Después me dormí.

Al día siguiente me llevaron con el juez. Nos leyó una serie de delitos y nos entregó una boleta a cada quien. Todas decían así: "Fulano de Tal, formalmente preso. Delitos: robo, asociación delictuosa, portación de arma prohibida". La mía agregaba: "Traslado a la cárcel de mujeres".

Yemen no dijo nada, ni adiós. Yo tampoco.

Cuando iba en la camioneta me di cuenta de que éramos tres mujeres. Nos mirábamos como perdidas. Nuestros ojos se encontraban pero no salía una palabra. A mí no me importaban sus problemas. Las dejé de ver. El camino se alargaba tanto que me sentí contagiada por una enfermedad terrible.

El edificio era moderno y limpio. Las mujeres estaban en una sala grande, como teatro. Una de ellas gritó:

—¡Llegaron tres remesas!

La celadora nos llevó al elevador. Una presa lo manejaba.

—¿A dónde, seño?

—A la ropería, y me esperas porque tengo un oficio para la enfermería.

—¿Quién se va a escapar de ir al campo, seño?

—Esta —dijo señalándome con el dedo—. Pónganse estos uniformes y dejen su ropa aquí. El día que salgan libres se les entrega.

—La mía la pueden quemar. Está llena de piojos.

—La vas a necesitar. El día de tu cumpleaños puedes andar de civil.

—No creo que pase aquí mi cumpleaños.

Subimos al segundo piso.

—Aquí son los dormitorios para las procesadas. Ustedes dos me esperan aquí mientras llevo a esta chica a la enfermería.

Me sentía en otro mundo. Todo era blanco, lleno de luz. Las enfermeras, la doctora, se veían distintas.

—Que entre la enferma. No, señorita. Usted espere afuera.

—Pero, doctora, yo tengo orden de no dejarla.

—Señorita: la directora manda del tercer piso para abajo. Pero aquí en la enfermería mando yo. Sube aquí. ¿Cómo te llamas?

—Antonia.

—Sube ahí, Antonia, y acuéstate. Descansa, no tenemos prisa. ¿Estás tranquila? —me preguntó pasándome la mano por la frente. Después me subió la falda y me pidió que me bajara la pantaleta.

—Aquí es donde les pegan, ¿verdad?

Pasó sus manos suavemente por mi vientre.

Me sentí lastimada; nadie me había tratado así jamás, y el llanto me ahogó. Ella me calmaba, pero yo no podía detenerlo. Tomándome el brazo, me inyectó. Un calorcito fue invadiéndome.

Desperté en una cama blanca. Habían pasado dos días. Me lo dijo una anciana que estaba al lado.

—La doctora dice que estás delicada. A mí también me pegaron los agentes. Tengo tres meses de estar encamada. Sabes, me metieron un palo de escoba por el recto. La mayoría de las encamadas están por golpes. Hay otras de parto. Esas cometen delitos para que sus hijos tengan donde nacer. Ahora en la tarde vas a tener visita.

—¿Quién va a venir?

—Elvia. Quiere conocerte porque es la única que tiene los mismos delitos que tú. Ayer vino y estuvo sentada junto a ti esperando que despertaras. Toma, te dejo esto.

Desenvolví el paquete. Eran cigarros y chocolates. Deseaba que la mañana se fuera pronto. Por fin llegó Elvia.

—Me llamo Elvia. ¿Y tú?

—Antonia.

—Cuando te den de alta yo creo que te va a tocar conmigo.

—¿Y me van a llevar al campo? Tengo miedo de ir. Yo no sé abrir surcos, no tendría fuerzas para hacerlo.

—Pues la doña es muy terca y está empeñada en que todas debemos ir, porque dice que es un escarmiento. Pero la doctora no quiere porque dice que todavía estás delicada. Si te mandan, voy a hablar con la abuela y con Ramoncito el jardinero para que te ponga a hacer nada.

La directora fue a conocerme. Era una mujer madura, blanca, de pelo negro y cejas arqueadas, con los ojos redondos, nariz grande y labios finos.

—Mañana vas al campo. Creo que ya estás bien.

—Creo que no va a ir. Está delicada y por lo menos dura tres meses aquí, —intervino la doctora.

La directora salió sin contestar.

—Esta mujer se piensa que puede mandarme. No se da cuenta de que ésta es otra institución.

Las visitas de Elvia eran a diario. Conversábamos, y ella decía que ojalá no bajara nunca, que aquello era un infierno. Pasaron días, y uno de ellos llegó una orden para ir a entrevistarme con los sicólogos.

—Ponte verga con los loqueros —me dijo una muchacha—, si no, te mandan a distinción.

—¿Y qué hay en distinción?

—Viciosas, enfermas contagiosas, y las más apretadas, que son las de fraude.

Toda la mañana pensé cómo contestarle a la sicóloga.

—Buenas tardes, Antonia. Entra y ponte cómoda.

La sicóloga tenía una presencia que me despertó desconfianza. Se le iban los ojos para arriba y eran tan grandes que parecía que le costaba mucho trabajo ponerlos en orden. Se dirigió al escritorio, abrió una gaveta, y sacó varias cartulinas y unos dados con letras.

—Con estos dados me formas palabras.

Formé varias palabras.

—Es suficiente. Continuemos con estos cartones. Me dices lo que veas en cada uno de ellos.

—Señorita, no veo más que manchas de tinta.

—No, mira bien. Algo tienes que ver.

—Veo vampiros en todos los cartones. No quiero seguir, me dan miedo.

—¿Por qué te dan miedo?

—Me hacen daño. Casi todas las noches andan en mis sueños.

—¿Por qué te atacan? ¿Qué quieren de ti?

—Quieren mi sangre, no quieren dejarme una sola gota. Y más me repugnan porque sé que son seductores y una noche dejé que uno de ellos se prendiera de mi cuello. Lo deseaba tanto que sentí como mi cuerpo temblaba y los pezones se me ponían duros. Ya me estaba haciendo el amor, arañándome con los colmillos, cuando alguien llegó con el día encerrado en una jaula. Ese hombre amenazó al vampiro con dejar salir al día. La bestia se fue lanzando aullidos. Abrí los ojos para ver al hombre de la jaula. Pero no había nadie, sólo la jaula abierta.

—Descansa, o si quieres contarme algo más...

—Es sólo un sueño.

—Mañana nos vemos, Antonia. Te espero a la misma hora.

Volví a la enfermería y las muchachas me rodearon.

—¿Qué te enseñó? ¿Qué te preguntó? No le sueltes la sopa.

—Ten cuidado, estos cuates hacen experimentos. A Carlota le pusieron toques eléctricos.

Al día siguiente decidí no contarle nada verdadero. Le narré una infancia que no era mía:

—Sí, soy hija de una francesa y la que pasa por mi madre es una extraña. Con mi madre francesa fui feliz.

Me compraba muñecas, comía cuanto quería... Pero esta mujer que se dice mi madre, me robó.

—¿Y tu padre? ¿No sabes de él?

—Sí. Es un gran artista, también francés. Es pintor. Todavía recuerdo que me hizo un gran retrato.

—¿Por qué mientes?

Salí furiosa, decidida a no volver. Pero por la noche estuve inventando otra historia.

—Mi madre es honrada, pero tuvo la desgracia de casarse con mi padre, que es un vicioso de tecata. Cuando yo tenía tres años él me violó y llegó a tanto su descaro que primero lo hacía con ella y después conmigo.

Elvia celebró lo que hice.

—Sería bueno que se lo hicieran al loquero mayor, se ve más zafado que todos...

—¿Quién es ése?

—Uno que también es como los demás loqueros chiquitos, pero éste es en grande. Tiene otro título, pero no sé cómo se dice. Si yo fuera hombre trabajaría como él. No hace nada..., ¡pero qué tal cobra! Me entregaron carta de tu pelón y del mío. Oye, si te preguntan quién te trae tus cartas no les digas, porque luego en caliente se lo chivatean a la doña. También llevaron la orden para que bajes ya a los dormitorios. Vamos, te ayudo a arreglar tus cosas.

Bajamos al almacén por colchón, la cobija, una sábana y la almohada. El dormitorio tenía dieciséis camas incrustadas en la pared, y hechas de fierros y tubos. Por suerte me tocó Elvia de compañera.

—Antonia, no dejes tu ropa interior ni tu cepillo de dientes. Toma esta bolsa, te la regalo para que lleves tus

cosas. Vámonos a cenar. Hoy compramos cena en el restorán, yo tengo dinero.

—Yo pago. Yemen me mandó dinero.

—Mejor lo guardas, porque aquí no es igual que en la enfermería.

—¿Cuánto te pagan por el trabajo que haces?

—Un peso por cada pieza, pero pedaleándole me hago seis o siete piezas. Amoladas las que cosen guantes y las que pelan pepitas para hacer dulce: ésas ganan menos.

* * *

¿Sobró guisado del mediodía?

—Is, ¿cuántos quieres?

—Sírveme dos, y pónme un varo de sorias.

—Orale, ahistá la jama, y palmando la guitarra...

—¿Tú crees que si anduviera eriza te pediría algo?

—Bueno, bueno; ahí muere...

—¿También está presa la dueña del restorán?

—Sí, pero no es la dueña. Ella y su compañera son las consentidas de la doña. La gorda que nos sirvió estaba antes en el taller de costura, pero una vez la doña se retrasó en el pago, y la gorda cogió un rebozo negro y otro rojo y los atravesó en la puerta del taller. Nosotros nos unimos con ella. Dijo que era una huelga y que no nos moviéramos de ahí. Era cabrona la gorda. Antes era pareja con nosotras, pero ya no; y dicen que hasta tortillera se ha vuelto. La doña no quiere a las ponedoras, prefiere a las de fraude y a las asesinas. A la Pantalones la tiene en la tienda, y ésa mató.

—Yo creía que era hombre. No tiene nada de mujer.

—Pues sí, cualquiera se confunde. Cuando la llevaron a la peni ya la habían dejado con los hombres; hasta que la llevaron al examen médico se dieron cuenta de que era mujer. Creo que hasta era agente de la jefatura. La grandota que está ahí bordando es su vieja. Otra de las favoritas de la doña es la mataniños. Esa sí me cae mal. Yo salí mula, no puedo tener hijos. Pero si los tuviera no los mataba, y menos por un buey. Mató a dos niños, y la niña que acaba de parir se la consiguió aquí con un albañil que vino a hacer unos arreglos (lo que le arregló fue la matriz). Luego le da por cazar tuzas o conejos. Primero los mata y después los abre por la mitad; les saca todo, curte la piel, y luego los pone de tapetes. Ni le hables, porque no te contesta. ¿Y qué piensas hacer?

—No sé, la doña no me ha mandado llamar para comisionarme. Pero pienso que no voy a aceptar nada.

—Como quieras, pero si no haces nada, la doña te va a agarrar ojeriza; y con otra, que te vas a aburrir. Aquí una se cansa de pensar y los días se te enredan aquí en el cuello, sin dejarte respirar. ¿Mañana vas a recibir visita?

—No, no tengo quién venga. Mi madre no puede venir. No le alcanza para camiones.

—Si yo tengo visita, sales conmigo.

Elvia insistió en que me pintara y me peinara. Salimos de los dormitorios. A las diez bajamos al primer piso, a la sala de visitas. Elvia me arrastró hasta la entrada, donde la recadera gritaba los nombres de mis compañeras. A la una de la tarde terminó la visita. Esperamos en vano.

Primer domingo en que sentía necesidad de ver a alguien de afuera. Pasamos al comedor, pero ni ella ni yo comimos. Nos miramos un rato sin hablar.

—¡Uno es hijo de la verga! Desde que se cogen a la madre de uno, siempre te estás chingando...

Elvia hablaba maldiciones. Yo no podía contestar, me sentía débil para decir palabras. A las dos de la tarde empezó la segunda visita. Sin ánimos, nos paramos otra vez junto a la recadera.

No, no llegó nadie. Uno no piensa en nada, nada más mira a la gente que llega de fuera.

La doña nos mandó llamar.

—¡Niñas, al teatro! ¡Niñas, al teatro! Las mandé llamar porque quiero que se diviertan un poco. Vamos a organizar un baile. Cada domingo después de la visita, la que quiera venir al baile va a cooperar con un peso, y ese dinero se destinará al alquiler del aparato de sonido, ya que como ustedes bien saben, nosotros desgraciadamente no tenemos tocadiscos. Voy a demostrar que se pueden divertir sanamente. Primero vamos a correr las sillas a los lados para dejar espacio en medio... Bueno, ahora el señor del sonido que ponga una pieza. Ustedes córranse a los lados. Eso, así.

La doña caminó hacia una reclusa y la sacó a bailar. Todas se sentían felices de que bailara. Terminó la pieza, pusieron otra.

—Anden, bailen, bailen.

Primero tímidas, luego nerviosas y sonrientes, al poco rato todas bailaban. Habían bailado media docena de piezas. Ya no bailaban separadas; juntaban sus cuerpos y su jadeo iba en aumento. Subía, subía. Tres parejas salieron. No las volví a ver. Al terminar el baile, todas tenían el uniforme empapado de sudor.

Esa noche no pude dormir tranquila. Soñé a mujeres que surgían de un río que no era agua. El líquido salía de un sexo gigantesco. Tenía miedo de hundirme en el

líquido aquél, pero el sudor me ahogaba. Me acerqué deseando que la corriente me arrastrara. Después, el sexo se convirtió en una boa que se sonreía conmigo. Me confié de su sonrisa y dejé que se enroscara en mi cuerpo. Ella me miraba a los ojos mientras su lengüeta se introducía en mi sexo. Desperté y no volví a dormir, me daba miedo cerrar los ojos. Esperé los gritos de:

—¡Ya es hora, niñas! ¡Muchachas, ya es hora!

* * *

Elvia amaneció malhumorada y no quiso hablarme. Desayunamos en silencio. Se fue al taller y yo recorrí todo el edificio. En la planta baja, unas hacían pan, gelatinas, pepitas tostadas; en el taller de costura, otras hacían batas para los voceadores de periódicos. Otras más limpiaban el piso. Sentí desaliento; nadie se daba cuenta de que yo andaba allí. Una soledad que no había sentido nunca me rodeó, era como un silencio que golpeaba mis oídos. Huí para no sentirlo más. Me senté en el teatro, pensando en las cosas pasadas.

Alguien me preguntó: "¿Por qué lo hiciste?" No supe responder nada, porque no pude decir lo que pensaba. ¿Qué iba a decir? "¿Señor, robé porque quería vengarme?" Pero, ¿de quién? No. Lo hice porque siento y siempre he sentido que me quitan algo..., pero no sé qué.

—De que las hay... ¡Mírala nomás!, achatándose las nalgas.

—Hazte a un lado, balín, que voy a trapear. Ponte a hacer algo, ¿no?

Bajé otra vez a la planta baja y pedí permiso para salir al campo. Las muchachas abrían surcos y en el fondo, cerca de la barda, se veía a la abuela. La anciana agitó la mano indicándome que fuera con ella.

—¿Qué haces? ¿Todavía no te han dado comisión?

—No, la doña no me habla todavía.

—Ve tú y pide que te mande conmigo. Aquí no te sentirás encerrada, ¿ves?, los cerros son tan grandes que la barda parece una raya de plata. No comerías el rancho de allá adentro. Yo nunca lo como. Aquí hay chiles, cebollas, ¡todo! La carne ni la necesito, ¡apesta! La tierra me da todo. Aquel día que me di cuenta de lo que hizo mi marido con mi hija quedé atontada mirándola, y ella me aconsejó. Tú sí me crees, ¿verdad? La tierra me aconsejó. Cuando él llegó, le dije: "No soy tu pendeja, aquí se te acabó el gusto". A la muchacha la mandé con mis parientes. Cuando nos quedamos solos le dije: "Tú y yo vamos a hacer un trato. Coge la pala y haz tu tumba. Yo también haré la mía, y el que viva entierra al muerto y no cuenta nada a nadie...

El cogió el machete y yo un hacha. No le veía bien la cara, pero su cuello brillaba. Los machetazos cortaban el aire. Le toqué el cuello..., primero un tajo y luego otro. Y ahí quedó. Lo descubrieron mucho tiempo después. Acércate y péchate un taco de salsa. Cómelo, no me mires así.

Comí el taco y le di las gracias **¿por qué sentiría esa sensación de soledad?**

Volví al teatro y esperé a que abrieran los dormitorios. El tiempo era igual. Sólo hablando con Elvia se me quitaba el miedo.

* * *

—La doña y los loqueros andan vueltos camote y dicen que nos van a colocar por delitos.

—Salimos de gane con el cambio, nada más tú y yo

tenemos los mismos delitos. Van a tener que darnos un dormitorio chico con cuatro camas.

—Pues sí, pero nos van a quitar los colchones nuevos para dárselos a las apretadas de fraude, ya ves que a la doña le caen bien esas viejas.

—Elvia, ¿ya te dormiste?

—No, pienso en el lunes, es el día...

—¿Día de qué?

—Me van a dar la boleta de sentencia. ¿Cuántos años calculas que me toquen?

—No sé, no creo que te toquen más de cuatro.

—Eso creo, pero mi caso está difícil. Mi pelón, por defenderme, la regó. Cuando me carearon con los agentes él pidió defenderme y se soltó hablando secretos que le conocía a un grupo de agentes. Entonces los periodistas se dieron vuelo haciendo escándalo y el jefe se vio obligado a cesarlos.

—Dame un cigarro.

—Pero no tengo cerillos.

—Pídele uno a la extranjera.

—¿Extranjera? ¿De dónde es?

—De Toluca: se la trajo una vieja para que le trabajara y para no pagarle se llamó a robada.

—Bueno, ¿y a cuánto llega el robo de ustedes?

—A ocho mil pesos. Al cargo del robo no le tengo miedo; a los otros sí. Es asociación delictuosa y para remate la chicharra. No es seguro que me llamen el lunes, pero me gusta que sea un lunes, principio de semana. Duérmete ya, Antonia. Mañana vienen los rucos que traen cine.

Llegaron los viejos del cine y todas las muchachas estaban bañadas y ansiosas porque comenzara la función. La cinta estaba cortada.

* * *

—¡Cácaro! ¡Cácaro!

La celadora se enfureció y amenazó con dejarnos sin cine para la próxima vez.

Volvió otra vez la noche. Ni Elvia ni yo hablamos. Antes de acostarnos me fumé un cigarro mezclado con canela y un mejoral molido. La tapatía me había aconsejado:

—Is, ñeris. Fórjate uno así y ni chi, la jeteas toda la noche; es más, despiertas con hambre.

¡Las seis! ¡Las seis! ¡Al baño todas!

—¡Méndiga cotorra! Como ella tiene agua caliente en su casa... Pero eso sí, cuando hay junta la doña tuerce toda su jeta.

—Niñas, esta junta es para que expongan sus quejas; aquí nosotras, la señorita subdirectora y yo, las escuchamos...

—Las únicas que se quejaron de la descompostura de la caldera fueron la señora eriza y la beata. Ayer la beata andaba llore y llore porque sus hijos le gastaron toda la guitarra. Y como ya va de salida...

—¿Cuántos años lleva?

—Nueve. Le aventaron a millón por año. Y todo porque le hicieron el jurado popular. Dicen que cuando se presentaba a la audiencia iba toda vestida de negro, con un velo en la cara y que nada más se veía como temblaba.

Elvia se quedó un rato callada. Luego soltó una risa maliciosa.

—Anoche la gringa estaba gritándole a los mapachones: "Mi querer un hombre, aunque sea un polís. Mi querer un hombre, aunque sea un polís". Ya no la aguantan. Cada vez que entra un mapachón por la comida, ella se le echa encima a querer agarrarle la verga. Y no entiendo, ya la castigaron sin campo y sin visitas. ¿Te acuerdas de aquella vez que se metió al mapachón en el elevador para cogérselo? No se dejó, y luego luego quería ir con el chivatazo a la dirección, el muy puto.

* * *

Antonia, mientras tú terminas de barrer, yo voy a apartar charolas nuevas. Te bajas los aguacates que tengo en mi bolsa para desayunar sabroso.

Elvia y yo siempre nos las arreglábamos para robarnos unos jitomates y unos chiles verdes, así que nuestro pedazo de mesa estaba siempre muy concurrido. La salsa alcanzaba para varias. Una mañana traía mi charola con el café, los frijoles y mis dos bolillos. Partí uno de ellos, y en el migajón encontré un papel. Se lo enseñé a Elvia. Lo desenvolvió y lo leyó en voz alta:

A quien corresponda.

Señorita:

Me llamo Armando. Estoy comisionado en la panadería. Soy solo y quisiera que a quien le toque el presente me lo contestara diciéndome si quiere ser mi novia y juntar nuestros solitarios corazones. Me comprometo a visitarla los domingos y a llevarle sus cigarros, alguna ropa interior y los antojitos que me pida. Ahí mando mis generales:

Armando Molina

Crujía E.

Admón. de Correos 40

P.D. Contéstame pronto. Cumplo sentencia dentro de tres meses. Besos en los mosquitos.

—¿Le vas a contestar? —preguntó Susana.

—No —respondió Elvia—. Ella ya tiene su pelón. Yo también tengo el mío.

—Yo le contesto.

—No, la tapa no. Ya está muy aplaudidona.

—Voy, pero tengo mi perrito, ¿no?

—Mejor que le conteste Susana; ella no tiene piuso, ¿verdad?

Elvia le dio la carta y todas cooperamos para el papel y los timbres.

—¡Míralas! Nosotras ya terminamos de desayunar, ya nos están pasando lista y esas que les gusta la chata apenas vienen a formarse. Han de venir a echarse una muchacada.

¡Con lo que a mí me gusta la pescuezona! La tapa soñó que traía en la mano un manojo de gávers y que nos las repartía...

—Dice la Zamacoy que ayer que fue al juzgado, el juez estaba diciendo que ya van a pasar a los pelones sentenciados a la nueva cárcel y que queda cerquita de nuestra jaula...

—¡Qué bueno! —exclamó la tapa—, así puedo hacer un túnel para ir a visitarlos...

—Oye, Elvia: ¿tú nunca sueñas monstruos?

—No, casi siempre sueño a mi pelón. ¿Soñaste feo?

—Sí, fíjate. Soñé a las celadoras, todas convertidas: una en hombre lobo, otra en Drácula, otra en la momia... en fin, todas eran monstruos. Yo estaba parada con un látigo

en la mano, y las tenía a todas formadas. Luego empecé a mandarlas a que destruyeran el mundo. El Hombre Lobo me miraba con tristeza; no quería ir. Sentí tanta lástima por él que lo mandé a descansar. Después, Drácula se me rebeló tanto así que quería chupar la sangre. Huí volando con un vestido blanco lleno de velos y de momento me vi con unos trozos de carne en la mano, pero una bandada de pájaros me la querían quitar. No lo soporté más y desperté.

—No sufras. Los sueños no te hacen daño. Piensa en tu pelón. Ya me voy, porque ya están listas las pericas para llevarme al juzgado. Hoy me dan mi boleta de sentencia.

—Con suerte hoy mismo te vas, Elvia.

—Ojalá.

Esperé a Elvia sentada en el teatro. Sentía miedo y gusto a la vez. Si Elvia salía, ¡qué bueno! Pero me quedaría sin amiga. Pensé en mi familia, en el día de mi salida. **Si me dejan salir ahora está bien. Si me ponen diez, más veintiuno, son treinta y uno, ¡viejísima! Yemen me va a olvidar. Siento los ovarios como brasas. ¿Y si vienen ahora y me dicen que estoy libre? ¿Qué hago? No tengo qué ponerme; bueno, me voy con el uniforme. Por el pasaje no me preocupo, por la carretera pasan muchos coches. Le hago el cuento, le manoseo las orejas. "Acabo de salir de cárcel, tengo diez años que no me han tocado". No me da miedo. Tengo miedo. Bueno, pero entonces, ¿qué voy a hacer? La doña dice: "No, esto no es una cárcel, es un centro de rehabilitación femenil". ¿Y si tratara de rehabilitarme? Pero, ¿cómo le hago? La doña dice que soy carne de tiburón y es que fui la única que habló aquella vez que hubo junta.**

—Muchachas: con mucha pena las mandé reunir para darles una mala noticia. Me han enviado un aviso informándome que va a salir una cuerda para las Islas. Considero que es indigno para cualquier mujer estar en ese

lugar donde los hombres son unas bestias y por mi cuenta corre que ninguna interna salga de aquí. ¿O hay alguna que quiera ir? Porque si es así, no me opongo.

—Seño, seño: Antonia se quiere ir.

—A ver, a ver, que se ponga al frente y que ella misma me lo diga.

—Sí, señora, me quiero ir.

—Pero, ¡cómo! Así que quieres seguir siendo carne de tiburón. ¿Es que no tienes vergüenza? Con esa actitud tuya es muy fácil llegar a una conclusión: eres tonta de remate.

—Oiga, señora: yo no iría sola. No estoy sola, tengo a Yemen. Si no le parece, ¿por qué no nos da la conyugal? A mí me hace falta, a todas nos hace falta.

—Sí, pero da la casualidad que aquí no es una casa de cuna, es un CENTRO DE REHABILITACION. Basta, basta, dejemos esto. Todo mundo a sus quehaceres.

Llamaron a comer y Elvia no llegaba. Por fin apareció. Estaba pálida y las otras que fueron con ella a audiencia venían tristes. Elvia se dejó caer en una silla del teatro.

—¿Cómo te fue, Elvia? ¿Te dejaron libre?

No me contestó. Sin mirar a nadie me dio la boleta de sentencia. "Robo, asociación delictuosa... Treinta años". "Treinta años". "Treinta años". Leí el sucio papel y lo volví a leer: **''T r e i n t a a ñ o s''.**

—Y me dijo el juez que eran pocos —murmuró Elvia.

Ese día fue el más doloroso. Todo el tiempo anduve acompañándola. No lloró y eso me preocupaba. Llegó la noche y sus ojos seguían secos.

* * *

Otro día más. Pasar lista, desayunar. Elvia no durmió y para hacerla hablar le pregunté:

—¿Dormiste?

—Un poco.

—¡Antonia a la dirección! ¡Antonia a la dirección!

—¿Qué hiciste?

—Nada. Quién sabe para qué me quieren. Nos vemos luego, Elvia.

—Te espero en el campo.

* * *

—Buenos días, señora.

—Buenos. El señor es un periodista que vio tu caso. Se ha interesado por ti y quiere ayudarte.

El hombre no era el tipo de persona en quien uno pueda sentir confianza. Era robusto, con ojos deslavados como si le costara trabajo mirar bien. Calvo, de mediana estatura, güerito.

—Mucho gusto, Antonia. Espero que lo que vamos a hacer te reditúe un beneficio. No te va a costar mucho trabajo. Tú vas a salir en la televisión desempeñando tus tareas cotidianas.

—¿Estás de acuerdo, Antonia? Te aclaro que, como acaba de decirlo el señor, esto será en beneficio tuyo. Es fácil, nada más te dejas llevar por indicaciones. No dudes; te pueden dejar libre. Bueno, manos a la obra. En la escena de su dormitorio, al levantarse, lo hacemos en...

—Comprendo, comprendo —interrumpió el periodista.

mitorio de Elena.

* * *

Ahora sí, Antonia. Entra, te acuestas y te levantas, te persignas y rezas, juntando tus manos y mirando al cielo. No, así no. Mira como lo hago yo. El periodista se hincó, indicándole los movimientos.

—Entonces esperemos a que traigan las llaves del dor·

—¿Te fijaste? Perfecto, muy bien. Ahora tiende tu cama, te cepillas los dientes, barres y sacudes. Hazlo todo como si estuvieras sola. ¿Seguimos con el programa?

La doña asintió.

—Vamos pues. Vamos al campo para que Antonia ordeñe la vaca.

—Oiga, señor: pero yo nunca hago esas cosas. La Pantalones es la que la ordeña.

—No importa, adelante... Ya está. Continuemos, continuemos. Ahora al comedor. Te sientas a tomar tu desayuno.

Las cámaras se acercaron para tomar en primer plano la charola, llena de manjares que no solían servirse de ordinario.

—Okey, ahora al taller de suéteres.

Al salir del taller, el periodista se separó de pronto y le dijo a la doña:

—Creo que me falta algo. ¡Ir a la capilla! Tienes que cambiar las flores y encender las veladoras... ¡Por fin terminamos! Ahora te voy a hacer unos preguntas y después vas a decir un mensaje. Comencemos pues: Antonia, comprendo que esto es una dura lección y estoy seguro que cuando usted esté libre va a reintegrarse a

la sociedad. ¡Contesta! —exclamó tapando el micrófono.

—No sé qué contestar...

—Voy a repetir la pregunta.

Hizo un gesto.

—Es inútil. Mejor te voy a escribir el mensaje y las preguntas las dejamos por la paz.

—¿Puedo decir lo que pienso?

—Sí, di lo que quieras.

—El médico legista no me hizo un examen a conciencia y por lo tanto no me reconocieron los golpes ni el aborto que me ocasionaron los agentes de la jefatura y...

—No, no. Eso no causa **simpatías** en el público. Mejor di otra cosa.

La doña lo interrumpió.

—Por favor, no quiero que salgan las piernas de ella.

—¡Lástima!, las tienes muy buenas —me dijo en voz baja—. Toma, lee el mensaje, y procura decirlo mirando a la cámara.

* * *

—Estoy arrepentida de haber faltado a las leyes y de haber delinquido, insultando de esta manera a la sociedad, así como a la seguridad y la moral de todo ciudadano honesto. Hago un llamamiento a las madres y a las jovencitas, para que tomen ejemplo de mi caso y no cometan el mismo error, porque el que mal anda, mal acaba.

* * *

—Y amigos, hasta la próxima semana... Dios mediante.

El hombre me dio las gracias junto con cien pesos.

INDICE

Testimonio de una labor cruenta por dominar el oficio de la vida, este libro está escrito con sangre. Debe, por lo tanto, ser leído con un ánimo correlativo al de su escritura. Su valor reside en tocar y hurgar en la sima del mundo real. Las palabras no serán, de él, sino la circunstancia que dé testimonio del agobiante peso y dolor que tienen los hechos que ellos configuran; palabras que tienen el inconfundible y amargo sabor de la verdad.

Salvador Elizondo.

He aquí una larga, real y alucinante "temporada en el infierno", es decir en el submundo de la sociedad, que la autora despelleja con una cólera lúcida, haciendo aflorar ante nuestros ojos, tan acostumbrados a no querer ver lo intolerable, una fauna monstruosa, instalada en todos los niveles sociales. Un libro sin precedentes en la literatura mexicana, por su crueldad y su ternura casi viscerales, por su sinceridad deslumbradora, por su ácido lirismo y su radical enfrentamiento instintivo a la suma de complicidades —económicas, sociales, políticas, morales— que llamamos sociedad. Una obra que, sin duda, puede resultar altamente perturbadora para las "conciencias tranquilas".

José de la Colina.

Portada: Alfredo Rivas